UNIVERSITY OF ARIZONA
39001020878834

EL FORASTERO

Rómulo Gallegos

PQ
8549
G24
F6
1930z

EL FORASTERO

(NOVELA)

SEGUNDA EDICION

Editorial Araluce
Barcelona

I

UN ALMA TRANSFORMADA Y HERMETICA

ANGUSTIAS de Venezuela: Vuelve el alma contemplativa al espectáculo de su dolor y su mal: vastas regiones desiertas, viejos pueblos tristes...

La Plaza era el corazón del pueblo y todavía palpitaba un poco. Menguada sombra de árboles tiñosos, uno muy viejo, todo barbas; altozano y templo de tres naves y una torre de campanario y reloj; la casa del Obispo que la llamaban palacio; las solariegas de las familias que con algún dinero y extensas tierras mal cuidadas alimentaban mucho orgullo, y en las esquinas: la tienda de Abraham, la quincalla de Salomón, la zapatería de Moisés... Y en una de dos pisos, diagonal con la torre, el hotel de las Simozas, que lo denominaban *Gran Hotel.*

Era la una en el reloj de la torre y el sol ofuscante reverberaba sobre los tejados cuando Mariano Urquiza se tendió en la hamaca colgada en la habitación donde lo alojaron, del segundo piso, con balcón a la plaza.

De viaje largo y de mediodía ardiente el cansancio y la conduerma lo sumieron pronto en sueño profundo y cuando despertó, bañado en sudor, un sol enternecido doraba las copas de los árboles; pero en el reloj de la torre continuaba siendo la una. Sonrió con la amargura de las aceptaciones fatalistas. Se desperezó pachorriento.

Y al hacer esto advirtió la presencia silenciosa de un jovencito, sentado en una silla frente a la hamaca, mirándolo, sonriente, como quien espera producir sorpresa agradable.

Lo miró a su vez, con destemplada expresión interrogativa y el jovencito, recogiendo la sonrisa de su gozo frustado y poniéndose de pie, explicó:

—Elio, tío Mariano. Hace una hora que estoy aquí.

—Así has podido estar dos o tres —repuso el tío displicente, sin moverse de como el desperezamiento lo había dejado. Y luego, mientras el desairado enrojecía y tornaba a sentarse: —¿Y tu madre? ¿Y tus hermanos? ¿Cuántos son ya?

—Ella, bien. Te manda un abrazo. Ellos son seis. Conmigo siete. Pero creo que esto lo sabías ya.

Y esto lo respondió Elio con visibles esfuerzos por mantenerse sonriente.

Pero Mariano Urquiza parecía insensible y agregó:

—Por tu padre no te pregunto, porque supongo que goza de perfecta salud, pues la imbecilidad es un don del cielo y quienes lo disfrutan ni padecen ni perecen.

Elio dominó su trastorno sentimental y a las duras e innecesarias palabras del tío repuso serenamente:

—Ya sé que no toleras a papá y comprendo que por eso no has querido llegar a casa, pero mamá no entiende ciertas cosas, porque sólo se guía por sus sentimientos, sin detenerse a reflexionar y como te quiere tanto, cree que tú también debes ser amoroso con ella y no puede explicarse por qué has llegado al hotel y no a casa.

Después de mirarlo un rato en silencio, Mariano se levantó de la hamaca y se acercó a una mesa donde había una pimpina rezumante y un vaso de empañada transparencia y mientras éste llenaba del agua que ésa contenía, ni cristalina ni fresca:

—Me habría causado mejor impresión oirte tonterías propias de tus quince años, que no esos alardes de hombrecillo reflexivo con que has querido deslumbrarme.

A lo que repuso Elio, sin perder el aplomo:

—En realidad no he pretendido tal cosa. Y quizás...

Pero Mariano, interrumpiendo el beber, le quitó la palabra:

—Dile a tu madre que me encontraste bien. Que luego iré a verla.

Elio contrajo el ceño como bajo el efecto de un dolor agudo, se puso de pie y con labios temblorosos:

—Me despides —repuso. —Está bien. Me he apresurado a venir a saludarte porque tú has sido el objeto de mi mayor afecto y de mi admiración más profunda. Nunca me imaginé que todo esto te molestara tanto.

Y se dirigió hacia la puerta.

Pero Mariano se le atravesó, lo detuvo apoyándole las manos sobre los hombros, lo miró un rato en silencio.

Eran quince años saludables, aunque de precoz desarrollo, con pureza de alma pintada en la faz. Sonrosadas las mejillas, inteligente la mirada, sin ojeras de torturas sexuales, apuntándole ya el bozo. Indicio apenas de alguna falta de equilibrio interior aquella vibración de los labios, acentuada por la emoción del momento, pero que desde niño se la había advertido Mariano y ahora lo recordaba.

Le deslizó las manos de los hombros a los bíceps, que no acusaban endurecimiento y oprimiéndolo:

—No haces gimnasia —díjole. —Estás un poco gordo y blando. Debes hacerla.

Elio lo miraba a los ojos, emocionadamente, por el hallazgo de afecto que por fin hacía y el temblor de los labios se le hizo más acusado. Mariano sonrió, lo sacudió cariñosamente y le dijo:

—Siéntate mientras me visto, para que salgamos juntos.

Entretanto, Elio se había preguntado mentalmente:

—¿Qué le habrá sucedido a tío Mariano?

Porque así no era, en sus recuerdos de niño, aquel que lo había iniciado en el gusto del ejercicio del pensamiento, ante la naturaleza, cuando por las tardes lo sacaba consigo de paseo y sobre alguna solitaria loma se detenía a contemplar el melancólico paisaje, hasta la puesta del sol, y todo se lo iba explicando como él lo entendía y con cálidas palabras de comunicación espiritual, casi en alturas místicas, le iba formando el alma

niña a imagen y semejanza de la suya adolescente, llena ya de inquietudes delicadas... Ni de éste que ahora regresaba al pueblo al cabo de diez años de ausencia, frío, apático, áspero, despreciativo de manifestaciones intelectuales, parecía que hubieran sido aquellas cartas de los primeros años de alejamiento, en las cuales se prolongaba el coloquio de las dulces tardes sobre las áridas lomas... Que luego fueron menos y menos frecuentes y ya no se las escribió más, tres años hacía.

—¿Te graduaste? —le preguntó al cabo de un rato.

—No —respondió secamente Mariano.

—¿Pero terminaste tus estudios, verdad?

—Sí.

—Con buenas calificaciones en los exámenes, seguramente.

Pero el desabrido silencio, después de los monosílabos incomplacientes, demostraban desgana de confidencias y Elio no insistió más en penetrar el alma transformada.

LA HORA DEL BARBARO

Años atrás habían sucedido estas cosas.

Javillos y Urquinaonas eran de lo principal del pueblo y de antiguo tenían sus casas paredañas frente a la plaza central. Poseían tierras, las cultivaban en parte, por ser muy extensas y el resto de ellas se lo dejaban al matorral silvestre. Del árbol gigante de tronco espinoso les venía a los primeros el patronímico y como eran intransigentes, orgullosos y mezquinos, en el pueblo se recitaba la estrofa del proverbio de este modo:

> Al que a buen árbol se arrima
> buena sombra le cobija;
> pero de ser un jabillo
> nadie descansa a su arrimo.

Sólo que ellos habían optado por modificar la ortografía.

Las Urquinaonas —en quienes terminó la familia, cuyos últimos varones acabaron suicidándose— eran dos

bellas mujeres que contrajeron matrimonio, un mismo día: Maricruz con Sixto Javillos, Efigenia con un Comandante Viare y Terán que para entonces desempeñaba la jefatura de resguardo de unas salinas que por allí quedaban, forastero de buena presencia y cuyo patronímico sonaba bien. Y de estos matrimonios, con intervalo de horas, nacieron Nicanor y Hermenegildo, respectivamente.

Pero el de Viare y Terán ya no podría usar este apellido, porque su padre, después de haberse apoderado con mañas, de todo el dinero contante y sonante de Efigenia, se marchó del pueblo —ya había renunciado al resguardo de las salinas— no dió más noticias y a las que solicitó Efigenia le llegaron estas: que no había tal Viare y Terán, sino Guaviare y que era casado y tenía tres hijos, de los cuales, como de la esposa tampoco, ni sabía ni entendía. Y que se había fugado del país huyéndole a la pena de su delito de bigamia.

Quedó la burlada Urquinaona, dentro de la casa cuyas ventanas ya más no se abrirían, consagrada al amor de su criatura, extremosamente, para no dedicarle atención a su vergüenza y Hermenegildo comenzó a formarse malcriado, encima de mal engendrado.

Tuvo luego Maricruz una niña a la que pusieron Efigenia, como la tía desdichada y días después murió de fiebres puerperales. Pared por medio, en la que se abrió una puerta para más fácil comunicación de las casas afligidas, los dos matrimonios truncos se llenaban las veces que a los hijos les faltaban: Sixto Javillos la administración del patrimonio de Efigenia, para que a Hermenegildo no le llegase menguado por manos inexpertas de mujer; Efigenia el amoroso cuidado de los huerfanitos de Maricruz.

Y un día propuso Sixto:

—Casémonos.

Y Efigenia convino. Pero no tuvieron más hijos. Decíase en el pueblo que para que no viniesen a quitarles amores a los desdichados.

Crecieron: Efigenia bonita, frondosa de instintos

vitales, acariciadora, juguetona; Nicanor circunspecto, juicioso, ordenado, sólo de mal carácter cuando se le metían con sus cosas; Hermenegildo, todo un problema de educación, expansivo y alegre, pero con irrefrenables tendencias a la posesión brutal de gozos y bienes.

—Me horroriza pensar —solía decir la madre, ante aquellas manifestaciones de carácter— que este niño vaya a sacar las malas condiciones de su padre.

Todas y otras de su temperamento avasallador, puro instinto de presa, todo envuelto en una desaforada alegría de causar daño, de apurarse la impetuosa intimidad en la posesión de un gozo o un bien que fuesen ajenos. Y con la adolescencia la codicia de amor ya poniéndole los ojos en Efigenia, la prima hermana, bonita, apetecible.

De común acuerdo, la madre y el padrastro decidieron alejarlo de la casa y como no tenía inclinación a estudios optaron por enviarlo a ejercitarse en el manejo del hato de *Sabana del Muerto,* del patrimonio de aquélla y a pretexto de vigilar lo que por allí no fuese administración correcta del mayordomo, persona de toda confianza de Sixto Javillos, en realidad, y a quien éste le explicó el caso, encargándolo en la dirección del mozo:

—A ver si entre usted y yo le sacamos de ahí a la pobre Efigenia algo de provecho.

Que luego, hablando con la esposa, sería:

—Pero distancias pequeñas, como la del hato al pueblo, no son distancia para Hermenegildo. Y como, por otra parte, Efigenita también requiere educación mejor que la que aquí podemos darle, vamos a enviarla a un colegio de señoritas en la isla de Trinidad, que me han recomendado mucho.

Así lo hicieron y por allá estuvo Efigenia varios años, ellos yendo a pasarse en Trinidad los días de las vacaciones de aquélla, a fin de no privarse de tenerla consigo y de no interrumpirle la ausencia del pueblo.

Años, enfermedades y muertes. Repentina la de Sixto Javillos, angustiosa la agonía de Efigenia Urquinaona, por el hijo que no estaba a su lado y de quien no ha-

bía tenido noticias desde cuando abandonó el hato de *Sabana del Muerto*, tres años hacía, para irse a las selvas de Río Negro a la explotación del caucho. Efigenia Javillos ya había regresado a su casa, dos días antes y allí estaba junto con Nicanor, a uno y otro lado de la moribunda y fué para ella la última mirada de ésta, impresionante, suplicante.

—¿Qué quieres?— le preguntó.

Pero ella continuó mirándola, toda la hermosura de los ojos de las Urquinaonas ya para extinguirse y así se le quedaron abiertos, apagada la expresión suplicante hasta que Efigenia Javillos, profundamente impresionada le dijo al hermano:

—¡Ciérraselos, Nicanor, ciérraselos! Que no me mire más.

Porque un pensamiento se había apoderado de ella y era tremendo.

Ya la historia de Hermenegildo, que había adoptado el apellido Guaviare, era de atropellos y de violaciones entre carcajadas brutales y Efigenia la conocía. y sin embargo se sentía enamorada de él y ahora se le había ocurrido que a este amor se dirigía la mirada suplicante de la moribunda para, que no se le negase al hijo, que así podría abandonar su mal camino. Y era tremendo que tal cosa se le pidiese a ella, porque, al mismo tiempo, aquel hombre le inspiraba terror.

Todavía ausente él, dos años después y, cuando ya Efigenia Javillos se quitaba el luto, —en la plenitud de su hermosura y tumultuosa la gana de alegría, entre intervalos de bruscas y profundas depresiones del ánimo, la gana de amor que se le prodigaba en caricias a cuanto niño pusiesen al alcance de su vista, que enseguida estaba en sus brazos, oprimido contra su pecho, comido a besos— llegó al pueblo una de sus compañeras del colegio, Camila Smith, nativa de la isla de Trinidad, acompañada de un hermano suyo, médico, bastante mayor que ella.

—Venimos a radicarnos aquí —díjole Camila.— Siendo este tu pueblo a ninguno otro del país podíamos diri-

girnos. Mi hermano espera poder ejercer aquí su profesión y yo reanudar contigo los buenos ratos que pasamos en el colegio y en casa.

Efigenia se la quedó mirando maliciosamente, y Camila sonrió y repuso:

—No, no. No es por eso, sino porque mi hermano ha tenido que salirse de Trinidad. Ya te contaré.

Y eso era el enamoramiento del doctor Smith por Efigenia, desde que la conoció en Trinidad. Que no lo ignoraba Camila, como tampoco que a Efigenia no le gustaba su hermano.

Pusieron casa —extendiendo a nombre de Camila el título de propiedad— en una de la Plaza Vieja, asiento primitivo del pueblo, la única que por allí quedaba habitable, frente a la ocupada por el Colegio, escombros las demás y ancho espacio de tierra pedriscosa que no toleraba vegetación lo que se denominaba plaza. Hizo dos o tres curaciones difíciles el doctor Smith y con esto comenzó a lloverle clientela. Efigenia presentó a Camila a sus amigas, ya se la disputaban todas las muchachas de lo principal y en un paseo de campo que algunas organizaron en su obsequio se enamoró de ella el doctor Marcos Roger. Era una mujer de poderosos atractivos espirituales que suplían abundantemente por la belleza que le faltara, sin ser fea.

Entre tanto no lograba correspondencia manifiesta el amor de Smith por Efigenia. A éste le agradaba su compañía en las reuniones, pero se la alejaban íntimamente los años de diferencia y... Algo que ella no quería analizar.

—¿La diferencia de caracteres?— le preguntó un día Camila.

—No. Por el contrario, el hombre de quien yo me enamore, tiene que oponérseme por completo en modo de ser.

—No nos parecemos —repuso Camila. para iniciar su confidencia.— El hombre por quien yo me interesara tenía que ser de algún modo semejante a mí: reser-

vado, reflexivo, preocupado en obras útiles para los demás.

—¿Y llamado Marcos Roger, verdad?

—Sí.

—¡Estupendo! —exclamó Efigenia.— Así te quedarás aquí.

Camila la miró a los ojos, complacida en que tal deseo manifestara por lo que a su hermano pudiera referirse y le preguntó, sondeándola:

—¿Te interesa que nos quedemos aquí?

Pero Efigenia repuso preguntando también:

—¿Por qué no?

Y un mal día, Hermenegildo Guaviare. Visitó a Nicanor y Efigenia, les contó que había ganado mucho dinero en el caucho, pero a cada vuelta de la selva a Ciudad Bolívar lo había dejado en las mesas de juego, año tras año. Les refirió, entre carcajadas, atrocidades suyas con los indios de la región, las menos inconfesables; pero como Nicanor no se las celebraba, sino que era evidente el disgusto que aquello le producía y él lo respetaba mucho —tal vez el único sentimiento noble de su alma— abandonando el tema le preguntó a Efigenia:

—¿Y tú, qué me cuentas?

—Que me caso con el doctor Smith.

—¡Cómo! —exclamó Nicanor.— Y luego, por la carcajada con que Hermenegildo acogió la noticia: —Le causó gracia lo que a mí sorpresa.

Y Efigenia, mirando a Nicanor y por afincar en su espíritu aquella determinación repentina:

—Iba a comunicártelo hoy, precisamente. Me caso con el doctor Smith.

—Que te aproveche —díjole Guaviare poniéndose de pie para marcharse.— Y ya saben: en *Sabana del Muerto* otra vez, por muchos años...

Pero días después le dió por lanzarse a otra aventura, de más funestas consecuencias: alzarse a la cabeza de las peonadas del hato y de una hacienda de café que había heredado de la madre, dando vivas a una revolución armada que venía bajando de la cordillera a paso triunfal y

así cayó sobre el pueblo, tomándolo de sorpresa, a tiros hasta la plaza central, donde caracoleó el caballo y gritó, entre carcajadas como de costumbre:

—¡Viva el General Hermenegildo Guaviare! ¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Viva la revolución!

Luego descargó su revolver contra la muestra del reloj de la torre, a punto de dar la una y cuando observó que el minutero ya no se movía:

—¡Así! —exclamó.— Parado en la hora de mi triunfo, para que todo el pueblo la tenga siempre ante los ojos y no la eche en olvido.

Se adueñó del gobierno de la región y allí lo dejó luego el jefe de la revolución victoriosa, como amo y señor de vidas y haciendas.

Días después se efectuaba el matrimonio de Efigenia con el doctor Smith.

—Hay que echar la casa por la ventana —le había dicho Guaviare a Nicanor.— Yo mismo los casaré.

Y así se efectuó el matrimonio civil, en la casa de Efigenia; el "en nombre de la República y por autoridad de la Ley" pronunciado socarronamente por Guaviare, y actuando de secretario el doctor Basilio Daza, recién graduado en leyes, quienes enseguida se retiraron por ocupaciones que los esperaban en la Casa de Gobierno y debían ser despachadas aquella misma noche.

Fué rumbosa la celebración del enlace y así continuó cuando ya los novios se habían fugado, dichosa Camila por el ensueño realizado del hermano y por el suyo propio, ya confiado en la declaración de su amor que acababa de hacerle Marcos Roger.

Apenas habían entrado en la casa cuando tocaron a la puerta. Un hombrecito atribulado que venía por el médico.

—Doctor —díjole— por vía suyita y de la señora que va a hacerlo feliz, como usté se merece, tengo la mía agonizando quizá, de un mal que le ha dado de repente. Muy feo, doctor, muy feo. No me diga que no pué dir a vérmela.

—No, hombre, no —repuso Smith.— Enseguida salgo.

Y un momento después, lo estrictamente necesario para dejar a Efigenia instalada en la casa, sin haberse cambiado la indumentaria de novio, iba atravesando la Plaza Vieja acompañado del hombrecito.

Frente a la casa del médico, plaza por medio, estaba la del Colegio y asomado a una de las ventanas del salón de clases a oscuras, su director, don Heliodoro Urquiza, tomando el fresco de afuera, soplos de brisa apenas en la noche calurosa.

—Inoportuno enfermo, doctor Smith —dijo el anciano maestro, desde la oscuridad que lo envolvía.

—Los médicos no nos pertenecemos, don Heliodoro— repuso Smith sin detenerse.

Y el viejo Urquiza, sincero practicante de la devoción del deber cumplido:

—Bien, doctor. Muy bien. Así se cumple.

Allí terminaba el pueblo en la profunda oscuridad de campos de cardones que por aquella parte lo rodeaba y momentos después de la desaparición del médico y su acompañante en aquellas tinieblas, observó don Heliodoro que alguien entraba en la casa de enfrente.

Era Hermenegildo Guaviare y a Efigenia se le encogió el corazón cuando lo vió aparecer. Ella apenas se había quitado el velo de novia y estaba sentada en el corredor, hojeando un libro por entretener su contrariedad.

—¿Qué buscas?—le preguntó levantándose del asiento.

—Nada, chica —repuso Guaviare— no te asustes. Sino que, sabiendo que te habían dejado sola y que en esta casa salen espantos, vine a hacerte compañía, un rato.

—Sí —balbuceó Efigenia, sobrecogida, ya temblándole todo el cuerpo.— Salió a ver a un enfermo grave, pero no debe de tardar.

La contempló, sonriendo, dominador y lujurioso. Y luego, acercándosele, ya con la voz pastosa de deseo:

—Antes de que llegue... Por más que se apresure...

Retrocedió Efigenia, suplicante:

—¡Por Dios! ¡No! ¡No!

Pero él continuaba avanzando, lentamente, clavados en ella sus ojos codiciosos.

Se los miró Efigenia, la asaltó el recuerdo de otros, semejantes, fijos en ella —los de la tía moribunda— y en el recuerdo alcahuete se le desintegró la voluntad de resistir.

Y él se apoderó de ella.

Mientras tanto, allá en la puerta del Colegio, don Heliodoro Urquiza esperaba el regreso del doctor Smith. Porque le estaban cruzando sospechas por la mente y quería evitarle al hombre cumplidor de su deber el rudo golpe de entrar en su casa y...

—Sospechas, nada más, —decíase.— No quiero ni hacerme figuraciones que contra algún honor atenten; pero es necesario que el doctor Smith no entre en su casa desprevenido, sino que sepa, por lo menos, que allí está un hombre, esperándolo tal vez.

Y dejando la puerta se llegó hasta la bocacalle tenebrosa por donde Smith debería regresar. Pero llegó una bala, se le hundió en el pecho y le quitó la vida.

Luego fué murmurando en las tinieblas:

—¡Qué contrariedá de señor! ¿Quién lo mandaría a asomarse a la ventana, cuando no era conveniente que naides pudiera decir: yo lo vide pasá?

Rato después entraba Camila en su casa y encontrando a Efigenia, ya sin el traje de novia, sentada en el corredor, la cara hundida entre las manos, ajena a cuanto fuera de ella estuviese ocurriendo o hubiese ocurrido, la sacudió, la hizo volver en sí, se la quedó mirando a los ojos ausentes de expresión y la interrogó, estremecida de espanto:

—¿También? ¿A él también?

Ya Camila sabía del asesinato de don Heliodoro Urquiza y ahora preguntaba por su hermano. La pregunta así formulada no podía tener sentido para Efigenia, ignorante de lo ocurrido a don Heliodoro, pero al ponerle en movimiento el pensamiento detenido sobre el abismo de sí misma, comprendió hasta donde podría haber llegado la

monstruosidad del Guaviare y se le escapó un grito de horror que Camila repitió, comprendiendo también.

Lo encontraron muerto en el cardonal, de una puñalada por la espalda. Guaviare hizo desplegar toda la actividad de su policía, de la manera más ostensible, en la búsqueda del autor o autores —insistía mucho en esto— de uno y otro crímenes y se practicaron varios arrestos y hasta fueron sometidos a tortura algunos hombres —escogidos entre los que nada podían saber— para que confesaran lo que pudiera ser útil a la justicia, y así quedase esta burlada y escarnecida.

Camila abandonó el pueblo horas después del entierro del hermano, sin despedirse de nadie, pero sin manifestar si en sus sospechas le atribuía alguna culpa a Efigenia y a ésta se la llevó otra vez consigo Nicanor Javillos.

La monstruosidad llegó al colmo cuando Guaviare decretó honras a la memoria de don Heliodoro Urquiza, calificándolo de "la gloria más pura del pueblo" y disponiendo que la casa del colegio fuese convertida en panteón de aquella gloria, dentro del cual se conservasen las cosas pertenecientes al maestro de varias generaciones, tal como las dejó al concluir la última lección que había dado.

Y así transcurrieron años, sin que en el reloj de la torre las agujas se moviesen de la hora de Hermenegildo Guaviare.

EL MANTENEDOR.

En el Colegio del abuelo cursaba Mariano Urquiza el primer año del bachillerato cuando ocurrió el crimen que se quedaría sin castigo. Ahora va pensando en el recio viejo bondadoso, de barbas blancas y gafas negras, mientras camina hacia la casa donde se conserva su recuerdo y se honra su memoria.

La casa tal vez más antigua de la población, ocupaba casi la tercera parte de lo que había sido una de las manzanas que daban a la plaza, escombros entre matorrales todo lo demás, a causa de un terremoto que en los primeros tiempos del pueblo dió origen a un desplazamiento de éste hacia donde ahora se asentaba.

La puerta de entrada estaba abierta, como de costumbre hasta la puesta del sol, y en el antiguo salón de clases, abiertas también las ventanas, las formas del culto.

Una sala de paredes encaladas y techo de obra limpia que ya comenzaba a ceder al peso del entejado; unos bancos a derecha e izquierda, donde antes se sentaron los alumnos; una mesa de cátedra sobre entarimado en el testero, con sillón de cordobán, y sobre ella un libro abierto, texto de Geometría, con unas gafas negras encima, una regla de ébano a un lado, una palmeta al otro, tintero, pluma y lápiz. Las formas del culto haciendo pensar en obra sólo momentáneamente interrumpida.

—¡Mentira! —exclama de pronto Mariana Urquiza, tras un breve silencio de contemplación ante aquella mesa. Esto es una composición grotesca. Esas gafas no podían estar aquí, en aquel momento, pues el Viejo nunca se las quitaba y las tenía puestas cuando lo asesinaron; ese libro de Geometría no tenía por qué estar entonces sobre la mesa, porque ese año no se cursaba esa materia en el colegio; esa palmeta nunca estuvo aquí, sino por allá adentro, en el fondo de la casa, adonde el Viejo se llevaba a quien fuera a aplicarle el castigo que jamás presenciaron terceros.

De una manotada tiró al suelo cuanto estaba sobre la mesa del recordatorio mendaz y volviéndose hacia Elio estupefacto, concluyó:

—Todo eso no podía ser obra sino del imbécil de tu padre, que sólo mintiendo puede honrar memorias dignas de respeto.

Y en esto se oyeron en el zaguán resonante unos pasos inconfundibles para Elio.

—¡Papá! —murmuró consternado y avergonzado.

Y apareció en la puerta del salón la desagradable figura de Clímaco Monegas.

Faz cachetona —de donde a Elio le venía la suya— erizada de entrecanos pelos de barba de varios días, denunciadora de habitual descuido, sudor a chorros que se enjugaba con un pañuelo grande y sucio, gruesa cadena de oro de bolsillo a bolsillo del chaleco de paño negro con

que se forraba el abdomen pantagruélico, grueso y nudoso bastón bajo el brazo, de donde se lo quitó para golpear reciamente el suelo. al prorrumpir, a gritos y entre risotadas de repugnante exhibición de dentadura desaseada:

—¡Marianito! ¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¿Qué te parece el panteón del Viejo? Tú no podías conocerlo, porque te mandaron para la capital a continuar tus estudios antes de que compusiéramos esto. Obra mía, chico. ¡Já, já, já! Exclusivamente mía. La verdad sea dicha.

—No es necesario proclamarlo a gritos —repuso Mariano.

Pero Clímaco no entendió y a gritos prosiguió:

—Porque si no fuera por Clímaco Monegas, el pueblo se habría olvidado hace tiempo de su gloria más pura. ¡Cuaj, cuaj, cuaj!

Oyéndolo reir así entre el decir aquellas cosas, después de haberle oído a Mariano las que dijo, a Elio ya no le quedaron dudas de que su padre no fuese un farsante y la penosa certidumbre lo hizo abatirse sobre uno de los bancos.

Pero Clímaco Monegas cortó en seco sus carcajadas —no faltaba quien dijera que con ellas trataba de imitar las características de Hermenegildo Guaviare —al darse cuenta de la mesa limpia y por el suelo regla, palmeta, gafas y libro y se precipitó a recogerlos exclamando:

—¡Válgame Dios! ¿Quien sería el irreverente?

—Yo —declaró Mariano.

Y Monegas, enderezándose, roja de congestión de agachamiento la faz grasienta, tres botones del chaleco saltados por la presión del abdomen:

—¿Tú? ¿El nieto preferido del Viejo? ¿Qué te pasa, Marianito?

—Que se acabó esta farsa. Que ya no podrás continuar administrando el negocio de la gloria más pura. Esta casa me pertenece y voy a dedicarla a lo que me dé la gana.

—¡Pero... ¿Farsa has dicho? ¿Quieres decir que yo soy un farsante?

—De la más ruin especie. Fuiste tú quien le sugirió

a Harmenegildo Guaviare la idea de convertir esta casa en panteón de la memoria de mi abuelo, para que así no pudiera cundir la sospecha, bien fundada aunque no en pruebas legales, de que había sido aquél quien mandó a asesinarlo.

—¡Marianito! ¿Yo?

—Tú. ¿De qué has vivido desde entonces sino de la paga que te hacen de esa concurrencia?

—Yo soy médico de ciudad, Marianito. Y de eso vivo.

—¡Médico de ciudad! Certificador de defunciones, muchas de las cuales habrán sido otros crímenes de Hermenegildo Guaviare y de Parmenión ahora.

—¡Marianito, que las paredes oyen!

—¡Lárgate de aquí, mantenedor de infamias!

—¡Buff!

Hizo Clímaco Monegas, descargando así todo el aire aspirado en sus exclamaciones y que para más enérgica explosión no le valía y se marchó, a zancadas y con golpes del bastón sobre el enladrillado resonante.

Elio apoyó los codos sobre las piernas y hundió la cabeza entre las manos. Mariano se le acercó, le dió palmadas en el hombro y luego se lo oprimió afectuosamente. Elío alzó la cara, arrasados en lágrimas los ojos y conteniendo sollozos preguntó:

—¿Entonces, por qué mamá, su nieta también...?

—Porque a Panchita su bondad no le ha dejado nunca facultad de discernimiento. Creyó y cree todavía en la buena fe del "pobre Clímaco", como siempre lo ha llamado y como siempre creerá en la buena fe de todo el mundo.

Y luego:

—Me duele que hayas presenciado esta escena, inevitable, pero que debí ahorrártela. Perdóname y... ¡Vámonos!

Salieron de la casa, después de haber cerrado Mariano la puerta, que diez años estuvo de par en par, mas sin pasarle el cerrojo, por falta de la llave y de la cerradura misma, hierro herrumboso que ya no podía funcionar, y atravesaron la plaza.

Enfrente, ancho espacio pedriscoso por medio, la casa

que no abrigó el amor del doctor Smith, cerrada, con monte crecido en el dintel de la puerta, grietas y descalabraduras en la fachada y por encima de los tejados, ya hundiéndose, las pencas ríspidas y negras de un cardón gigante que había crecido en el patio, abiertas y simétricas como brazos de candelabro.

—¿Vive todavía Efigenia Javillos? —preguntó Mariano, voluntario ignorante de cuanto hubiera acontecido en el pueblo, hacía años.

—Si —le respondió Elio.— En casa de su hermano Nicanor, que se ha quedado solterón. No sale sino para ir a la iglesia. Se ha vuelto beata y cuentan que hace penitencias.

—¿Y de Camila Smith, no se ha tenido nunca noticias?

—Nunca.

Continuaron la marcha en silencio. El sol de la tarde brillaba en las pencas del cardón candelabro.

UNOS HOMBRES UN POCO RAROS

Pero todo no había muerto en aquel pueblo y en Anterito Valdez alentaba el espíritu de la conspiración. Era la conspiración.

Estaba en el corredor del hotel, esperando a que Mariano terminase de comer y cuando lo vió acercársele, sin conocerlo todavía lo reconoció en seguida y al estrecharle la mano lo hizo con ciertos contactos de su dedo mayor sobre la muñeca de aquel, a quien le parecieron preguntas masónicas, que por no entenderlas movió negativamente la cabeza.

Anterito enrojeció hasta la raíz del cabello, que lo tenía negro y cortado al rape, pero sonrió y dijo:

—No importa. Aquí estamos, de todos modos.

Tampoco entendió Mariano lo que con esas palabras hubiera querido decirle —presumible la intención trascendente, por el tono con que las había pronunciado y el chisporroteo de ojos con que fueron acompañados— y se lo quedó mirando inquisitivamente.

Era un hombre de treinta y tantos años, tenía los ojos pequeños, redondos y negros, algo de bigote, por acostummbrar recortárselo y dos dientes de oro. Inspiraba simpatía, si no confianza propiamente.

—Somos pocos —continuó Anterito— pero estamos dispuestos a todo.

—Francamente —repuso Mariano— no entiendo de qué me habla.

Pero Anterito sabía que el secreto de todo lenguaje cabalístico no reside tanto en el empleo de palabras ininteligibles por sí solas, como en el uso de términos corrientes, de sentido banal y preciso, pero que no se los espere el interlocutor, a quien, por lo demás, no hay que darle nunca explicaciones. Anterito estaba convencido de que Mariano Urquiza, hijo del pueblo que regresaba al cabo de diez años largos de ausencia y sin que nadie lo esperase, tenía que ser un agente de conspiradores de otras partes que con los del pueblo venía a entenderse y ahorrándose palabras inútiles, replicó con lo imprescindible:

—En *Mi Refugio* se le está esperando. Vine a conocerlo y a conducirlo.

—¿Y qué es —insistió Mariano— y en dónde queda su refugio?

—Es el nombre de una tienda —explicó Anterito sonriendo. Su dueño es Arístides Velarde, uno de los nuestros, de toda confianza. Allí estará el doctor Marcos Roger.

—¡Ah!— hizo Mariano.— Me gustará conocerlo.

Y ya no le quedarían dudas a Anterito, si algunas hubiera abrigado, respecto a Mariano Urquiza agente de conspiradores de otras partes.

—Vamos—díjole.

Era una de esas tiendas de todo un poco que suele haber en los pueblos y como ella su dueño Arístides Velarde, que había sido telegrafista, un tiempo, en una población de los Andes: Correo del Oro, otro, en Guayana; Jefe de Resguardo de Aduana, marino de cabotaje —era margariteño Velarde— y en todo tiempo y donde quiera

que estuviese: o revolucionario activo —machete de oficial empuñado detrás de algún caudillo en armas— o conspirador perpetuo. Pero a su manera, desde cierta altura espiritual, con cierta fe mesiánica: esperando al hombre todo rectitud, que de un momento a otro debía de aparecer en Venezuela, para librarla de los bribones que se habían apoderado de ella, y:

—Para encaminarla al solio de las naciones civilizadas.

Aparte sus méritos de orden moral, a Arístedes Velarde le gustaba la política a base de lugares comunes y frases cursis.

Era un hombre de enérgico rostro curtido por aquellas andanzas a sol de mar y sabana y estaba detrás del mostrador de su tienda arreglando piezas de cintas dentro de una caja de cartón, cuando apareció Mariano Urquiza. Dejó aquello y vino al encuentro de éste —que bien podía ser el Hombre— le estrechó la mano, reteniéndosela lo miró a los ojos fijamente, pareció gustarle y le apretó y le sacudió la diestra, presentándosele:

—Arístedes Velarde. Con usted desde ahora.

Mariano miró a Anterito, buscando parecidos fisonómicos, que realmente no existían. Pero estaban en pie los otros, para presentársele y era necesario abreviar

—Ramón Romero —dijo una voz bronca.— Presbítero.

Una mano sarmentosa cuyas coyunturas crujían al saludar, una voz de todo adentro resonando cuando cualquier cosa decía, alta y seca la estatura y la complexión, canas, arrugas innumerables en piel recia, sin embargo, y una mirada penetrante con cierto fulgor de visionario.

—No puedes recordarme, pero en las nalgas de niño te dí nalgadas —díjole a Mariano.— Conocí a tu padre y admiré a tu abuelo. Ojalá contigo no me arrepienta de haberte reconocido hombre y ojalá por tus méritos pueda poner otra vez mi admiración en otro Urquiza.

Trascendía nobleza de espíritu de aquella figura y aquellas maneras repujadas y mientras así hablaba. Ma-

riano se lo quedó mirando con interés y respeto. Luego le repuso:

—Sí, lo recordaba, incluso las nalgadas. Fué por haberme metido un día, junto con algunos compañeros, en el corral de la casa parroquial, donde había una mata de nísperos...

Pero el sacerdote, jovializado por la graciosa evocación, le quitó la palabra:

—Que los daba dulcísimos. Sí. Y tú estabas encaramado en la mata, disponiéndote a atapuzártelos y yo te hice bajar —tus compañeros saltaron la pared, dejándote solo entre mis garras— y te llevé al comedor, te dí las nalgadas que el ladroncito se merecía, te senté luego a mi mesa, te puse por delante los mejores nísperos de la mata, que yo los había cogido para mí, y tú comenzaste a atapuzártelos, sorbiéndote las lágrimas y los mocos junto con ellos. ¡Jé, jé, jé!

Y luego:

—¿De qué lado estás ahora?

Mariano comprendió que le exploraba las creencias, pero repuso:

—Del otro lado del corral. Pared por medio.

—Ya me lo suponía. En otro corral, atapuzándote de fruta zocata y podrida. Mira que el dueño de allí tiene uña en el rabo y apesta a azufre y cuando te coja no te suelta más, sino dentro de las quintas pailas. Que todas son quintas, según parece, porque nadie menciona cuartas ni terceras. ¡Jé, jé, jé!

Y en seguida y con ademán por la otra persona que allí estaba de pies, esperando oportunidad de presentación:

—Este es Marcos Roger, con quien no me trato en estos días. Que si juntos nos encuentras aquí ha sido por coincidir en el deseo de conocerte. Anda y conócelo y dime después si vale la pena.

Enjuto de carnes, sobre los cuarenta ya con algunas canas en los aladares, recogido el rostro en muscular contracción de recelo, como siempre que alguien le fuese presentado, ceñudo, pero con un espíritu totalmente des-

pierto en la atención penetrante de la mirada puesta en Mariano.

Estrecháronse las manos en silencio, Mariano pensando en el Marcos Roger novio de Camila Smith, y esto lo hizo cometer la indiscreción de decir:

—No lo conocía. Pero se hablaba mucho de usted cuando dejé el pueblo...

Y Marcos Roger, quitándole la palabra, con las suyas tajantes:

—De usted nada, seguramente.

Mariano se dió cuenta de su indiscreción y repuso:

—Tenga la bondad de perdonarme. La evocación de los nísperos del Padre Romero...

Y otra vez las palabras tajantes, no dejando concluir:

—Me lo explico. No hay necesidad de insistir.

A lo que intervino el Padre Romero:

—Mala crianza, que no es culpa de cierta señora de todo mi respeto... Pero, sentémonos.

Y hecho ésto y refiriéndose todavía a Marcos Roger:

—En estos pueblos muertos no falta nunca un hombre de acción, que de tanto empeñarse en meter la cabeza por todas partes, diz que para remediar necesidades, no saca sino porrazos que le agrian el carácter, como a la fruta el sabor natural los magullones. Este Marcos Roger, por todas partes ha querido meter la suya, testaruda.

—¿Quiere usted callarse, Padre Romero? —intervino Roger.— A Urquiza no le interesa, puesto que no lo ha manifestado, saber quién soy yo, ni qué he tratado de hacer, ni cuánto no haya logrado.

—¡Jé, jé, jé! —rió el Padre—. No alcanzan los dedos de las manos para contarlos, pero se le da gusto a la lengua mencionándolos. ¡Fracasos por todas partes, uno tras otro!

—Mala lengua no puede dar gusto que sea decente confesarlo —replicó Roger, en cuyo rostro se hicieron más visibles las contracciones musculares.

Y el de la voz bronca:

—Si tuvieran la franqueza de confesar sus disgustos los testarudos fracasados...

—Basta, Padre Romero!

—¡Pues no basta, sino que empieza!

Mariano miró a Velarde y a Anterito y éstos le hicieron guiñadas de ojos expresivas de "así son ellos, no se preocupe". Pero a Anterito se le ocurrió además preguntar:

—¿Interesante, verdad?

Y el sacerdote se volvió contra él, con voz tonante:

—¡Calle usted, mentecato! Que aquí no estamos el doctor Marcos Roger y yo dando espectáculo de entretenimiento, sino yo diciéndole verdades para que le escuezan y él purgando sus tonterías con esos escozores.

Con lo cual saltó de su asiento Marcos Roger:

—Tontería la que comete usted, Padre Romero, diciendo inconveniencias.

Y luego a Mariano:

—Buenas noches, Urquiza. Ya hablaremos. Tenga por ahora la bondad de excusarme esta incorrección.

Dicho lo cual se marchó sin más despedida.

—¡Mal educado! —protestó el Padre Romero y volviéndose a Urquiza, cuando ya Marcos Roger no podía oírlo: —Has conocido a uno de esos pocos justos con que Dios se contenta para detener su brazo exterminador de pueblos corrompidos. Aquí el único, tal vez.

Y se marchó sin despedirse.

—Así son ellos —díjole Velarde a Urquiza—. Quien los oye por primera vez cree que van a irse a las manos, pero son amigos excelentes, entre sí y con quienes los traten. Sabiendo tratarlos, por supuesto.

Y eran así, destemplados, irascibles, porque así los había puesto la vida del pueblo. El uno, penetrado de su convicción cristiana de que sólo el espíritu de la verdad y de la justicia debe reinar sobre la tierra para que ésta sea espiritualmente habitable; el otro, empeñado en que además —y de una manera especial sobre la porción de la tierra que eran su país y su pueblo— se llevasen a cabo realizaciones positivas de bienestar, comodidad y aun bue-

na apariencia. Pero aquél con su espíritu ya trastornado por la desesperante experiencia de unos mismos pecados que absolver, todas las semanas en un mismo penitente, de donde un día se levantó del confesionario decidido a no sentarse más en él —como en efecto venía cumpliéndolo hacía años— y a quienes se le acercaban a pedirle confesión los dejaba plantados, diciéndoles:

—Anda a que te confiesen los padres perdonadores.

Por lo cual ya no desempeñaba curato, ni aun se le permitía ejercicio predicador, consintiéndosele solamente celebrar la misa y dirigir las oraciones en una capilla de las afueras del pueblo.

Y Marcos Roger, de hombre de acción que por temperamento era y muchas las obras que para bien del pueblo se había propuesto, como ninguna pudo realizar —aquí por incomprensión o indolencia de sus paisanos, allí porque atentaba contra intereses creados, allá porque a la autoridad omnipotente no le daban ganas de permitir obras que de algún modo se opusieran a su derecho de gobernar atrpellando con todo— se quitó de procurarlas más y se metió a soñador, en sus tierras de "Campo Solo", donde criaba chivos, cultivaba sanseviera, fabricaba ladrillos y cacharros y leía los clásicos de varias lenguas.

—Hombres del mismo temple —había concluído Velarde.— Que se profesan el mayor afecto mutuo, pero sin embargo no pueden tratarse sino como usted acaba de verlo, porque en el fondo no están de acuerdo.

—El positivista y el místico —observó Mariano.

Pero Velarde, acercándosele más, sin que hubiese necesidad de precauciones:

—Místicos los dos. Aquí el único positivista soy yo, que creo y espero en una cosa real y concreta: ¡el Hombre! El hombre que ha de venir a salvar este pueblo.

Urquiza estuvo a punto de preguntarle dónde estaba escrita aquella profecía, pero el tono con que fueron pronunciadas tales palabras revelaba una fe tan circunspecta que no se atrevió a jugarse con ella. Miró a Anterito y éste echó lumbre por los ojos y se frotó las manos rápidamente.

Ahora sí podía sonreír Urquiza y así lo hizo y luego se despidió de Velarde:

—Bien. Hasta cada rato.

—Así lo espero —respondió Velarde.

Salió acompañado de Anterito y éste le preguntó:

—¿Cómo le parecemos?

—Pues... Muy interesantes. Un poco raros, quizás.

ESTACADAS Y LIRIOS DE AGUA

Una calle que a poco iba a morir en una de las riberas del río, o mejor dicho, al borde del lecho, casi enjuto, que antes fué cauce de un río caudaloso, navegable por pequeñas y hasta por medianas embarcaciones que hasta allí llegaban todavía cuando Mariano Urquiza se ausentó del pueblo.

La luna menguante daba iluminación espectral al lamentable paisaje: charcas de mal olor, borales que flotaban sobre ellas, intrincado matorral silvestre más allá, los tejados del pueblo recortados en oscuro silencio contra el cielo medianamente luminoso y al fondo, negra sombra erguida, la torre del reloj donde se había detenido el tiempo.

—Lo que queda del río que nos arrebató Guaviare —dijo Anterito—. Aprovechándose de una pequeña desviación del caudal por un caño que atraviesa su hato de *Sabana del Muerto*, nos quitó nuestro hermoso río. Clavó estacadas en el cauce para represar las carameras que en el invierno arrastran las aguas y sobre las cuales irían depositándose los aluviones, mientras al caño le ensanchaba y le profundizaba la boca para que por allí se fuera todo el río. Que, por cierto, a él de nada le sirve, habiendo sido la vida misma del pueblo.

Mariano, conocía la historia de aquel despojo, pero Anterito quería contarla toda y prosiguió:

—El doctor Marcos Roger hizo lo posible y lo imposible para que la ciudad recuperara su río. Llevó el asunto ante la Corte, pero ésta falló que la desviación había sido obra de la naturaleza y desde tiempo inmemorial

—¡así mismo!— y Guaviare se quedó con el río *per sécula seculorum*. Fué el último de esos fracasos del doctor Roger a que se refería el Padre Romero.

Y una pregunta hecha a espaldas de ambos, con voz afeminada los hizo volverse:

—¿Verdad que es precioso?

Era el doctor Basilio Daza. Aquel que había actuado de secretario cuando el matrimonio del doctor Smith con Efigenia Javillos y el mismo que, más tarde, presidió aquella Corte que había fallado en pro del atropello de Guaviare. Uno de lo principal del pueblo —de los de la plaza, como allí se le designaba— relamido personaje en quien se conciliaban, monstruosamente, voz y modales afeminados con la más siniestra historia para aconsejar y aun para ejecutar atrocidades.

Se sobaba las manos regordetas, con anillos de brillantes y esmeraldas, mientras agregaba, luciendo atildada pronunciación:

—¡Los lirios de agua! ¡Precioso, precioso! Por este tiempo no están floridos, pero ya vendrá, ya vendrá el encantador espectáculo. Fuí yo quien los plantó en este río —vamos a decirlo así— —para regalo de la vista de los moradores del pueblo. ¡Qué flores, qué flores tan bonitas echan por mayo y abril! Y por octubre también, hasta diciembre. Casi todo el año. ¡Vamos!

Anterito se mordía las uñas y Urquiza replicó:

—Sí. La combinación fué perfecta.

—¿A...? ¡Perdón! ¿A qué combinación se refiere usted?

—Estacadas Guaviare y lirios de agua usted, han hecho de aquel río útil esta porquería maloliente. Una combinación muy hábil, para un despojo incalificable.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Daza. Y luego, descubriéndose: —Buenas noches, doctor Urquiza.

—No soy doctor.

—¡Oh! Perdón.

Y se marchó.

Y nunca se frotó Anterito las manos ni tan rápidamente ni con mayor fruición.

Reanudaron la marcha hacia el pueblo, en silencio. Luego inquirió Anterito:

—¿De modo que no se ha graduado todavía de abogado?

—No. Ni pienso hacerlo.

—¿Pero terminó sus estudios, no?

—Sí. Mas como en este país el destino de los doctores es servirles de instrumento a los generales...

—Es verdad. Pero algún día...

—No crea usted en días ni en años. Es cuestión de siglos.

—¡No! ¡Por favor! Las cosas no pueden continuar así y es necesario que cambien. Pronto, pronto.

Urquiza se lo quedó mirando y luego:

—¿Qué cosas?

—Las cosas, las cosas...

Sonrió Urquiza. Como se lo había imaginado, Anterito Valdez sólo sabía que era necesario conspirar. ¿Contra qué y para qué?... Que lo averiguara otro.

Pero al cabo de un rato, Urquiza sintió la necesidad de hacerle confidencia.

—Además —comenzó— la verdad, en lo que a mí se refiere, es otra. Soy un fracasado, un frustrado, mejor dicho. Alguien ha escrito por ahí que los venezolanos, como las armas de fuego de mecanismo descompuesto o imperfecto, o nos disparamos solos o no disparamos nunca. Yo prefiero ser de estos últimos, antes que de los primeros y he regresado al pueblo a sepultarme en vida. A diluirme en esta modorra y en esta tristeza sin esperanza... Una forma de suicidio. La más cobarde de todas, ya lo sé.

Ahora no se frota las manos Anterito Valdez y en silencio, a pasos lentos, como eran los de Mariano Urquiza, entran los dos al pueblo, por una calle larga, recta, solitaria y silenciosa.

En el fondo, la torre donde se había detenido el tiempo.

II

¿QUE ESTARIA HACIENDO ANTERITO?

ANTERITO se había casado y su mujer ya estaba esperando los días.

Y tejía escarpines y gorritos y saquitos de estambre dulce, los más de ellos rosados, porque se imaginaba niña al fruto de su vientre, conforme a su deseo; pero también algunos azules, por complacer a Anterito que lo deseaba varón.

Era una mujer dulce y mansa, desprovista de belleza y ahora con manchas amarillentas en el rostro consumido. Suspiraba a menudo y como todos los días se sentía más agobiada de criatura, por si fuesen dos y para ambas ilusiones paternales sendas complacencias, comenzó a emparejar los escarpines, saquitos y gorritos rosados con otros tantos azules.

Tejía en silencio, levantando y volviendo la cabeza de cuando en cuando, para prestar atención a ciertos ruidos que se oían dentro de la habitación de Anterito, a puerta cerrada, como si limaran, como si aserraran hierros.

—¿Qué estará haciendo Anterito? —se preguntaba.

Pero no sería una cuna para el niño esperado, porque esto podía hacerlo al descubierto y aun donde todo el mundo se enterase de que Anterito Valdez, pobre como era, para que su primogénto pudiese tener cuna, era menester que él mismo se la fabricase. Mientras que, aquella puerta cerrada...

Un día, por los descuidos de las prisas, la dejó abierta Anterito al salir de su cuarto en busca de algo que necesitaba y como esto coincidió con la ocurrencia de su mujer de ir a hacerle una pregunta —ya no se acordaba cuál— perpleja la sorprendió el marido de regreso con una segueta, en la contemplación de su descubrimiento.

—¡Ah! Fué que... Pero ¿y esas llaves, Anterito, de todos los tamaños y tantas, para qué son? Aquí todas las puertas...

Pero él no la dejó concluir y besándola le quitó la palabra, para decirle después:

—Anda, anda a terminar tus escarpines. Que la bomba puede estallar de hoy a mañana.

Y cuando ella se marchó obediente, convencida de que la bomba era ella misma, él se quedó preguntándose:

—¿Por qué diría yo bomba? ¡Eso de que cuando uno está pensando en algo que debe ocultar lo nombre sin querer!... Menos mal que fueran las llaves lo que le llamaron la atención, que si se fija en esto...

Y ello era una gran cantidad de trozos de hierro, de distintos tamaños y formas, que tenía esparcidos sobre una mesa y a los cuales estaba sacándoles puntas y filos. La metralla, nada menos.

Obedeció la mujer, pero se fué inquieta, porque eran mucho misterio y muchas llaves, grandes casi todas como para portones. Y como las llaves no son sino para abrir —pensaba ella— y los portones no se abren sino cuando están cerrados y así lo están por las noches...

—¡En fin! No será para meterse en las casas ajenas, a llevarse nada, porque Anterito podrá ser todo lo que se quiera, pero honrado sí es.

Y era porque en la vida de Anterito Valdez, sencilla, laboriosa, limpia y diáfana en su mayor parte, había, sin embargo, una zona inexplorada, que a muchos les daba que pensar y ahora también a María de Valdez.

Sintió que se le venían a la mente recuerdos y se preguntó:

—¿No fué una conversación de Anterito con Arístides Velarde, hace algunas noches?

Efectivamente. Parte de una conversación que involuntariamente sorprendió ella.

—"Entre once de la noche y tres de la madrugada" —había dicho Anterito.

—"¿Todos los días," —preguntó Velarde.

—"Todos los días" —respondió Anterito.

¿Pero qué le estaba sucediendo ahora a María de Valdez? ¿Cómo era posible que no se acordara de que esa misma noche, entre once y tres, se había levantado varias

veces para asomarse al cuarto de Anterito a ver si estaba allí? Allí estaba y la luz de una lamparilla encendida noche y día ante las imágenes de las devociones de Anterito —San Rafael, patrono de los caminantes; Santa Rita, abogada de lo imposible— permitía verlo en su cama, durmiendo como un bendito.

—Es verdad —se dice ahora, mientras teje sus cadenetas.

La mujer de Anterito, desde que fué avanzando su embarazo, había adquirido la costumbre de hablar a solas —diálogos con el hijo en su vientre, tal vez;— pero he aquí que de pronto se desdobla y el interlocutor ilusorio le advierte:

—¿Verdad? ¿Estás segura de que lo viste durmiendo como un bendito? Acuérdate de que él duerme arropado hasta la cabeza y bien puede ser que lo que hayas visto desde la puerta donde te asomaste, no fuera sino un bojote de su misma forma y tamaño que metió bajo la sábana.

Nada responde a esta observación María de Valdez, pero al cabo de un rato ya le están manando lágrimas y una le cae en el escarpín de estambre azul, completo del par con que ya igualaba el número de los rosados. Se las enjuga y murmura:

—No tendría nada de extraño, porque los hombres son todos iguales. La pobre mujer en la casa, matándose por ellos y ellos...

Suspira. Se pasa la diestra por la frente. ¡Cuántas llaves tenía Anterito!

Y otra vez hablando a solas:

—No. No es posible. Son muchas, son muchas.

Adentro, continuaba Anterito haciendo funcionar sus limas y sus seguetas.

ERA RUBIO, TENIA LOS OJOS AZULES...

Y un día descubre que al pueblo ha llegado un forastero.

No era hijo del pueblo que a éste regresara al cabo

de tantos o cuantos años de ausencia, como Mariano Urquiza, ni un venezolano de otra parte que por allí pasara de tránsito o allí viniera a establecerse, sino un forastero auténtico, rubio, de ojos azules. Un extranjero. Misterioso, por añadidura... Sólo que, para Anterito Valdez, extranjero y misterio eran una sola y misma cosa.

Lo descubrió en el salón del "Bar Concordia", entre dos y tres de la tarde, según sus cálculos, de un día martes, por cierto, no habiendo allí nadie más. Estaba sentado ante un vaso de refresco de naranjas, dentro del cual flotaba un trozo de hielo que hacía girar con el índice de su diestra. Nada de esto se le olvidaría nunca a Anterito.

—Forastero a la vista —se anunció a sí mismo.

Y fué a sentarse en una de las mesas más distantes de la que ocupaba el extranjero. Porque Anterito Valdez, practicante de aquello de "si la montaña no viene a mí yo iré a la montaña", entendía que era necesario que hubiese algún espacio considerable entre él y la montaña, para que fuese mérito suyo trasponerla.

Y la montaña habló:

—¡Calor! ¡Mucho calor!

Pero Anterito no entendía que así pudiesen iniciarse comunicaciones trascendentales y por el momento se limitó a sonreír. El extranjero concluyó de menear el trozo de hielo dentro del vaso, cogió éste, se lo llevó a los labios, y tomó cinco sorbos, que Anterito le contó por los movimientos de los músculos del cuello. El extranjero repuso el vaso sobre la mesa, que era de mármol blanco, y repitió:

—Mucho calor.

Dicho lo cual se quedó mirando a Anterito. Mas como advirtiese que éste le hacía señas, indudablemente masónicas, pero que no le eran comprensibles, se lo hizo saber sonriendo y moviendo negativamente la cabeza.

Volvió a enrojecer Anterito hasta la raíz del negro cabello, cortado al rape, y se dijo mentalmente:

—Y ya van dos. ¿Será que yo he venido a entrar en la masonería cuando ya nadie la practica?

Pero al forastero se le ocurrió agregar:

—Y mosca. Mucha mosca también.

Y luego:

—Pero, a Dios rogando y con el mazo dando.

Y los cincuenta y cuatro kilos de materia orgánica que componían la persona física de Anterito fueron lanzadas bruscamente del asiento y puestos de pie, quedándosele los pequeños ojos redondos y negros fijos en el forastero, porque las últimas palabras de éste no podía interpretarlas aquél sino como parte de alguna clave, para mutuo reconocimiento de conspiradores.

—¿Quiere venir a tomar refresco conmigo? Venga.

Traspuso Anterito la considerable distancia mientras el forastero daba palmadas y aparecía un mozo del bar y recogía el pedido.

—Otro refresco de narranja.

—Naranja —corrigió Anterito, a tiempo que se sentaba a la mesa del extranjero.

Y éste, dando una palmotada, no para pedir servicio sino para manifestar contentamiento:

—¡Naranja! ¡Así me gusta la cosa! El amigo verdadero no debe nunca dejar que el amigo diga cosa mala ni haga cosa mala. Hay que enseñarlo y corregirlo. ¡Naranja!

Y al cabo de una pausa y con cierta intención indefinible:

—¿Y la cosa está buena, verdad?

Lo suficiente para que Anterito no dudase ya de qué se trataba —¡ahora sí!— de un enviado de conspiradores de otra parte. De otra nación, para que resultase más interesante el caso. Un enviado de los conspiradores del mundo entero, tal vez... Porque en el estado de profunda emoción en que se hallaba Anterito, cosas sencillas tenían que transformársele en acontecimientos extraordinarios.

Se restregó rápidamente las manos y repuso:

—¡A punto!

Y enseguida, sin perder tiempo:

—¿Está alojado usted en el hotel?

—Sí. Pero la señorita Simoza no está una persona agradable.

—¿No preferiría instalarse en una casa, solo?

—¿Casa sola?

—Casa sin dueño.

Designábanse así aquellas cuyos dueños habían emigrado de la población y se mantenían cerradas y abandonadas, goteras y descalabraduras convirtiéndolas en ruinas, ratones y polillas devorando los muebles que dentro de ellas quedaron.

Y acercándose más al forastero, con voz sigilosa y entre miradas de precaución hacia las puertas por donde alguien pudiera aparecer, Anterito le refirió el episodio trágico que culminó en la muerte de Smith y en la consecutiva de don Heliodoro Urquiza, tal como la contaba el pueblo, para quien Efigenia Javillos tenía que haber sido culpable de la primera. Todo, incluso la partida de Camila Smith, sin despedirse de nadie y para que nunca más se supiese de ella. Concluyendo:

—¡Yo tengo la llave y las escrituras de esa casa, que dentro de ella quedaron, extendidas y registradas a nombre de Camila Smith!

Pero como ya venía el mozo del bar con el refresco pedido, se enderezó en su asiento y guardó silencio, mientras aquél se acercaba a la mesa y sobre ella dejaba lo que traía.

Mientras tanto el forastero había vuelto al menear del hielo dentro de su vaso y cuando el mozo se retiró, sin interrumpir lo que hacía, dijo:

—Ya Camila me lo había dicho: "Búsquelo usted al llegar. El tiene la llave de mi casa".

Anterito se enderezó más para inquirir:

—¿Sí? ¿Y cómo sabía usted que yo era... Anterito Valdez?

—¡Oh! Nadie me lo había dicho. Pero no he tenido necesidad de preguntar.

Y Anterito se quedó perplejo, mirándolo.

PARMENION RECTIFICA SU CONCEPTO DE AUTORIDAD

Cuando Parmenión recibió la noticia de que había tomado posesión de aquella casa, sin que se supiera cómo ni por qué, un extranjero que dos días antes había llegado al hotel de las Simozas, dió un respingo, se levantó del asiento, se encasquetó el sombrero y se dirigió a la casa de Nicanor Javillos.

Parmenión era un compadre de Hermenegildo Guaviare, persona interpuesta de éste en el gobierno del pueblo, que en realidad seguía ejerciéndolo desde su hato de *Sabana del Muerto*, pero dándose así, además, el soberano gusto de imponerles a sus paisanos una autoridad de ningún modo lícito constituída en su persona. Y decíanle Parmenión, a secas, porque tenía un apellido absurdo —Manuel— que más parecía apelativo y por no enmendarle la plana —cosa siempre desagradable para quien ejerza alguna autoridad por estas tierras— llamándolo Manuel Parmenión, le quitaban lo primero, que no sonaba bien como segundo y así lo habían dejado. No faltaba, sin embargo, quien asegurase que el trastrueque provenía de haber visto el aludido, una vez, su nombre verdadero en una lista por orden alfabético de apellidos y haberle gustado la trasposición, que de algún modo era ser otra persona y quién sabe por qué le convendría. Era un hombre escurridizo, de aspecto mansurrón, que no se sentaba nunca derecho, que no parecía tener por dentro armadura rígida de personalidad, aunque no se requería extraordinaria perspicacia para descubrirle que aquella apariencia debía de ajustarse a un plan bien estudiado. Y era para las minucias y para el papeleo, obligado a someterle todo lo que fuese de importancia a Guaviare, a quien le tocaba irse al grano de la cuestión.

—¿Sabe la noticia, don Nicanor?— llegó preguntándole.

—¿Cual? —inquirió Javillos.

—Un musiú en la casa del difunto.

—¡Vaya, pues! —repuso Nicanor Javillos, a quien

lo impacientaban los circunlóquios y medias frases habituales de Parmenión.— ¿Cuál difunto... Manuel?

—¡Es verdad! Que ya son tantos... en el pueblo, digo, que es menester mencionarlos por sus nombres y apellidos. Al doctor Smith me refería. Un paisano de él, según se cree, que se ha hecho dueño de la casa. Puede que hasta un pariente sea.

Ya Nicanor Javillos le había advertido una vez a su primo, a propósito de Parmenión: —"Ten cuidado con ese hombre, que no te será fiel"— Y ahora se le venía con esto a la memoria, mas para ser rechazado en seguida, como pensamiento indiscreto.

—En realidad —repuso, al cabo de un momento de reflexión— esa casa es todavía de Camila Smith. Para ella adquirió su hermano el doctor, a nombre de ella fué extendida y registrada la escritura y como todavía no puede haber prescrito su derecho...

—Todo eso me lo venía diciendo yo por el camino, don Nicanor. Pero como podía suceder que de aquí hubiera partido la autorización del caso, no porque me pareciera natural, sino porque cada uno tiene su manera de hacer las cosas, me dejé venir hasta acá a ver si ustedes —doña Efigenia y usted— sabían la novedad y qué cara le ponían. Porque en poniéndoles ustedes buena cara yo no tenía por qué ponérsela mala. ¿Usted me comprende? Ya que la autoridad política —vamos a decir civil —de que uno está investido, no llega sino hasta de la puerta para afuera. ¿Usted me entiende?

—Sí. Haciendo algún esfuerzo. Porque usted está ahora dentro de una casa —esta, su casa, naturalmente— y si al pie de la letra le tomáramos su concepto de autoridad, resultaría que —"hasta de la puerta para afuera" —casa, pueblo y cuanto por delante se le extienda, estaría dentro de su dominio.

—¡Ah don Nicanor y sus retruques! —exclamó Parmenión, tomándolo o fingiendo tomarlo a broma.— Usted es un hombre recto, don Nicanor.

—Justicia que usted me hace... Manuel.

—¡Y a boca llena! Que por cierto, ya que mient

boca, a usted se le tranca un poco la suya cuando me va a dar el apellido. No sé por qué. Pero a boca llena se lo digo siempre al compadre, su casi hermano de usted: —"Compadre, déjese de cosas y sígase por don Nicanor, que va derecho como una vela hacia su sepultura. —Quiero decir: que es hombre de línea recta. Hombre recto y mortificado".

—A ver, a ver. ¿Qué quiere decirme con eso de mortificado?

Nada de particular. Sino que, volviendo a mi autoridad y a mi manera de entenderla, no tengo que decirle sino que aquí no estoy yo, sino, como se dice, cuidándole el muerto al compadre.

—¿Qué muerto?

La pregunta de Nicanor fué rápida y pronunciada con ánimo inquisidor, que excedía de la simple curiosidad producida por una expresión de estilo personal; pero a Parmenión no se le escapó esto y sonriendo replicó:

—Es un decir, don Nicanor. Nada más que un decir. ¿Sabe?

Nicanor Javillos se mordió los bigotes y luego se los atuzó. Había algo en su interior que acababa de sufrir una conmoción profunda. Pero como instintivamente todo su ser repudia exploraciones al fondo de su intimidad cuando de algún modo siente que algo comienza a resquebrajársele allí y como, por otra parte, nunca le había sido grata la compañía de Parmenión y era mejor acabar cuanto antes, díjole, poniéndose de pie y disponiéndose a salir:

—Vamos. Vamos allá a preguntarle a ese extranjero quién es y por qué se ha permitido instalarse en casa de la cual no se sepa que le pertenezca.

Por el trayecto casi no se cruzaron palabra y Parmenión Manuel llevaba puesta su sonrisa de andar por la calle, que le imprimía cierto aspecto bobalicón.

Instalado estaba el forastero y por añadidura disponiéndose ya a reparaciones y modificaciones de la casa.

—¿Es que se propone usted permanecer aquí tiempo largo? —interrogó Nicanor, por aquellos preparativos.

—¡Oh!—hizo el forastero.— Tiempo corto, tal vez. Pero como toda casa es parte de un país y todo país está de algún modo adentro de sus casas, todo hombre debe vivir adentro de una casa que sea de algún modo parte de su país.

—¿Y usted, de dónde es?

—De un país que va a estar de algún modo adentro de esta casa para que yo pueda habitarla contento.

—Hay que demostrar primero que puede habitarla. Que tiene derecho a ello. Y usted no ha cumplido todavía ese requisito.

—¡Oh! Derechos suponen justicia, señor Nicanor.

Rió Parmenión, que a todo se había mantenido atento, pero sin intervenir y Nicanor, encarándosele:

—¿Por qué ríe así?

—Porque al señor, forastero como es y de otra lengua, le ha sucedido, sin embargo, como les sucede aquí a todos los del pueblo conmigo. Que creen que mi apellido es Parmenión, como al señor le ha parecido que el de usted es Nicanor.

—¡Oh! No —replicó el forastero.— Está usted equivocado, señor Manuel. Yo sé todo que necesito saber respecto señor Javillos. Yo conozco bien la historia de toda cosa a que me pongo. Yo preguntó cuando no sé.

—¡Umjú—hizó Parmenión.

Nicanor se había quedado en silencio, atusándose los bigotes y el forastero, volviéndose a él, continuó:

—Decía yo a usted, señor Nicanor Javillos, que derechos suponen justicia. ¿Verdad? ¿Era eso que yo decía?

—Sí, señor.

—Pues ahora digo que justicia ya habrá por aquí. La tierra es pequeña y la justicia grande, muy grande, y hasta aquí también tiene que llegar algún día.

—Señor mío —repuso Nicanor.— Muy interesante su conversación. Pero hemos venido aquí a que usted nos muestre los títulos en que puedan fundarse sus derechos a ocupar esta casa. Y más todavía: hacerle reparaciones y modificaciones, como ya veo que se propone intentarlo. El señor... Permanión Manuel, es la primera autoridad

del lugar y ante él debe usted producir esos títulos. ¿No ha venido usted a eso, señor... Manuel?

Y Parmenión, todo desgonzado hacia el lado izquierdo en el asiento que ocupaba y todavía con su sonrisa de andar por la calle:

—Voy a decirle, don Nicanor. El señor ha dicho unas cosas que, si a ver vamos y de ver no nos ofuscamos, resulta que mejor es que uno piense bien las suyas antes de proceder y no se lance así, como así. Válgaseme la expresión. Porque no es que yo entienda la autoridad de que esté investido —vamos al decir— hasta de la puerta para afuera, como en denantes usted creyó que yo la tomaba, sino que desde la puerta de una casa cualquiera para adentro, se necesita un juez y un auto, que llaman. ¿Sabe cómo es la cosa? Y la autoridad —vamos a decir la política— de que yo estoy investido... Francamente, como que no me alcanza de esa puerta para acá.

—¡Umjú!—hizo ahora el forastero.

Y Nicanor, mirando a Parmenión:

—Bien. Muy bien. De todos modos celebro haberle dado ocasión para que, por primera vez, reconozca usted que su autoridad, civil o política o lo que sea, no debe traspasar ciertos límites.

—¡Umjú!—volvió a hacer el forastero.

Se levantó Nicanor, hizo lo mismo Parmenión y el primero se despidió del extranjero diciéndole:

—Señor mío. Tenga la bondad de excusarme los desahogos personales en que haya incurrido en presencia de va a molestarlo.

usted. Por lo demás, no tendré por qué ser yo quien vuel-

—¡Oh! Yo estoy sintiendo mucho toda esta cosa, señor Nicanor Javillos. Usted me ha estado ya un hombre simpático.

—Gracias, gracias.

Y se marchó acompañado de Parmenión; pero en el mismo zaguán, no pudiendo tolerarlo más le dijo:

—Desde esa puerta para afuera, Parmenión Manuel usted por un lado y yo por otro.

Y el hombre que parecía no tener armadura rígida por dentro se limitó a sonreír.

OTROS PENSAMIENTOS DE PARMENION

Parmenión tenía una estancia en las afueras del pueblo, cerca de la Plaza Vieja y allá acostumbraba ir todas las tardes, a reposarse de sus preocupaciones de autoridad contemplando la naturaleza, acariciándole las ancas a una vaca, haciéndole cosquillas a un cerdo en la trompa, peinándole con sus dedos las crines a un potro alazano que le estaban amasando para cabalgadura suya. Y complaciéndose, sin demostrarlo, en las lisonjas de los aduladores que ya comenzaban a rodearlo.

No era todavía la hora de costumbre, pero allá se encaminó cuando cogió por su lado, al salir de la casa usurpada por el forastero y que, según se lo advertía su instinto, ya de algún modo figuraba en su propia historia.

La estancia era como un oasis dentro del vasto cardonal que por allí se extendía hasta las orillas del mar distante y la denominaba *"Párate Bueno"*. Sombrosos mangos bordeaban el callejón que conducía a ella y al fresco abrigo de su follaje caminaba preguntándose, en ejercicio de socarronería:

—¿Qué estará haciendo a esta hora el compadre en su *Sabana del Muerto*? ¿Estará herrando mautes o jugando bolas con *Comemuerto*?.... ¡Mire que al compadre le gustan esos nombres que tienen muerto! La posesión donde ahora se lo pasa y el asistente de su confianza, su edecán, como se dice... El hombrecito de los mandaditos cascorvos.

Dos años hacía ya que venía demostrándole a Hermenegildo Guaviare su lealtad de subalterno, en el desempeño aparente de la autoridad del lugar, mientras en realidad era aquél la mano arbitraria que hacía y deshacía.

—Dos años y un mes—puntualizó, a salto de una asociación a otra—. Y siete días, para que no se queden fuera de la cuenta los menudos de veinticuatro horas.

Y así llegó con la mano acariciadora al anca de la vaca *Mariposa*, que ya había vuelto la cabeza para mirarlo, como si le conociera los pasos o hubiera entendido lo que junto a ella murmuró el peón ocupado en la limpieza del establo:

—Ahí viene el General.

—¡Mariposa! ¡Mariposa!... "Toda casa debe"... No. "Todo país debe estar de algún modo dentro de sus casas"... ¡Jé, jé, jé! Musiú es musiú, venga de donde viniere... ¿Por qué será que esa gente haya de salirse siempre con la suya? Y no es que yo... ¡Jm! ¡Feas estoy mirando las cosas para el compadre!... ¡Mariposa, Mariposa!... Hasta de la puerta para... ¡Jm! ¡Ah don Nicanor y la mano que me tendió sin darse cuenta!... ¡Posa, posa!... ¡Posa, mari!...

No era otro caso de trastrueque, sino que ya llegaban los aduladores de costumbres; pero entre ellos, a la cabeza de la avanzada, nada menos que el doctor Basilio Daza, que nunca se había dejado ver por allí.

Venía entreteniéndolo con su conversación ricas en exclamaciones preciosistas, pero obligándolos a una marcha que no les era habitual, de pasos menudos y rápidos. Y esto divirtió a Parmenión:

—¡Como los trae! Al arrebiate del taquititaqui de su manera de andar. Pisando volatería vienen todos.

Y luego, internándose en sí mismo:

—¿Qué vendrá buscando por aquí el doctorcito del compadre?... ¡Ah peine que te voy a poner! Ya te miro pisándolo.

Y alzando la voz:

—¡Cuidado, doctor Basilio! ¡Cuidado con las bostas de vaca y sus zapatos limpios!

En seguida de lo cual se preguntó entre dientes:

—¿No es doctor basilisco como lo llaman algunos?

Y dejando lo de la vaca pasó a lo del puerco, que estaba más allá ofreciéndole su hocico a las cosquillas de costumbre, para hacérselas sin pérdida de tiempo y ya con aquellas porquerías en la mano, estrechar la que Basilio venía tendiéndole desde lejos.

Pero Basilio Daza se le plantó por delante y le frustró el plan:

—Límpiesela primero, mi querido General. Su mano siempre es una joya; empero, póngasela a brillar como es debido.

Y la sonrisa que a Parmenión se le quedaba siempre un determinado tiempo entreabriéndole la boca, mostrando los dientes conservados a fuerza de oros y platinos, tuvo que quedársele aquella vez más de lo acostumbrado, mientras sacaba un pañuelo, se enjugaba los dedos de la pringue de cerdo, guardaba el pañuelo y ofrecía la mano.

Se acercaron los otros, que ya habían podido recuperar sus acostumbrados pasos y de los obligados venían resollando grueso, y Parmenión, contra su modo habitual de saludarlos sin darles la mano, fué dándosela a todos, afabilísimamente.

Luego dijo:

—Pues bien. Hoy hemos venido más temprano que de costumbre. Junto con otras novedades. Venga, doctor Basilio. Venga para que vea una lindura de potro, como diría usted.

Y se lo llevó a donde el alazano esperaba el diario peinado de su crin.

—¡Una lindura verdaderamente! —exclamó Daza.— El más bonito animal de *Párate Bueno*.

—¡Jé, jé! ¿Incluyéndome á mí, doctor Basi...

—¡Shs! —hizo el mentado, aplicándose a los labios gordezuelos el índice diestro de una uña pulida.— ¡Cuidado con lo de basilisco, mi querido General! Que ya se le estaba saliendo de la deliciosa intimidad de su alma... Que por cierto no sé por qué la consideran algunos como un abismo de intenciones inescrutables. Yo que siempre lo he visto todo tan claro en usted. ¡Tan diáfano!

—Esa es la palabra —dijo Parmenión, cruzando de sitio, maquinalmente, porque acababa de cruzarle la idea escurridiza de que era él quien iba a caer en una trampa.

Basilio Daza se le acercó, lo tomó por un brazo y lo atrajo sobre sí, cuerpo a cuerpo y mientras con el índice

de la mano libre le daba golpecitos en el mezquino pecho díjole:

—Yo sé lo que le pasa, compañero. Viene usted de hablar con el forastero... ¿Sabe que es un ruso? ¿No lo sabía? Pues sí, un ruso blanco.

—Muy blanco es. Si, señor.

—No. Me refería a otra cosa. Y volviendo. Teme usted que de ahí pueda derivarse algún contratiempo para nuestro querido jefe el General Guaviare? ¿Verdad que sí?

—Pues...

—Sí, sí. Usted lo teme, usted lo teme. Pero no tenga cuidado. Deseche esos temores. Lo de la muerte de Smith y de don Heliodoro es asunto concluído. Quiero decir: que dentro de los procedimientos no cabe ya ninguna acción que pueda intentarse con éxito posible.

—¿O cómo decimos los profanos: que ya eso es clavo pasado?

—¡Pasado! ¡Pasado! ¡Jé, jé, jé! ¿Es que usted creía que no?

—¿Yo por qué?

—¡Mi querido General Parmenión Manuel! ¿Qué inquieto lo encuentro hoy!

—Déjese de cosas, doctor Daza. ¿Y eso de General que ahora me pone? Nunca me lo había reconocido.

Y cuerpo a cuerpo, golpecito y golpecito del índice de uña pulida sobre el mezquino pecho:

—Déjese usted llamar desde ahora, como luego lo llamará la historia.

—¿A mí?

—¡Jé, jé, jé. Si la escribo yo, por supuesto!

Dicho lo cual se le apartó Daza, para ir a reunirse con los demás, que por allá se habían quedado contemplando el cerdo, de hocico que ya pertenecía a la historia.

Parmenión se quedó junto al potro alazano haciéndole el peinado de todas las tardes, invariablemente. Y preguntándose:

—¿Si habré sido yo quien ha pisado el peine?

De donde concluyó, a poco de pensar y peinar:

—La verdad es que, sea como sea, para ciertas cosas hay que contar con los Basilios Dazas.

Eran varios los aspirantes a serlo que allí estaban contemplando el marrano histórico, Daza también —realización lograda— haciéndole cosquillas, ya sin asco de pringue de hocicos.

Y Parmenión sonrió y luego se dijo, sin que pareciese conclusión lógica:

—Lo que le he dicho siempre al compadre. ¿Qué necesidad hay de cometer arbitrariedades, así tan a las claras? Si con la ley en la mano se puede hacer lo mismo.

Y EL TIEMPO ECHÓ A ANDAR

¿Cómo y cuándo pudo arreglarse aquéllo?... La torre de la iglesia matriz se destacaba del cuerpo de la fachada y por su costado derecho, vista desde el altozano, se comunicaba con éste por una puertecita de arco abierta en el grueso muro y defendida por una verja de hierro, por la cual se entraba al campanario, escalera arriba, ya gimiente de vieja y taraceada... Nada de extraño tendría que alguien dijese después, por dárselas de advertido y malicioso, que por aquella puerta había visto a Anterito Valdez deslizarse furtivamente dentro de la torre.

Y fué a la primera hora justa de un día que acababa de desprenderse del filo de medianoche. Un zumbido inusitado en el profundo silencio y de pronto, cadenciosamente:

—Tam, tam, tam, tam...

¡El reloj de la torre!

Dió los cuatro cuartos de la hora transcurrida y luego la campanada precisa, puntual, solemne. ¡La una del día que acababa de comenzar!

Los trasnochadores que todavía estaban consumiendo copas en el salón del bar, se precipitaron a la calle, atravesaron la plaza, se detuvieron en el altozano y alzaron las miradas hacia la vieja torre donde acababa de ocurrir aquello. A los postigos de las ventanas vecinas se asomaron mujeres arrebujadas en sábanas y se abrie-

n puertas y por ellas salieron hombres, vistiéndose to-
avía, para cerciorarse con sus propios ojos.

Ya era numerososo el grupo en el altozano mirando
acia el reloj. ¡Sí! No cabía duda. No había sido un sue-
o de los que dormían, ni alucinación de los que consu-
ían alcohol. El minutero, viejo tullido que de pronto sa-
ó, volvía a los pinicos dando saltitos de minuto en minuto.

Y aquella noche, día ya de un tiempo en marcha, ca-
nadie durmió más en el pueblo: unos en el altozano,
ros en el bar haciendo descorchar champaña, otros en
s camas, pero todos oyendo los cuartos y nombrando las
oras que otra vez sonaban.

—¡Las dos!... ¡Las tres!

Pasadas las tres llegó a su casa Anterito. Su mujer
estaba esperando en el corredor y con predisposiciones
e celos lo recibió preguntándole:

—¿Dónde estabas?

—¡Shs! —hizo él, aplicándose el índice a los labios,
n precaución de todo punto innecesaria, porque nadie
ás estaba por allí.— A tí te lo puedo decir: fuí yo, fuí yo.

—¿Qué?

—¡El tiempo, que ha echado a andar!

—¿Te refieres al reloj de la torre?

—Sí. Yo había subido con él a la torre, ayer no más.

—¿Quién es él? —insistió la simple María de Valdez,
ue, por otra parte, ya no podía con el sueño.

—El forastero, chica. El descubrió el proyectil que
abía detenido la maquinaria. Estaba allí y a ninguno de
osotros se nos había ocurrido nunca que allí pudiera es-
r todavía. —"Una pequeña cosita —me dijo— para pro-
ucir un efecto grande quitándola de ahí". — Yo nada le
espondí entonces, pero me quedé con mi idea. Volví so-
, extraje el plomo de la bala de Hermenegildo Guaviare,
ace diez años, limpié y aceité la maquinaria, le dí cuer-
y a la una justa— por este reloj del forastero que nun-
se atrasa ni se adelanta y para eso se lo pedí prestado
er tarde— lo puse en movimiento —¡tac!— y echó a
ndar... ¡Oyelo! Tam, tam, tam, tam. ¡Las tres y cuar-
! Después dará las cuatro y las cinco y las...

Pero María de Valdez, que ya estaba cayéndos
sueño y de peso de criatura, le tapó la boca con su r
fría y le dijo, suplicante:

—¡Anterito! ¿No será mejor que nos acostemos
tes de que las dé?

Se acostó Anterito. Pero en su cama siguió conta

—Tam tam, tam tam... ¡Las cuatro!

Indudablemente, el tiempo había echado a and

III

A MANOTADA

PERO el forastero no había llegado solo y en el
de las Simozas permanecían Marta Elena y sus he
nitas.

Las Simozas, ambas solteronas, eran Obdulia y
mitos, por orden de edades y se tenían distribuído —
jor dicho: Ramitos lo había dispuesto así— el quel
del hotel, de modo que la primera se pasaba todo e
dentro de la cocina riñendo a las cocineras, probán
los guisos, que siempre tendían a quedarles desabri
salados y amargos como las propias salmueras, des
dose los brazos con los chisporroteos de la sartén,
dose los dedos junto con la carne a la parrilla, quem
se la sangre con los enfurecimientos que las fregonas
cían coger a cada plato roto o desportillado contra e
gadero; mientras Ramitos, empingorotada y empo
y con sortijas en los dedos, a más no poder, atendía
sonalmente a los huéspedes, los instalaba en sus cu
se interesaba por descubrirles las intimidades de su
torias y a las horas de comer rondaba de mesa en
haciéndoles preguntas amables sobre cómo les había
tado la olleta o la berenjena en salsa de tomate, que
especialidades de Obdulia.

Cuando llegó el forastero acompañando a Mart
na y sus hermanitas —gemelas, lindas e indistingu
como dos gotas de agua cristalina— Ramitos Simoz
yó que éstas fuesen hijas y esposa de aquél. Pero

tranjero las negó y aunque pidió habitación aparte para ellas y alejada de la que a él le destinase, Ramitos pasó a maliciar, como más de su agrado quería que fuesen las cosas del prójimo.

—¿Cuartos separados y distantes? —se formuló en sus adentros de hotelera escarmentada.— ¡Jm! A mí no me engañas, musiú. De esa cabuya tengo yo un rollo.

Y se quedó rondando en torno a Marta Elena y lo que ésta resultara ser del forastero.

Pero todo lo que ya tenía construído —de su fecunda invención y antes de las cuarenta y ocho horas— se le vino abajo cuando el forastero le participó que se marchaba del hotel.

—¿Y por qué? —le preguntó, haciéndole larga cadencia a la última vocal.

—Porque uno come mosca adentro de la olleta si se descuida —respondió el extranjero guasón.

De donde salió un respingo de dignidad ofendida de Ramitos Simoza y esta otra pregunta que ya no era amable, ni musicalmente pronunciada:

—¿Y ellas?

—Ellas son ellas, señora Ramitos.

—Señorita. Para servirle a usted.

—Pues... yo estaría muy contento si no tuviera que mudarme.

Ramitos vaciló entre sonreír o enfurruñarse, pero optó por insistir, por el dinero que allí se estaba ventilando:

—Pero como vinieron con usted y una no sabe a quién cobrarle las pensiones de ellas.

—Yo pagaré pensión de ellas mientras estén aquí; pero usted se contrata conmigo a no decir a la señorita que yo he pagado.

—Me comprometo, querrá usted decir.

—Eso es. Muchas gracias. Muchas gracias.

Pero al día siguiente ya Ramitos Simoza se le había metido en el cuarto a Mariano Urquiza y tomando asiento comenzó a gemir:

—¡La tribulación en que me encuentro, Urquiza! ¡Lo

que se llama atolladero! Imagínese que Marta Elena, l señorita de las hermanitas morochas. Que muy bonita son, por cierto, las pobrecitas y muy graciositas y muy.

—Señora —atajó Urquiza.— Déjese de circunloquios que a mí me resultan exasperantes siempre.

—¡Ah Urquiza! Nunca he tenido yo un huésped e este hotel de peor humor que el suyo. Franqueza por fran queza. Y no se olvide de que no soy señora sino señorita.

—Admitido. Y cuénteme su tribulación, si es que n puede evitármelo.

—Allá va. Que el forastero me pagó ocho días anti cipados de pensión de Marta Elena y sus hermanitas, qu ya van corridos dos, y como me puso por condición qu no lo supiera ella y a mí se me salió decírselo y ella n quiere aceptar esos favores de él y por otra parte yo s que ella no tiene dinero...

—Usted ha resuelto ya ponerla en la calle, antes d que le amanezca aquí el noveno día. ¿No es eso?

—¡No, Urquiza! Yo soy una mujer de corazón.

Y esto lo afirmó apoyándose ambas manos, con tod la pedrería de color que en los dedos llevaba, sobre el pe cho frondoso en ambas partes.

Mariano sonrió y exclamó:

—¡Inmenso corazón, señorita Simoza!

Fingió ruborizamiento la gruesa Ramitos, con tant maestría que casi se le volvió rojo el amoratado colore y repuso, rebullendo con toda la masa de su cuerpo:

—Déjese de cosas, Urquiza.

—Siga, Ramitos, siga.

Se quitó las manos de donde las tenía y se las llev a las faldas para estirárselas bien sobre los potente músculos y balbuciendo casi:

—La cosa es que... ¿Cómo voy a poner... lo que s dice en la calle... a toda una señorita?

—¿Si? No hace mucho, cuando el desayuno esta m ñana, empleó usted cierta reticencia al aplicarle ese mi mo término a esa misma persona.

—¡Dios me libre, Urquiza! Yo no sé lo que sea u

reticencia, pero una cosa le digo: yo nunca empleo malas palabras en mi conversación. Sépalo usted.

—Siga, señorita, siga.

—¡Que en un principio yo haya tenido mis sospechas, no voy a negárselo. Pero hoy me atrevo a meter mi mano al fuego por Marta Elena. ¿Que por qué llegó acompañada del forastero? Que lo averigüe Dios. Yo respeto mucho los secretos de nuestros huéspedes.

—¡Claro!

—Pero, volviendo a lo que venía. ¿No le parece que sería muy bonito que usted le cediera a Marta Elena la casa del Colegio, como todavía se la llama sin que haya colegio, para que ella pusiera una escuelita? De primeras letras aunque fuere.

Se endrezó Mariano, que estaba tumbado en la hamaca, para prestar mejor atención a la ocurrencia de Ramitos y ésta prosiguió:

—Marta Elena, según ella misma me lo ha dicho hace poco, es maestra graduada, como ahora dicen, y yo estoy segura de que si abre una escuela le lloverán niñitas. No hace mucho estaba diciéndoselo yo, pero ella, naturalmente, como corresponde a una verdadera señorita, bien educada, que eso se le ve por encima, me respondió:—"Pero, el señor Urquiza consentirá eso?"

A lo que repuso Mariano:

—De donde se desprende que ya usted le ofreció mi casa, para que instale su escuela.

—Ofrecérsela, propiamente no, Urquiza, pero...

Y levantándose del asiento, con una agilidad insospechable de su volumen:

—Espere un momento. Mejor es que usted se entienda con ella misma. Voy a traérsela.

—¡Pero, señora!

—No, no. No se moleste. En seguida se la traigo. Está en el corredor esperando. Póngase el saco y arréglese un poco.

Diciendo lo cual se dirigía hacia la puerta y ya en ésta, se detuvo, se volvió y llevándose los dedos a los labios, después de decir:

—Mire que la muchacha es...

Hizo con ellos mímica de beso reventón a tiempo que exclamaba:

—¡De flor!

—¡Señora! —protestó Urquiza.

Pero ya ella bajaba la escalera, riendo.

Mariano se levantó de la hamaca, se puso el saco, se arregló un poco, como se lo ordenara Ramitos Simoza, que no se dormía en las pajas y así comenzó a cumplirse a través de su voluntad, una determinación tomada por otra. Una de tantas de la misma naturaleza que comenzaban a producirse en el pueblo a causa de la llegada del forastero.

Mariano Urquiza —también era cierto— nunca había tomado las suyas sino por arrebatos, a manotadas, como cuando, vistiéndose ya para dirigirse a la Universidad a la colación de su grado de doctor en leyes, haciéndose el lazo de la corbata ante el espejo, se la arrancó de pronto del cuello, la arrojó al suelo, desistió de su grado y resolvió regresarse al pueblo. Y como a manotada también, ante la cátedra del antiguo colegio de su abuelo, decidió acabar con la farsa de un culto que no era sino negocio de Clímaco Monegas y, cuando más, lánguido recuerdo de un hombre enérgico y virtuoso en la memoria de otros que ya no sabían serlo.

A manotadas estaba ahora haciéndose otro lazo en otra corbata.

MARTA ELENA

Una historia que ella no le refería nunca a nadie; una vida ejemplar sin embargo. Estudiosa, hacendosa, amorosa. De buen amor, junto a la madre hasta el último momento de la atormentada vida; de madre ahora haciéndoles las veces a las hermanitas. La pobreza bien sobrellevada, la diligencia para la diaria pelea por el pan difícil, todos los días sin desfallecimientos. La entereza del espíritu ante lo mostruoso de la vida y la dignidad del corazón para comprender y perdonar, una sola virtud en el noble silencio ante su drama... El traje de luto.

Era en la casa del antiguo colegio, a la caída de aque-
tarde memorable. Las niñitas gemelas, lindas e idén-
s, sentadas en uno de los bancos, hombro a hombro,
rradas las manitas, reclinadas las cabezas entre sí,
sola cosa linda las dos cabelleras rubias bucle a bu-
una misma ternura confiada en los cuatro ojos azu-
puestos en Mariano Urquiza.

Marta Elena—los cabellos negros, lisos, moldeando
noble cabeza, el rostro de pareja blancura sin engaños
tocador, la nariz perfecta, la boca admirable— senta-
en el viejo sillón de cuero estampado, ante la mesa ya
pia de farsa, pero todavía desnuda de obra. Tiene so-
ella apoyadas las manos de perfección y pureza y con
voz grave —de contralto si hubiera aprendido a can-
— responde a la pregunta que le había hecho Mariano:

—Graduada no, pero maestra sí.

Tal vez tenga Mariano alguna otra pregunta que ha-
e, aunque ya en el hotel todo fué tratado y convenido
conforme a lo cual ella tomaba desde esa misma tar-
posesión de la casa para abrir su escuela; pero prefie-
quedarse mirándola, porque nunca había contempla-
en rostro de mujer ni tanta dulzura serena ni mayor
nidad humana y ella le sostiene la mirada esperando
otras preguntas posibles... Que si alguna viniese, in-
reta, por indagar la dolorosa historia, ella se limita-
sin cambiar de expresión, a mover negativamente la
eza armoniosa.

Las niñitas se oprimen más las manitas cogidas, se
an y sonríen. Marta Elena lo advierte y con un mo-
niento de los ojos se lo hace advertir a Mariano.

Este se vuelve hacia ellas, se les acerca y como si
deara una sola cabeza, les acaricia a las dos cabelleras.

—¿Cómo se llaman? —pregúntales.

Las mellizas sonríen de otra manera, se vuelven a mi-
a Marta Elena y la voz de contralto responde por
s:

—Misifú.

Saltan gozosamente las dos, palmoteando y una:

—Misi soy yo, —dice.

Y la otra, apoyándose la manita extendida sobre e
pecho, donde una cinta negra le hace flor de luto a su tra
jecito blanco, exactamente igual al que lleva la hermanita

—Y yo Fú.

Otra vez les toma Mariano las lindas cabezas, se la
junta, mejilla a mejilla y concluye:

—Y las dos Misifú.

—Gracias —dice la voz de contralto y Mariano s
vuelve.

Marta Elena sonriente. La mejor emoción de su vida

ERAN QUINCE Y UN GONZALITO

Vieja casa, de cuando se construían sin constreñi
mientos de suelo caro y para tener dentro de ellas, si
complicaciones ni alardes, comodidad y sosiego. Gruesa
las paredes de tierra apisonada, que ni eran penetrada
por los ruidos de afuera, ni por causa de ellas reperc
tían afuera los de adentro, ni sacándolos afuera traici
naban las intimidades que a su abrigo se confiasen en
fresco recinto hasta donde ellas tampoco dejaban llega
el calor de afuera. Viejo el pavimento de ladrillos fraile
ros, porque en misiones de frailes fueron fabricados y t
davía se comportaban bien, sin polvaredas molestas qu
de ellos levantase la escoba; viejo el techo de obra lim
pia, tan viejo que sólo por ser de madera de corazón va
liente había soportado tanto el peso del entejado. Som
brío el patio donde crecieron árboles; acogedoras las e
tancias, sin mezquindad de espacio ni excesiva luz entr
metida que perturbase el descanso.

Marta Elena eligió las que rodeaban un segundo pa
tio, pequeñito y con brocal de aljibe en el centro, al cu
caía también la cocina, y Panchita —la de Monegas, he
mana de Mariano, que a exigencia de éste había ido
darle honesta calidad familiar a aquella instalación, acon
pañada de sus tres hijitas, amigas ya de Misifú— quis
impedírselo, diciéndole:

—No, mujer. Estas eran las habitaciones del serv
cio. De las esclavas de la familia, en tiempos de ante
¿Cómo vas a instalarte aquí?

—¿Por qué no? —replicó Marta Elena.— Además, esta parte de la casa se comunica directamente con la calle...

—Por la puerta de servicio, chica —insistió Panchita, que quería dejarla instalada donde a su calidad convenía.

—Gracias, Panchita —díjole Marta Elena, apoyándole sobre los hombros, huesudos de consunción de maternidad continua, sus manos admirables y posándole su mirada serena en la simpatía que ya le inspiraba.— Pero déjeme instalarme aquí. La antigua puerta de servicio será ahora la de mi escuelita, a fin de que la puerta principal quede para el Colegio.

Y en los ojos ligeramente estrábicos de Panchita brilló una chispa de malicia esperanzada:

—¿Entonces es cosa convenida que él, también...?

—No, Panchita. Nada de eso que usted ya se imagina. Sino que la puerta principal es la del colegio, aunque no exista y por eso he dicho así.

Pero a Panchita le había parecido buena su idea y cuando salió de allí, dejando instalada a Marta Elena y yendo con ella Mariano —que mientras aquello se había quedado en el viejo salón de clases— comenzó a procurarla realizada:

—¿Por qué no te casas con ella? ¡Sí, chico! Y así empiezas de una vez a tener tus hijos. Mira que te vas a poner viejo sin tenerlos.

Pero Mariano se limitó a sonreír del alma simple de la mujer prolífica.

Y ya estaba funcionando la escuelita, en uno de los corredores que daban al patio del aljibe. Allí el piso era de menudo y apretado empedrado y sentadas en rústicas sillitas de peludo cuero de chivo, las alumnas alzaban el coro encantador del aprendizaje en torno a la maestra armoniosa.

—B, a: ba; b, e: be; b, i: bi...

No era maestra graduada en métodos modernos, pero ya tenía quince discípulas.

Y un gonzalito, negro y amarillo el plumaje, en el brocal del aljibe, aprendiendo también.

Interrumpiendo su deletreo por haber mirado hacia allá, una de las Misifú exclamó:

—¡Qué cosa tan lindita estoy viendo yo!

Se volvió la otra hacia donde aquella miraba, se volvieron todas y durante un rato; allá en un rincón del corredor, propicio al silencio, la piedra del tinajero contó sus gotas limpias dentro de la tinaja sonora.

—¡Misifú!

Reconvino la voz de contralto, vuelta a la escuela la atención puesta en un tejido y para que la admonición comenzara por donde mayor amor había.

—...B, o: bo; b, u: bu.

Y el gonzalito voló del brocal y se fué por encima del tejado, celebrando la impresión que le había producido el deletreo.

MARTIN CAMPOS

Elio estaba en su cuarto, —con ventana a la calle, a la luz de cuyos postigos leía— cuando una leve disminución de aquella claridad sobre las páginas del libro, a tiempo que se producía un sonido de:

—¡Ps! —lo hizo volverse.

Era su compañero Martín Campos, tan larguirucho que hasta el postigo de aquella ventana —no muy alto, es verdad— le había alcanzado estatura para que se le viese desde adentro la cabeza grande, de pelo negro, la cara afilada, en la cual dos ojos bien encendidos acostumbraban mirar fijamente, el cuello largo, de nuez ya pronunciada, los hombros anchos y rectos, la complexión seca.

—¿Qué hubo? —preguntó.

Y Elio acercándosele:

—Nada. Tío Mariano parece que estuviera muerto por dentro. En nada parece tener fe.

Martín Campos se lo quedó mirando, mientras apretaba una leve sonrisa en torno a la boca de labios delgados. Y con el pequeño temblor de los suyos y su hablar dificultoso, de lentitud pero no de torpeza de pensamiento. Elio prosiguió:

—Ya no tengo esperanzas de que se decida a abrir el Colegio.

—Allá debe de estar, sin embargo —repuso Martín, ahora con su más característica expresión sonriente, que no necesitaban componérsela pliegues de los músculos del rostro, porque le bastaban los ojos en más encendida fijeza de mirada.— Acabo de verlo yendo hacia la Plaza Vieja.

—Para unas reparaciones que hay que hacerle a los techos, según le ha mandado a decir Marta Elena.

—Vamos allá.

—¿A qué? —inquirió Elio.

—Vamos allá. De paso recogeremos a los otros compañeros. Es necesario que nos abra el colegio. No podemos continuar llamando maestro a *Viruticas*. Anda. Sal.

Eran trece jóvenes, entre los quince años de Elio y los diecisiete de Martín Campos y sorprendieron a Mariano Urquiza arrellanado en el sillón, ante la mesa desnuda de farsa y de obra, mirando hacia el techo, en cuyas vigas dormían murciélagos.

Se enderezó para recibirlos, con gesto agrio. Elio se los presentó y todos se sentaron en los bancos.

—¿Condiscípulos de Elio, verdad?

—Sí —respondió Martín Campos, de quien era la iniciativa del plan ya concertado entre todos.— Pero *Viruticas* no sabe una papa de álgebra y hace tres meses nos tiene atascados en el binomio de Newton.

Mariano sonrió y preguntó:

—¿Y eso para qué sirve?

—No sé para qué sirva —repuso Campos.— Pero tenemos que aprenderlo y él debe enseñárnoslo.

Mariano se lo quedó mirando. Aquel muchacho tenía una peculiar manera afirmativa de personalidad: decía cosas precisas y ejercía influencia sobre quien se las oyera.

—¿De qué familia eres tú? —le preguntó.

—De la única familia Campos que hay en el pueblo. yo el único varón y por lo tanto más obligado para con el apellido.

Y Mariano se dijo mentalmente:

—Sí. Este muchacho vale la pena.

Martín Campos prosiguió:

—No es posible que continuemos perdiendo el tiempo con *Viruticas*.

—El apodo se lo ha puesto Elio, —dijo uno, llamado Aníbal Pereira, en cuyos ojos chispeaba inteligencia despierta.— *Viruticas* es un hombre grueso, fuerte, muy fuerte. Un hombrazo. Pero es *Viruticas*, no le quede a usted duda.

Los compañeros rieron, y Martín Campos, agregó:

—Elio no se equivoca nunca cuando le pone un apodo a alguien. Elio tiene un gran talento.

Mariano miró a Elio, dentro de cuya sonrisa de complacencia sin envanecimiento el temblor de los labios era algo desconcertante e incluso inquietante y luego paseó la mirada por los demás, haciendo la observación de que todos aquellos jóvenes, mayores que Elio todos, le profesaban a éste admiración y afecto. Y fué como si Martín Campos y los demás, sin pronunciar palabra, le hubieran presentado a un desconocido.

—¿Conque, perdiendo el tiempo?

—Ya estamos acostumbrados a eso —dijo Pereirita.— Ya nos hicieron perder el año anterior y por eso estamos todavía en el segundo de bachillerato.

—Y lo más sensible es que se esté perdiendo el gran talento de Elio, —agregó Martín.

Mariano sonrió y luego:

—Han de saber ustedes —y usted especialmente, Martín Campos— que yo soy persona de pocas vanidades familiares. Mi lado flaco no es ese.

Pero ya Martín Campos había comprendido lo que se le quería decir y replicó rápidamente:

—Yo no sé cuál sea su lado flaco, ni me interesa averiguarlo. No he venido a halagarle el oído haciéndole elogios de su sobrino, a quien usted no puede querer tanto como lo queremos nosotros, sino a decirle que no tiene derecho a negarse a abrirnos el colegio, porque nosotros lo necesitamos.

—¡Hombre! —exclamó Urquiza.

Y la réplica de Martín Campos fué:

—¡Sí, señor!

Se levantó Mariano del sillón, anduvo a pasos lentos por detrás de los bancos ocupados por ellos el trecho correspondiente del salón y de allá se regresó pasándoles por delante, bajo la mirada que no le quitaban, se detuvo junto a la mesa, se volvió hacia ellos y les dijo:

—Bien. Desde mañana. A las ocho.

Se levantaron todos, con muestras de alegría y Martín Campos se acercó a darle la mano, diciéndole:

—Gracias. No se arrepentirá usted.

Mariano le retuvo la mano, mirándolo a los ojos.

—Me has impuesto una obligación; me has devuelto una fe que había perdido.

Y el muchacho, emocionadamente:

—Cuando un hombre inspira confianza, contrae un deber.

EL INCONCEBIBLE MAESTRO

Acababa Mariano Urquiza de exprimirle el cerebro para poner toda la substancia de álgebra que allí le hubiese quedado en la explicación del binomio de Newton y regresaba Martín Campos del pizarrón a su puesto, sacudiéndose la tiza de las manos y moviendo la cabeza, mientras miraba a sus compañeros, con afirmaciones tácitas de que aquél sí era un maestro, aunque no de muchas matemáticas, cuando Aníbal Pereira vió, a través de la puerta del salón al corredor, que en este se movía de aquí para allá y pasándose las manos por los cabellos con ademanes nerviosos, una voluminosa persona.

Tocó con el codo a su compañero, éste al otro y así sucesivamente hasta el último de los que ocupaban el banco, donde sonó la palabra que así se habían pasado:

—¡"Viruticas"!

Y casi no quedó espacio practicable en la puerta, cuando el de los nerviosos paseos por el corredor, apareció allí, deteniéndose y diciendo, entre ahogos que parecían de cólera:

—Doctor Urquiza, ¿me hace el favor?

—¿Qué desea?

—Cruzar con usted unas palabras.

Dijo esto el hombretón con énfasis agresivo, pero Mariano había advertido la sonrisa burlona de sus discípulos y ya no le quedaron dudas de que no fuese "Viruticas" tal personaje.

—Tenga la bondad, —díjole— de esperarme en el saloncito de recibimiento, mientras concluyo aquí.

Dió media vuelta el hombretón, con una agilidad que demostraba que todo aquel gran volumen era músculo flexible y bien ejercitado en gimnasia y se retiró de la puerta. Mariano concluyó lo que le faltaba por hacer aquella tarde, despachó a los alumnos y pasó al saloncito de la Dirección donde aquel lo esperaba.

Lo encontró sentado en el centro de un viejo, grande y recio sofá de cerda que ocupaba casi todo el testero de recibimiento, todo hundido bajo su peso y a él con la frente entre las manos apuñadas, manos de puñetazos irresistibles, alborotado el cabello y sacudido por sollozos. Y vió que por las mejillas le corrían lágrimas —como nunca había visto tantas por una sola persona lloradas— cuando se incorporó y se le encaró, interrogando, con toda la voz quejumbre repugnante.

—¿Por qué me ha hecho eso, doctor Urquiza?

—No soy doctor y no sé que le haya hecho nada, a usted propiamente.

—¿Le parece que no es nada haberme dejado sin el colegio? Esos eran los alumnos que me quedaban. Los del cuarto año ya se habían retirado desde los primeros tiros.

Urquiza se quedó contemplándolo un rato, como a la más extraña forma bajo la cual pudiera presentarse un maestro y luego le repuso:

—Recapacite un poco sobre las posibles causas de esas deserciones.

—Yo no estoy para recapacitar, compañero.

Y con los dorsos de ambas manos se enjugó la vasta humedad de las mejillas.

—Ya se ve —dijo Mariano.— Pero es verdadera

mente deplorable que un hombre de la robustez de usted, se deshaga así en lágrimas.

—Sí. Las viruticas, que dice Elio. Sé que me llaman así. ¿Pero qué culpa tiene uno, compañero, de ser como es?

Y reaccionando de pronto, sonriente:

—Yo sí soy doctor —dijo;— pero no hay profesión que no me sea insoportable. La medicina, es una porquería; el derecho, es una indecencia; las matemáticas, demasiado seno y coseno.

—Y binomio de Newton —agregó Mariano.

—¡Ah! No me diga. Eso es para volver loco a cualquiera. Ya ví que usted trataba de explicárselos.

—Y sudé la gota gorda. Consuélese. Pero, satisfágame una curiosidad. Ha hablado usted de que no le agradan las profesiones, ni de la medicina, ni del derecho, ni de las matemáticas. ¿Es que usted es doctor en todas esas ciencias?

—No. En Farmacia solamente. Pero...

Esto lo dijo recostándose en el sofá, cuyo recio respaldar crujió lamentablemente y así se quedó unos momentos simulando redondear peloticas entre los pulgares y los índices de una y otra poderosas manos, para concluir, riendo:

—Eso de píldoras no es conmigo.

—Le sobran músculos, quizás.

—¡Eso sí! ¡Eso sí! Pero como todo en este país: yo mismo he tenido que formármelos. ¡Autodidacta!

Y volvió a reír hasta que se le congestionó la cara, pero sin producir sonido de risa y mirando al interlocutor fijamente. Una mirada reveladora de inteligencia, sin embargo.

Mariano dudó si sería un loco o un guasón y esto último comenzaba a ponerlo irascible, cuando "Viruticas", después de bajar la mirada al suelo y darse golpes con la diestra apuñada en el amplio hueco que con la otra mano le hacía, se puso de pie de un solo movimiento gimnástico y dijo, explicando su caso:

—¡Los palitos, compañero! ¡Los palitos!

Y chasqueó la lengua como si saboreara el alcohol a que le atribuía su caso.

—¡Ah! —hizo Mariano.

"Viruticas" anduvo de aquí para allá, con las manos cogidas sobre los riñones y mientras tanto planteó:

—Bueno, compañero. ¿Cómo arreglamos la cosa? Los muchachos no vuelven a mi colegio ni amarrados —eso lo sé yo— pero si yo le comunico al Ministerio que se retiraron todos, es como si le pusiera al Ministro un revólver en la mano y le sacara el pecho, diciéndole: "Máteme".

Y sacó el pecho atlético, como decía no quererlo.

Ya era demasiado y Mariano, poniéndose de pie:

—Usted verá lo que hace —díjole.— Yo no tengo por qué resolverle ni ayudarle a resolver sus problemas.

—Pero es que si yo no participo que los alumnos han pasado para este colegio, pierden la inscripción.

—Lo participaré yo. Descuide.

A lo que replicó "Viruticas" con un desparpajo impresionante:

—No sé si la ley lo permite; pero la consultaré. Bueno, compañero. Hasta cada rato.

—Adiós —repuso Mariano.

Pero el absurdo personaje se detuvo todavía en el umbral de la puerta, preguntando:

—¿Y qué le parecen los giros que va tomando la política? ¿Se fijó en lo del reloj? Eso es la caída del General Guaviare. ¿No le parece?

—No me interesa eso que usted llama la política. Ni la verdadera tampoco.

—Pues a mí sí. ¡Y tengo un olfato!

Hizo una larga y ruidosa inspiración gimnástica y al expulsar el aire que le había dilatado el pecho, afirmó:

—Se siente en el aire el olorcito a tortilla volteada.

Chasqueó otra vez la lengua y se fué, con la cabeza erguida y balanceando los brazos.

A Mariano Urquiza le quedó la impresión de haber presenciado un trastorno de la naturaleza.

DIALOGOS DESPUES DE LAS CLASES

Elio se había quedado en el salón esperando a Mariano y el diálogo comenzó por la explicación del origen de aquel apodo.

—Porque un día, al pasar frente a una carpintería, vi que el carpintero se disponía a sacar algo que le habían encargado de un trozo de tronco de árbol muy grueso. Comenzó labrándole los cuatro costados que previamente necesitaba formarle, y como era de una madera muy dura, el hachuela sólo sacaba pedacitos de la corteza, astillitas apenas. Luego entraron a funcionar la garlopa y el rebote, pero ellos tampoco sacaban sino pequeñas virutas. Y yo me pregunté: —¿Cómo puede una cosa tan grande y tan fuerte como era aquel tronco, convertirse en virutitas cuando se la empieza a tratar?

Ya Mariano no incurría en la ligereza temperamental de la intolerancia de aquella madurez reflexiva en la tierna edad de Elio; pero aún le costaba trabajo aceptar aquel contraste chocante y se limitó a decir:

—No está mal. Y ya me explico que tus compañeros se hagan lenguas de tu gran talento.

Fué un maretazo de sangre a las mejillas y un espectáculo lastimoso el temblor del labio superior. Haciendo esfuerzos visibles pudo articular, pero sin que el desbordamiento de timidez le perturbase el raciocinio:

—Lo importante no es que uno tenga talento, sino que sepa aprovecharlo, en el sentido de su mejor disposición natural y para mayor gloria de Dios.

Mariano no pudo contener un movimiento maquinal de evitar tropiezo con algo inesperado y Elio sonrió y agregó:

—Mis creencias religiosas son profundas, tío Mariano. Espero que no te sorprenderá que haya decidido hacerme sacerdote.

—¿Profundas? —inquirió Mariano, después de mirarlo un rato en silencio.— ¿Estás seguro de que no haces afirmaciones excesivas a tu edad?

Y Elio, sin responder a lo preguntado y como si una

secreta pero vehemente necesidad lo obligase a ello, se aventuró al fondo de la confidencia:

—Yo soy casto, tío Mariano. Esto me cuesta sinsabores, porque los compañeros se burlan de mí, me dan bromas pesadas, se complacen en ponerme en situaciones difíciles. Pero yo soy casto, sin vicios secretos, sin tentaciones de la carne. Mejor dicho: sin tormentas interiores, porque domino y rechazo fácilmente las tentaciones.

—Luego no alcanzarás la santidad —repuso Mariano, con sonrisa irónica.— Puesto que si no hay batalla continua...

—No. Yo no aspiro a tanto. Me contentaré con ser cura de misa y olla, nada más.

Otra mirada de Mariano en silencio, ahora con gesto desabrido y luego:

—Piénsalo mejor. No sea que cura de misa y olla, después de creencias profundas y castidad a toda prueba, resulte viruticas.

Elio se lo quedó mirando, en silencio, con temblor de labio y empalideciendo y trasudando y Mariano puso término a la confidencia, bruscamente:

—Vámonos.

Pero al día siguiente, después de las clases:

—Lo he pensado mejor, tía Mariano. Voy a dedicarme a la ciencia. A la biología, especialmente.

—¿Materialista hoy?

—No. Son precisamente mis convicciones religiosas las que me aconsejan este camino. Desde la biología podré demostrar que el dogma y la experimentación ni se contradicen ni se excluyen.

—Piénsalo mejor—replicó Mariano.

—¿Es que no confías en mi capacidad para la ciencia? Yo me pierdo a veces dentro de mí mismo y me exaspera la torpeza en que todo se me oscurece de pronto; pero alguna capacidad mental debo poseer. No mucha, ya lo sé; pero...

—Aguarda —díjole Mariano, quitándole la palabra—. Por segunda vez una gran aspiración se te disuelve en seguida en modestia excesiva, ante la más pequeña

objeción que se te haga. Pregúntate si no serás un tímido, antes de pasar adelante con tus proyectos.

Una pausa de mutuas miradas al fondo de los ojos, el aleteo inquietante del labio superior y luego la interrogación ansiosa:

—¿Crees que la timidez sea un defecto invencible?

—De ninguna manera. Pero hay que ir hasta el fondo de la causa que pueda estar produciéndola.

—¿Miedo? Yo me he sometido a esa disciplina, con muchachos más fuertes que yo y peleadores famosos y he comprobado que no les tengo miedo.

—No. Este es un país de valientes bien probados en mil escaramuzas de guerra y en diarios lances personales y sin embargo un país de tímidos.

—¿Qué me aconsejas, entonces?

—Que acabes con tu castidad, hoy mismo.

Y Mariano tuvo que hacerse violencia para sostener la mirada en el deplorable espectáculo de aquel rostro demudado y estremecido por la tempestad de la timidez. No obstante lo cual, el pensamiento lúcido iba a manifestarse:

—Tío Mariano...

—¿Qué?

Pero se le había apagado la chispa de inteligencia en los ojos atormentados, y cerrándolos y pasándose la mano por la frente, murmuró:

—Se me fué la idea. Algo iba a contarte; pero... Se me fué. Se me fué.

Y Mariano insistió:

—Haz lo que te he dicho. Hoy mismo.

LA CASA DE PAPEL

Salían del colegio y ya se disponían a atravesar la plaza en la acostumbrada dirección para encaminarse a sus respectivas casas, cuando advirtieron que en la ocupada por el forastero estaba abierta una de las ventanas, a través de la cual se veía algo extrño. Fuéronse allá.

Era un interior de casa exótica, con estufa simula-

dora de ubicación en país de crudo invierno, construíd dentro de la sala y la antesala de la verdadera usurpad con tabiques de coleta revestidos de papel pintado de azu intenso en su mayor parte y adecuadamente amueblad y decorada, todo por mano hábil.

—Una casa rusa—explicó Elio.

—¿En qué lo conoces?—le preguntó uno de los com pañeros.

—En que eso que está allí es un samovar y aquell que se ve por la ventanita del fondo es el Kremlin. La cúpulas del Kremlin.

Guardaron silencio en contemplación emocionada, po obra de la disposición de los ánimos, todos propicios y en el pueblo a la influencia fascinante del forastero, au tor de aquello y al cabo de un rato murmuró Aníbal Pe reira:

—¡Una casa rusa!... ¡Una casa rusa!

Ya sabían ellos, por noticias de periódicos y por va gos comentarios oídos en sus casas a sus padres, que e Rusia había ocurrido, pocos años antes, una revolució que había derrocado al gobierno de los Zares y llevado a poder a obreros y campesinos; pero estas noticias, su perficiales y fragmentarias, no habían tenido reperc ción en sus espíritus, totalmente ajenos al caso. Ahor tenían por delante una figuración evocativa, pero sól de la inmensa Rusia por cuyas estepas nevadas corri la troika del Miguel Strogoff con que Julio Verne les ha bía excitado la imaginación. Solo, aunque ya proyectad si bien con perfiles borrosos, sobre un nuevo campo emo cional, de contornos imprecisos también.

—¿Has leído alguna novela rusa, además de "M guel Strogoff"— le preguntó Martín Campos a Elio Mo negas.

A lo que Elio, mejor informado y con ideas más pre cisas, comenzó a responder:

—"Miguel Strogoff" no es una novela rusa, propia mente. Yo sí he leído una: "La Sonata a Kreutzer", d Tolstoy.

—¿La tienes? ¿Quieres prestármela?

—Bueno. Pero...

Mas no pudo concluir porque Pereirita reclamaba la atención de todos para una ocurrencia suya, que no debía pasar inadvertida. Uno de sus compañeros que había dicho:

—¡Qué bien pintadas esas cúpulas de ese Kremlin! Parecen verdaderas, vistas a lo lejos.

Y él le había replicado, burlón:

—¿Dónde has visto tú cúpulas verdaderas, ni de cerca ni de lejos, ni de ese Kremlin ni de ninguno otro?

Y esto había de festejársele.

Y en esto apareció el forastero, quien, viniendo hacia la ventana y disponiéndose a cerrarla, díjoles:

—Perdón. No está permitido. Tenía abierta esta ventana porque la pintura de mi casa de papel está fresca y convenía un poco de aire de afuera, para poder dormir esta noche en ella sin olor molesto. Ustedes van a permitirme que yo la cierre, después que se hayan retirado.

Retiráronse. Pero ya aquello había producido un efecto en el alma reconcentrada de Martín Campos, efecto de polarización de aquellas impresiones fragmentarias y dispersas que no parecían destinadas a adueñarse de su espíritu; obra, tal vez, de una de esas mínimas causas de las grandes crisis de la adolescencia en determinados temperamentos.

Como Elio Monegas, Martín Campos estaba ya en la encrucijada de sus caminos posibles: mas con la diferencia de que no necesitaba explorarse las vocaciones porque venía decidido al estudio de las matemáticas. Pero era hijo de un revolucionario indomable —a la manera de su tiempo y de su tierra— que padeció cárceles y en una de ellas murió a consecuencia de torturas y en su corazón apasionado por la exactitud de las ecuaciones reinaba tenaz era su amor filial. Y en la contemplación de la casa de papel se le produce la encrucijada bajo la forma de una inquietud repentina y ya vehemente.

—Bueno —dice de pronto, separándose de sus compañeros.— Hasta mañana.

Y se revuelve hacia el colegio, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones, la cabeza erguida y la boca apretada, señal de su ensimismamiento.

Ya Mariano Urquiza se disponía a marcharse cuando lo vió llegar y tomar asiento, sin decir palabra, en una de las sillas del saloncito de la Dirección.

—¿Qué te pasa?— le preguntó.

—Que necesito que usted me explique cómo fué eso de la revolución rusa.

Fué larga y minuciosa la explicación, dada por Mariano desde el punto de vista puramente informativo y así que hubo concluído de narrarle el suceso histórico, como profesor imparcial de una lección intempestiva, Martín se levantó del asiento y se le despidió secamente:

—Gracias. Buenas tardes.

Y con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones, erguida la cabeza y apretada la boca, atravesó el corredor y traspuso la puerta.

EL HOMBRE DE BESARABIA

Y he aquí que, cuando ya Mariano se marchaba, después de aquella lección extraordinaria, entran en el saloncito las Misifú, corriendo y una diciéndole:

—¡Mira, mira, señor Mariano! Mira lo que yo hice. Una letrica con un rabito.

Traía un cuaderno en las manos, abierto por la página del acontecimiento. Mariano se sentó en el sofá de cerda, ella le puso el cuaderno sobre las piernas y la otra se le sentó al lado, pegadita a él.

—¿Dónde está la letrica con el rabito?

—¿No la miras, zoquete? ¡Hum! Tú eres muy zoquete, señor Mariano. Mírala.

Y la punta sonrosada del dedito mostró una "a" pequeñita, minúscula realmente, perdida entre un laberinto de los más diversos y graciosos dibujos infantiles.

—¡Muy bien, muy bien!—aprobó Mariano.

Y la Misifú expansiva:

—¿Te gusta, de verdad? Mañana te voy a hacer otra, más bonita.

—¡Magnífico!

Y volviéndose hacia la otra, que se le pegaba al cuerpo, la Misifú soñodara, como él la llamaba:

—¿Y tú? ¿Qué has hecho hoy?

Movió la soñadora, negando, la rubia cabecita y luego oprimió el brazo de Mariano entre los suyos, contra su pecho, amorosamente.

Mariano la tomó de la barbilla, haciéndola levantar la cabeza, ella se lo quedó mirando embelesadamente y en la contemplación de aquellos ojos azules, tiernos y serenos, se le fundió a aquél la árida determinación de no abandonarse al sentimiento que quería apoderarse del alma.

Momentos después era en la casa de papel, mostrándosela el forastero, invitándolo a una taza de té y luego, mientras se la servía:

—A mí está interesándome, súbito, que usted sepa toda la verdad. Yo no tengo nada que ver con señorita

Camila Smith, yo me divierto, nada más, con Anterito. Esto es juego peligroso, pero la vida es siempre juego peligroso. Con uno mismo, muchos días, no diciéndose uno mismo todo que siente. Pero yo quiero decir todos mis sentimientos... ¿Conoce usted la lengua rusa?

—No.

—Pues no podré prestarle, entonces, una novela rusa que quería usted leyera. Tendré que contársela, más bien.

Y tomando asiento:

—Usted va a oir con paciencia. Esta era una mujer del país que se había metido adentro de su cabeza la idea de que ella no estaba una mujer del país. No quite usted de la suya el pensamiento de que esta es una novela rusa, que yo le estoy contando.

—Continúe —dijo Mariano, sonriendo.— Ya comienza a interesarme.

—Yo sé que usted se interesa en conocer esta novela que no está traducida y por eso estoy contándosela. Aquella mujer no tenía un pensamiento puesto sino en las cosas del mundo de los libros que ella había leído. Pero era verdaderamente interesante conversar con aquella persona que no estaba sobre la tierra.

—Casi tanto como vivir dentro de una casa de papel— observó Mariano.— ¿Verdad?

—Exactamente. Usted está comprendiendo tanto como esperaba, esta novela que todavía no está traducida. Aquella mujer tenía una hija de su primer matrimonio, que la sostenía con el producto de su trabajo. Porque ella sí estaba sobre la tierra, todos los días. Ella trabajaba en... en un laboratorio. Así era la cosa. No química, no; sino donde se fabrican buenos alimentos para niños. Ella no tenía título, pero...

—Pero conocía su oficio.

—¡Exactamente! Usted lo ha comprendido. Yo creo que usted ha leído muchas novelas rusas.

—Algunas. Sí.

—Entonces usted habrá adivinado ya que a aquel país llegó una vez un hombre que era de otro país. Este

sí, verdaderamente. De Besarabia. Se había detenido por allí a recoger unas cosas bonitas que estaban encima de aquellos campos. No vaya a creer que eran paisajes de aquel país, propiamente hablando. Y precisamente porque no eran, la mujer que creía que ella era de otro país se enamoró de él. Y él también de ella, solamente. Y se casaron. ¿Por qué no?

—Y tuvieron dos hijitas.

—Una sola, que parecían dos. ¿Bonitas, verdad? La tierra está sembrada de cosas bonitas y uno va caminando por entre ellas. Siempre habrá quien vea criaturas bonitas y cuide de ellas y nos las deje perderse.

—Y quien las abandone, también. Inexplicablemente.

—La vida es don muy mal repartido. Pero así está más entretenida la cosa. La explicación está en el último capítulo de esta novela, que posiblemente yo no llegaré a contar. El que refiere una novela no debe nunca meterse en ella, para que el que oye sepa como piensa él. Eso no interesa nunca. Yo estoy contando a usted la historia de una mujer que se metía dentro de su cabeza ideas que no correspondían a las cosas verdaderas que estaban alrededor de ella. Como esta otra, después: que el hombre de la Besarabia estaba enamorado también de la muchacha que trabajaba en el laboratorio de alimentos para niños. Esto no era cierto, como lo pensaba aquella mujer, sino de otro modo solamente. Pero el hombre de la Besarabia no pudo nunca hacérselo entender y ella siguió con su idea hasta que se murió atormentada.

Tomó unos sorbos de su taza de te, mientras Mariano lo hacía también de la suyo y luego dijo:

—Yo quiero que usted meta bien adentro de su corazón esta seguridad: que la muchacha que trabaja en el laboratorio nunca estuvo enamorada del hombre de la Besarabia, sino en un retrato de ella que él pintó para él. Sólo en ese retrato ella tenía mirada de amor.

Mariano lo miró sonriendo y luego:

—¿Tiene usted especial interés en que yo piense así?

—Sí. Yo quiero que hombre que sabe cuidar cosas bonitas, cuide siempre de ellas sin amarguras adentro de

su corazón. Y que pueda decir: —Sonia, Tatiana— con dulzura en su voz, como si fueran nombres que él hubiera puesto a hijitas suyas...

Y Mariano, al cabo de una pausa:

—¿Por qué las abandona, entonces?

—Porque...

Y poniéndose de pie:

—Porque aquel hombre de la Besarabia tenía un agujero grande dentro de su cabeza y por ellí se le salía siempre todo pensamiento juicioso. Así dice, solamente, el último capítulo de la novela que yo estaba contándole.

Paseó una mirada por su casa de papel recién pintada y concluyó:

—Mañana no amanecerá en este pueblo la casa de papel de otro país.

CUANDO SUFRE EL ALMA DE UN GRAN PUEBLO.

Así sucedió, realmente: destruído el artificio de papel pintado, cerrada otra vez la casa sin dueño; pero del paso fugaz de la pequeña causa de grandes efectos, quedó en movimiento la maquinaria detenida, en la torre del reloj y en los corazones inquietos.

En el salón de clases, hora ya de comenzarlas y todavía Mariano con sus pensamientos en el saloncillo de la dirección, los alumnos comentaban las noticias que ahora corrían por el pueblo a propósito de la desaparición del forastero, cuando llegó Martín Campos, con desusado retardo y explicando:

—Ayer tarde fuí a visitar al doctor Marcos Roger, después que salí de aquí. Me presto este libro. Estuve leyéndolo hasta después de medianoche. He amanecido con fiebre. Una novela rusa.

—¿Sí? —interrogaron los demás, todos a un tiempo, levantándose de los bancos precipitadamente.

—"Sachka Yegulev" se titula —dijo Martín.— Oigan como empieza.

Agolpáronse todos en torno suyo, incluso. Elio, que nunca exteriorizaba por medios de movimientos brucos ni aún sus más vehemente deseos, reinó silencio de expectativa mientras Martín abría el pequeño libro y pasaba las primeras hojas, y:

—"El amor como las lágrimas aspira a ser recíproco"

Se le ahogaba en emoción la voz al lector desvelado y enfiebrecido, que tuvo que detenerse un momento antes de continuar:

—"Cuando sufre el alma de un gran pueblo...

Mariano Urquiza —a cuyos oídos llegaba la voz del lector emocionado— que ya conocía el libro de Andreiev y lo admiraba desde el punto de vista literario, predispuesto como hallábase a todo lo que alguna relación tuviese con aquel sentimiento contra el cual ya no batallaba para que no se le apoderase del alma, se había quedado repitiéndose mentalmente la frase inicial alusiva al amor;

ero ahora estaba haciéndose otras reflexiones mientras
ía.

La voz de Martín Campos sufría cambios notables, eveladores de profunda conmoción interior que le acen- uaba la destemplanza fonética del paso a la virilidad. Una vez más interrumpió la lectura, para tomar alientos, izo luego una pausa mayor y volvió atrás y Mariano lo yó repetir, no ya como simple lector, sino como para re- nachárselo en la mente:

—Cuando sufre el alma de un gran pueblo...

SEGUNDA PARTE.

I

LA PELIGROSA EXPERIENCIA

HERMENEGILDO Guaviare, señor de vidas y haciendas, estaba intentando una experiencia peligrosa.

Cuando un hombre que ha logrado imponerle su personalidad a los demás, decide adoptar formas de conducta que no le son propias, da origen siempre al desconcierto en torno suyo; pero si tal imposición le ha resultado de su ímpetu de predominio, fuerza primaria, conjugado con los instintos, primarios también, del miedo o de la fascinación inspirados a los demás, por breve que sea aquel desconcierto es generalmente definitivo. Y esto ya lo decían, de algún modo, las preguntas que venían haciéndose los "perros de presa" que en *Sabana del Muerto* componían la guardia de Guaviare, hombres de la peor catadura, forrados de cananas de balas:

—¿Qué le estará pasando al jefe?

Porque no lo reconocían sino bajo las formas impetuosas de su personalidad—. "Porque ese no las piensa" —habían dicho siempre de sus arremetidas avasalladores y ahora tenían que decirse:

—Yo como él, a la hora de estas, ya me habría llevado por delante a Parmenión y lo que detrás de él haiga en eso del forastero.

—Y este —"yo como el",— imaginación de suplantación posible, era ya un comienzo de acomodamiento de los ánimos subalternos al predominio de otra voluntad. Los hombres mal encarados, fajados de plomo mortífero, ya

se estaban cansando de montar guardia solamente en to
no a la casa del hato.

Era, sin embargo, una conducta lógica. Una cons
cuencia natural del mismo instinto de predominio, co
tenida nada más la forma impetuosa. Ya Guaviare habi
superado esa manera de los apetitos mandones que se s
tisfacen con el ejercicio de la autoridad, de algún mod
llamada o dentro de un orden cualquiera organizada: se
jefe por desempeñar jefaturas. Puesto en la del pueb
por él, por allá venía ahora su compadre Parmenión h
ciendo su carrera; pero ya él era jefe, en sí y por sí sol
sin que lo dijesen leyes, sin que lo amparasen atribuci
nes de magistraturas. *Sabana del Muerto* no era por com
pleto un refugio de mandarín holgazán, amigo de baile
mujer fácil, lance de cacería y comilona de terneras, sin
la residencia natural de quien ya había alcanzado segund
etapa de los apetitos de mando. Un hombre que mandab
por sí, pura y simplemente. Un hombre a quien se le t
mía.

No se le escapaba que Parmenión, para lograr pl
namente su primera etapa y demostrando con ello cert
ra maña, venía reuniendo en torno suyo a los hombres d
avería que antes habían compuesto lo que se llamaba s
oficialidad, progresivamente alejados de él no porque c
metiese la torpeza de disgustarlos sin darse cuenta de
que se perdía, sino porque el coronamiento de aquella s
gunda por donde él avanzaba, no lo alcanza el hombr
plenamente jefe sino cuando ha sabido quedarse sol
Aquellos de las cananas no eran sino espalderos, indispe
sable escolta nada más. Que Parmenión se le voltease en
migo cuando la oportunidad le fuese propicia, ya lo t
nía previsto y cómo procedería.

Pero Parmenión no se había cansado de telefonearl

—General, véngase al pueblo. Mire que aquí ha
falta su presencia. Déjese ver aunque sea.

Y ahora acababan de anunciarle:

—Por ahí viene el hombre. Viene solo.

Fué uno de los espalderos y Guaviare le repuso, c
términos de jugador de billar:

—¿Usted como que ha perdido el tanto de bola?

—¿Por qué me lo pregunta, jefe?

—Porque habla de que por ahí viene el hombre y por aquí no hay otro sino el que ya le está diciendo a usted que se quite de la cintura ese revólver y esa canana y se vaya de por todo esto, junto con sus compañeros, desarmados también.

Así lo hicieron y se fueron preguntándose:

—¿Qué le habrá pasado al jefe?

Llegó Parmenión, descabalgó, cayó en los brazos que le tendía Guaviare.

—¡Compadre! ¡Tanto bueno por aquí!

—Y con una buena noticia, compadre. Se fué el forastero.

—¡Ah caramba! Y yo que me había hecho la ilusión de que se quedaría por allí.

—¿Para siempre, compadre? ¡Mire que eso de llover sobre mojado...

—No. Un tiempito nada más, decía yo.

Y devolviendo ofensivamente la frase de la advertencia amistosa:

—Eso de llover sobre mojado no es malo sino en terreno aguachinoso, que todo se vuelve atolladero a la primera lloviznita.

—Compadre —repuso Parmenión comprendiendo, pero sin perder su sonriente serenidad. —Atolladeros no hubo por allá, sino preocupaciones de amigo. Nada más.

—Pase adelante, compadre. Que me estaba haciendo falta echar una conversadita con usted. Aquí me encuentra solo.

—Ya lo veo. Sí.

Y cuando se hubieron sentado en el corredor delantero de la casa, agregó Parmenión:

—Pero no se lo apruebo, compadre. Permítame la franqueza. Solo puedo estar yo, que nada valgo si se me le pierdo; pero usted, entre sus amigos siempre, bien rodeado de ellos. Porque de usted pendemos muchos y...

—Compadre —interrumpió Guaviare, maliciosamen-

te.— Mire que si los malhablados descubren que usted pende, lo van a llamar con una palabra fea.

—Ya sé cuál es. Y no me importa que me la apliquen, porque soy subalterno amigo suyo y a honra lo tengo. ¡Sí, señor!

—¿Quién lo ha puesto en duda, compadre? Manos libres le dejé para que se desempeñara a su leal saber y entender con lo del forastero y satisfecho me encuentra de su conducta.

Pero Parmenión se las traía y ya quería comenzar a dejárselas allí.

—Pues yo no, compadre. Y a eso he venido. A confesarle mi culpa y a pedirle su castigo. No me he portado bien. Se me aguachinó el terreno, como bien me ha dicho usted ya, y permití que el hombre estuviera más de una hora dentro de aquella casa. Ya se fué del pueblo y el peligro ha pasado, pero yo vengo a ponerme a su disposición, suplicándole que recomiende a otro para el cargo que vengo desempeñando, a la sombra de la buena influencia de usted. Que ya no la merezco.

Y Guaviare, de quien a quien en ejercicios de hipocresía:

—¡Caramba, compadre! Que cuando uno crea que se ha portado mejor con el amigo, resulte que venga el amigo a manifestarle su resentimiento. Le dejé manos libres porque se estaba jugando mi suerte y quizás mi vida misma y quíse darle una demostración de la absoluta confianza que tengo puesta en usted. Pero si usted, por una frase de buen humor —lo de los terrenos aguachinosos— me sale ahora sacándome el caballo...

—No, compadre. Eso de ninguna manera. Ya le he dicho que el peligro ha pasado, si alguno hubiere habido, que según el doctor Daza, buen amigo suyo, ninguno hubo. De donde no es caso de sacadera de caballo a peligro que se esté corriendo, sino escrúpulo de conciencia de un servidor que no quiere ser calificado de desleal.

—¡Ah compadre! —exclamó Guaviare, sonriendo. Si no lo conociera como lo conozco, hasta creería que me estuviera poniendo un peine.

—¡Y con lo tonto que es usted para pisarlos!

—Dígame una cosa. ¿Es que usted está cansado de los quebraderos de cabeza que trae el gobernar?

—Un poco, comprade. La verdad sea dicha.

—¿No podrá aguantarse un poquito más? Estoy planeando un viajectito y sin usted en el gobierno del pueblo tendría que desistir. Porque usted sabe que en mis cosas y en mis negocios siempre hay algo por donde me pueden agarrar los enemigos.

—Lo que siempre le he dicho, General...

—Sí, sí. Que todo se puede hacer con la ley en la mano. Pero cada uno es como Dios lo ha hecho, y el que nació para atropellas se descría aparentando respeto.

—Ni una palabra más, mi Jefe. Usted dispone de mí. Me quedaré donde me ha puesto hasta que así sea su voluntad.

—No se imagina cómo se lo agradezco. Y hablemos de negocios más bien. ¿Cómo le está viniendo el café de este año?

—Bastante bien, compadre. La flor de esta cosecha es, por lo menos, mejor que la del año pasado. La haciendita mía, ya sabe usted que es un puño, pero es un puño de flor.

Y sobre la flor del café se posó la conversación.

Fué larga y entretenida, pero cuando Parmenión regresó al pueblo se fué diciéndose:

—¿Viajecito? Ahora es cuando está peligroso el compadre.

Y éste, viéndolo alejarse, desde el corredor de la casa:

—¿Renuncia? Quien no te conozca que te compre.

UNA DETERMINACION INTEMPESTIVA.

Era imposible que Nicanor Javillos no se hubiese paseado, siquiera un momento, por la inevitable sospecha de que su primo hermano —su hermano, acostumbraba llamarlo— hubiera sido el verdadero autor de la muerte del doctor Smith, como también de la consecutiva de don Heliodoro Urquiza, y era imposible, así mismo, que no se hubiese formulado de algún modo la interrogación relativa a la parte que en todo aquello hubiese podido tener —de culpa voluntaria o de involuntario ocasionamiento— su hermana Efigenia; pero su manera de entender y sentir la familia, más aún que su rectitud de conciencia, de lo que realmente no carecía, lo había obligado a rechazar, sin análisis, cuanto pudiese perturbarle la profunda estimación en que a sí mismo se tenía, como miembro de una sin anales de escándalo u oprobio, no sólo por Javillos sino también por Urquinaona, puesto que lo de la tía Efigenia no fué sino infortunio que no podía dejar mancilla.

Era verdad, por lo contrario, que de todo aquello rechazado a la porción del alma que no se presenta bajo formas de pensamiento ni de sentimiento mismo, le provino su determinación de quedarse soltero, bajo la apariencia de no querer engendrar hijos que heredasen el cáncer por donde terminaron siempre los Javillos. Pero después de la visita al forastero, saliendo de la cual, ya convencido —ya admitido todo, mejor dicho— rompió con Parmenión para no continuar envuelto en complicidad de encubrimiento, al regresar a su casa llamó a Efigenia y le preguntó:

—¿Tienes algo que no me hayas dicho nunca y creas que debes confiármelo?

Ella se limitó a bajar la cabeza y a justificarse:

—Yo no tuve la culpa. Yo batallé todo lo que pude.

Y Nicanor ya no quiso oirle más.

Se encerró en su cuarto, de allí no salió más; tocó a la puerta un día Efigenia y díjole:

—Nicanor. Ya se fué.

—¿Quién? —preguntó adentro una voz surgida de profundo abatimiento.

—El forastero. Se fué del pueblo.

—Bien —fué toda la respuesta.

Y luego la detonación de un disparo.

Practicaba el examen médico-legal del cadáver Clímaco Monegas en presencia de Parmenión y de Basilio Daza, de pie junto al lecho mortuorio, mientras Efigenia, ni sombra ya de aquella hermosura plena de instintos vitales, sentada en un rincón cercano, cruzados los brazos, hundida en el pecho la cabeza toda blanca, rezaba en silencio.

—Síncope cardíaco —dijo Clímaco Monegas, endeudándose de la exploración de la herida, con los dedos llenos de sangre.

Y Parmenión, que tenía los brazos en jarras, apuñadas las manos:

—Déjese de cosas, doctor Clímaco. Ponga en el papel de la certificación lo que está en el cuerpo, que es sagrado. Una herida de arma de fuego en la sien derecha.

—Sí, General, sí —díjole el obediente médico— Esa ha sido la causa remota de la muerte: pero me refería a la causa inmediata: síncope cardíaco.

—Pues ponga entonces síncope cardíaco producido por balazo en la sien —repuso Parmenión, mientras Basilio Daza lo miraba y sonreía.— Y hay que avisarle al compadre en el término de la distancia. El compadre quería mucho a su hermano y va a ponerse muy triste.

A lo que agregó Daza, compungidamente.

—¡Tremenda desgracia! ¡Pobre don Nicanor! Este papelito que tenía apuñado en la mano izquierda dice. Oigan ustedes: —"Me quito la vida porque ya el cáncer de la familia empieza a devorarme y porque no tengo hijos a quienes hacer falta". —Pero tremenda desgracia de todos modos. No se como podrá sobrellevarla el General.

Y Parmenión se lo quedó viendo, mientras Clímaco Monegas, sin haberse limpiado los dedos, se rascaba con uno de ellos la áspera barba al decirse mentalmente:

—¿Síncope cardíaco producido...? ¡Y que venga después mi cuñado Marianito a decir que yo...

Poco antes de la hora fijada para el enterramiento, que aquella misma tarde se efectuaría —porque los Javillos nunca habían acostumbrado velatorios— llegó del hato Hermenegildo Guaviare y sin cambiarse el traje de camino a caballo, ni detenerse a recibir las demostraciones de condolencia que, agolpándose, se apresuraron a darle los amigos reunidos en el corredor y en el patio de la casa mortuoria, entró en la sala —donde según la costumbre sólo las mujeres acompañaban el féretro— y fué a sentarse en el sofá del testero, donde ya lo estaba Efigenia.

Por primera vez después de la noche trágica volvían a encontrarse, pero ni se miraron siquiera y así estuvieron todo el tiempo: ella, con los ojos bajos, rezando en silencio; él sin apartar los suyos de la negra caja dentro de la cual ya se iba para siempre el objeto del único sentimiento noble que conoció su corazón.

Y mentalmente, una y otra vez:

—¿Por qué Nicanor me hace esto ahora?

Mientras tanto, todas las miradas —compañeras de cofradías de Efigenia casi todas las señoras que allí estaban— espiándolos de reojo.

En el cementerio Clímaco Monegas pronunció un discurso desbordante de adulación al Jefe Guaviare y al inmenso dolor del Jefe Guaviare.

—Se portó el hombre. ¿Verdad? —díjole Parmenión a Daza, cuando se retiraban de la tumba cubierta de flores.— Bonito discurso soltó.

—Histórico-político —afirmó Daza.

Y Parmenión repitió:

—Histtórico-político fué. Sí, señor.

Guaviare no había roto en toda la tarde su imponente silencio, ni en persona alguna se había detenido su mirada sombría; pero cuando, a la salida del cementerio —donde un peón del hato le tenía de la rienda el caballo, esperándolo— se disponía a montar y Parmenión se le

acercó a tenerle el estribo, le rechazó bruscamente la atención y sin despedirse de él montó y partió.

Daza miró a Parmenión, explorándole el efecto que aquello le hubiese causado y se les acercó Clímaco Monegas, ansioso de conocer la opinión del segundo respecto a su capacidad de orador fúnebre.

—¿Le gustó mi discurso, General?

Pero como ya Parmenión no estaba para complacencias y ni se dignó prestarle atención, Daza lo tomó del brazo y se lo llevó consigo, diciéndole:

—En los discursos históricos - políticos, mi querido galeno, siempre es recomendable no perder de vista el porvenir. ¡Enigmático siempre!

LA TRINITARIA Y EL LAUREL

La Casa de Gobierno era un edificio de dos pisos, antiguo convento de franciscanos de la colonia, frente al cual se extendía una plazoleta al fresco abrigo de la fronda perenne de un laurel-matapalo. La fachada se conservaba bien y había sido blanqueada recientemente y del interior, acomodado a silencio y a paz, se mantenía en pie el primer cuerpo, arriba y abajo, adonde daban las diversas oficinas públicas —despacho y tribunales— y en cuyo centro alzábase otro de aquellos laureles gigantes, junto al cual había logrado crecer una trinitaria que por la verde y espesa copa ya le extendía sus gajos floridos; pero del segundo cuerpo del caserón conventual, de la misma disposición que el primero en sus orígenes, no quedaban sino escombros de gruesas paredes y algunos pilares de los corredores de la planta baja, todo el suelo ya sin pavimento cubierto por matorrales silvestres y casi totalmente derruído el paredón que antes lo dividió de una angosta calle trasversal.

Adelante y en el segundo piso hallábase el despacho de Parmenión, con dos anchas ventanas hacia la plazoleta exterior y en la pared opuesta una gran puerta a través de la cual se veía la verde copa del laurel del patio, ya en gran parte florida de trinitaria escarlata.

—Mire —díjole una vez Parmenión a su secretario— Ya la trinitaria se le está encaramando encima al matapalo. Para no apiársele más.

Y al cabo de una pausa:

—Así soy yo.

No quedó constancia de que el secretario hubiera entendido la parábola de la trinitaria y el matapalo; pero sí llamaba la atención de todos los subalternos de Parmenión su complacida insistencia en contemplar y compulsar los progresos del encaramamiento del arbusto florido sobre el árbol frondoso y hubo escribiente que comenzó a ganar mejor sueldo, por el cuidado de hacerle observar entre días:

—Fíjese, Jefe. Otro gajo.

A lo que Parmenión correspondía:

—¡Y para arriba es que va! Esa trinitaria es un acontecimiento.

Pero aquella tarde, de regreso del cementerio, aunque era bonito el efecto de la copiosa flor escarlata sobre la verde copa invadida, al dorado sol de la hora ya sentimental, por añadidura, Parmenión no se gastó en contemplarlo sino que se metió dentro de sí mismo y así estuvo largo rato, como una cosa quieta dentro de otra inmóvil, sentado ante su escritorio, sacándole todo el amargo regusto al desaire que le habían hecho de su atención palafrenera.

Parmenión gobernaba con bastante mano libre y se aprovechaba bien; era, además, agradecida hechura de Hermenegildo Guaviare, sin que pudiese poner todo su agradecimiento en duda, porque si le faltaba nobleza de alma, le sobraba, en cambio, mentalidad de incondicional y esto podía suplir por lo otro para los efectos prácticos; pero como no hay agravio mayor que a un hombre de apetitos mandones pueda hacerle otro que el de convertirlo en instrumento de los suyos propios —y quien esta se la hace a un semejante suyo tarde o temprano se la paga— ya estaba a punto la rebeldía en el alma sumisa.

Y rumiaba:

—¡Jm! Ni se despidió siquiera.

Y en esto vino el secretario a recogerle unas firmas. Y como en la secretaría ya aquello era pan comido, se le ocurrió decirle:

—Fíjese, General. Otro gajo más de la trinitaria.

Y Parmenión estalló:

—No estamos ahora para tonterías de florecitas. Que le peguen el machete ahora mismo a la trinitaria, para que no jorobe más.

Y en esto sonó el reloj.

—¿Las seis? —preguntó Parmenión mientras firmaba.

—Sí, General. Las seis en punto.

Otras firmas y luego:

—¿Por fin se ha averiguado bien si realmente fué

Anterito Valdez quien arregló el reloj de la torre?

—Es lo que todo el mundo dice, General.

—Todo el mundo no. Yo también soy mundo y no lo digo. Pero necesito saber si es verdad que fué Anterito, para meterlo en la cárcel y pegarle su par de grillos. El reloj estaba parado en la hora del compadre, como él decía siempre, y esa hora no puede marcar en este pueblo.

—¿Debo entender que usted dispone...? —comenzó a preguntar el secretario, ya sudando frío.

Pero Parmenión se había vuelto imponente, como nadie se lo hubiera imaginado nunca: autoritario y incomprensible a la vez.

—¿Qué es eso de que si usted debe entender? Si usted no es capaz de entender, peor para usted. Pero a mí no se me sacan las cosas con tirabuzón. Cuando yo dispongo algo, lo dispongo con sus palabras completas, pero cuando no lo dispongo no hay que hacerme preguntas. Secretario es secretario nada más y gobierno es gobierno, aunque esté callado, esperando la hora y punto para hacer las cosas. A mí no se me escapará Anterito Valdez; pero a su hora y punto.

Se retiraba ya el secretario, cuando lo asaltaron dudas haciéndolo detenerse, vuelto una lástima.

—¿Qué le pasa? —inquirió Parmenión, ya sin cólera en la voz.

—Que, francamente, General, no me acuerdo —y usted va a hacerme el favor de perdonármelo— si usted dispuso que se mandara cortar la trinitaria o fué que yo lo entendí así.

Y nunca le fué más grata al secretario la voz afable de su Jefe.

—Sí. Hay que cortarla. Muy bonita es, pero en una Casa de Gobierno no tiene por qué haber flores. ¿No le parece, compañero?

Y el secretario se fué nadando en un mar de confusiones:

—Me ha llamado compañero, después de haberme dicho que secretario es secretario y nada más. ¿Quién entiende a este hombre?

EL INSENSATO ALARDE

Cuartos desocupados en mi casa de adentro, donde no esté metido yo todo entero, no los habrá nunca —había dicho una vez Hermenegildo Guaviare, refiriéndose al absoluto dominio de sí mismo que en toda ocasión sabía conservar. Pero he aquí que, de regreso del cementerio al hato, cuartos desocupados había ya en su casa de adentro.

El que siempre llenó, de singular manera, Nicanor Javillos, respeto y afecto profundos de su corazón, sus únicos sentimientos nobles; el que siempre colmó, también, Efigenia, la presa más golosamente sacrificada a sus apetitos voraces.

¿Qué había, ahora, dentro de aquellas estancias de su sombría intimidad? No era el dolor de un afecto que le había arrebatado la muerte. Era, cuando más, un no entender que todavía se lo formulaba con esta pregunta:

—¿Por qué me ha hecho esto Nicanor, ahora precisamente?

No era temor, tampoco, de que el suicidio de Nicanor, en pleno removimiento de la vieja historia de crímenes sin castigo, originado de la ocupación de la casa de Smith por el forastero, pudiese contribuir a motivos para que se restableciese el proceso detenido en la instauración del sumario, de donde no resultó persona a quien enjuiciar, por falta absoluta de pruebas acusadoras. Eso no lo temió cuando el forastero estuvo en el pueblo; sino que por lo contrario, hasta deseó que alguien fuera osado a remover la causa y a mencionarlo a él, siquiera. Era, cuando más, resentimiento de la traición que a su efecto le había hecho Nicanor, quitándose la vida por no compartirla más con él sobre la tierra.

En cuanto a Efigenia, el sentimiento se le perdía bajo el otro más poderoso, pero era también algo que no quería estar dentro de su corazón. En ella misma, como mujer codiciable, nunca más había pensado; sólo el caso le había merecido atención y producido complacencia. Y el caso era, aparte el deseo saciado, haber saltado barre-

ras que a otros habrían detenido, haberse emancipado de respetos familiares. De su admiración por el padre, allá en los años niños, cuando le refirieron la historia, le había quedado, tal vez, aquel perverso deseo que en otra Efigenia sació. Pero la que acababa de estar junto a él en la sala mortuoria, sumida en sus rezos tenía los cabellos completamente blancos, estaba envejecida y esto era también haberle hecho traición a su confianza todavía puesta en la vida.

Y ya los dos sentimientos tendían a confundírsele en uno solo: le habían cometido traición.

Lo recibió aquel hombrecito que se había llevado al doctor Smith con engaño, nocturnidad y alevosía y que todavía estaba a su servicio. El lo llamaba "Edecán", pero los demás lo apodaban —a espaldas de ambos— "Comemuerto".

—General —díjole, acercándosele, sombrero en mano,— esperándolo aquí para darle el pésame. He estao acompañándolo desde esta mañana. ¿No me ha sentío a su lao?

—Sí. ¿Cómo no? De camino para acá, por todo el trayecto, sentí gruñendo un cochino, como si viniera conmigo.

—¡Jé, jé, jé, —rió el hombrecito.— ¡Ah General y sus cosas que no se las quitan ni los golpes más duros! Bueno. Ya le he dao mi pésame. Ahora puedo dirme a acostar.

—No. Entra para que conversemos un rato. Así me acompañarás más.

Y luego, ya acostado en la hamaca:

—Edecán. ¿Qué esperas para ponerte viejo?

—¡Guá! Que llegue la vejez. Que tuavía viene lejos.

—Tú eres mayor que yo.

—Deduzca las consecuencias.

—¡Lo que yo digo!... Sácame de una duda. Edecán. ¿Cuánto te dió Efigenia por el trabajo que le hiciste al doctor Smith? ¿No te acuerdas?

El hombrecito estaba de pie frente a la hamaca, con

los brazos cruzados sobre el pecho y así, sin mínimo movimiento de sorpresa, repuso:

—Pues... francamente, recordar no recuerlo; pero si fué ella —su palabra vaya alante— quien me encargó ese trabajo, supongo que me lo haiga pagao a su hora y punto.

—Sí. Seguramente. Porque Efigenia siempre ha sido muy puntual en sus compromisos. Se me ocurrió preguntártelo, porque...

—Porque se le ocurrió, General. Y yo me lo desplico: como usted también es muy puntual en sus compromisos —eso le viene de nación— vendría por áhi preguntándose, a propósito de haberse tropezao por aliá con Doña Efigenia;— "¿Le pagaría el trabajito que le encargón hacele al dotol Smith"? ¡Jé, jé, jé! ¿No sería esa pregunta que usté venía haciéndose, lo que le parecieron gruñíos de cochino?

—Es posible, Edecán —repuso Guaviare. con sonriente aceptación de la licencia.— Puedes irte a acostar.

Pero aquella noche "Comemuerto" no durmió donde lo acostumbraba.

Al día siguiente, domingo, jugando Guaviare con la acostumbrada partida matinal de bolos, advirtieron que se acercaba Basilio Daza a caballo.

—Ahí viene el vagabundito ese —dijo Guaviare.

Y "Comemuerto", con las libertades que se permitía en la intimidad de su jefe:

—¿El doctor Basilisco, si la vista no me engaña?

—¡Umjú! A apuntarse algo en esta carta, después de haberse resteado en la otra, de seguro.

—Hombres que se apuntan en dos cartas, algo salen ganando siempre —murmuró "Comemuerto", en el secreto de la intención de aquella frase que aludía a Parmenión y por agregar algo oportuno:— Tan y mientras que quienes nos resteamos en una sola baraja...

—Cuando esa baraja es punto invencible — atajó Guaviare— bien resteado está el que la juegue.

—Yo no soy jugador. Hablo de oídas, sin entender mucho lo que digo.

Y disponiéndose a lanzar la bola que le quedaba:

—Y va la última, General. Pa que sean cuatro de esta sola manito. Porque las otras tres ya me se arrimaron al mingo.

Lanzó la bola, que fué a detenerse en contacto con el mingo y concluyó su frase:

—Que cuatro jueron.

Y en esto llegó Daza.

Le salió al encuentro Guaviare.

—¿Qué lo trae por aquí, doctor Daza?

—¡Qué pregunta mi General! A ratificarle mis demostraciones de condolencia, que ayer apenas pude deslizárselas al oído y a pasar un buen rato con este placer de encontrarlo saludable, sereno y confiado. ¡Mi admirable General de siempre!

—Aquí estamos —repúsole.— Poniéndole buena cara al mal tiempo.

Y echándole el brazo, como nunca lo había hecho, lo condujo a la casa.

Pero si Basilio Daza estaba jugando ya a dos cartas, se disponía a hacerlo con juego limpio en cada una. Ni a su natural sagacidad ni a su experiencia política —desfile de hombres, nada más, por el escenario de las desvergüenzas públicas, unos más desvergonzados que otros— podían escapársele que el orto de Parmenión no podría cumplirse sin la declinación y puesta definitiva del rojo sol de Guaviare. Que uno u otro dominase a la postre, nada importaba, realmente, porque nada nuevo sería; pero en todo caso debería continuar prevaleciendo junto al hombre de presa rampante, el intelectual de picaresca siempre a su servicio y si otros aspiraban a acomodarse junto a Parmenión, él no estaba dispuesto a cederles el sitio. Y el juego limpio en una y otra carta consistiría en aconsejarle a cada cual lo que naturalmente debería hacer, sin trampas puestas al uno en beneficio del otro. Sería como jugador experto que presenciando partida entre chambones, a cada uno le indicase la pieza que realmente le conviene mover... Allá ellos cuando la partida concluyese. El cobraría siempre.

—General — invocó para comenzar.— Aunque usted no necesite consejos mi deber es advertirle que Parmenión se le está subiendo a las barbas. Y perdóneme la expresión.

—Como no las uso —replicó Guaviare— nunca me he preocupado de que me puedan caer piojos en ellas.

Y Daza, festejándole la salida:

—¡Muy bien, muy bien! Pero insisto en que, como a su compadre, por más sacramentos que lo unan con usted, a la hora de las conveniencias se le olvidarán bautizos y confirmaciones, bueno sería que usted no continuara fiándosele tanto.

Hizo una pausa, le tumbó con el meñique la ceniza al cigarrillo que fumaba, se lo llevó a los labios, golosa, lenta y elegantemente, aspiró el humo, lo expulsó luego en viruticas que con graciosos giros se elevaron por el aire y prosiguió:

—Lo del forastero en la casa del difunto Smith —y pronunció este apellido con correctísima dicción inglesa— a usted no se le habrá escapado que lo dejó correr su taimado compadre hasta que diese lo que podía dar. Que nada podría ser, desde luego, porque para remover ese asunto sería necesario aportar nuevos elementos que permitieran la continuación de las diligencias sumariales y eso...

Pero a Guaviare —a causa del íntimo y profundo menosprecio en que el General de la pareja picaresca tiene siempre al Doctor— no podía escapársele tampoco que del mismo modo ya le habría aconsejado Daza a Parmenión lo que le conviniese hacer, y como de arriba abajo, en esas colaboraciones de garra y maña, no puede haber nunca sinceridad, se guardó aquél lo que pensaba y se proponía y ya le estaba quitando la palabra:

—Hablemos más bien de negocios, doctor Daza. Ya estoy harto de política. ¿Cómo le está viniendo el café de este año?

—¡Floreaditas ambas haciendas! ¡Dos primores de blancura! A los ocho días justos del primer aguacero.

Pero esta vez no pudo posarse la conversación sobre

la flor del café, porque a Daza se le había olvidado algo, y ya la palmada en la frente indicaba oportuno recuerdo:

—¿Cómo es posible que no haya comenzado yo por la noticia que especialmente venía a traerle? Desde anoche doña Eligenia está dando muestra de trastorno mental. Ha perdido los controles, como se dice, en sentido figurado.

A lo que repuso Guaviare, sin inmutarse:

—¿Sí? ¿Cree usted que los haya perdido hasta el punto de tirar a la calle lo que a ella particularmente no le conviene? Fíjese en lo de Nicanor. Los Javillos mueren en su ley: el honor de la familia por encima de todo.

—Sí. Pero a los Urquinaonas, dicho sea con todo respeto, de pronto se les viene abajo la empalizada, como dice el vulgo. Y palabras sueltas, escapadas de un pensamiento insensato...

Contrajo el ceño Guaviare y al cabo de una pausa breve, durante la cual miró hacia fuera, donde había quedado "Comemuerto":

—¿Es que cree usted que me sobra algo?

—En quien nada falta, porque no le fué mezquina la naturaleza, —repuso lisonjero Daza— no tiene nada de extraño que mucho sobre.

Sonrió Guaviare y luego, poniéndose de pies.

—Lo invito a un lancerito de perdices, doctor Daza. Sé que a usted le gustan y como supongo que va a quedarse a almozar conmigo...

—¡Encantado, mi querido General! Perdices con usted son plato exquisito siempre.

Mientras aquél se asomaba a la puerta para decir, hacia afuera:

—Edecán. El doctor Daza quiere que salgamos a un lancecito de perdices. Vamos a complacerlo.

Le guiñó un ojo al decir esto último y concluyó:

—Buscate a Capitán y acomódate.

"Comemuerto" recogió el mingo y los bolos de la partida abandonada y mientras esto hacía, murmuraba entre dientes:

—¡Trabajo que te ha caído otra güelta! ¡Y cansao que se va poniendo uno de salí acompañao pa regresá escotero!

Y ya iban, ellos tres y el perro "Capitán", buen perdiguero, por entre los pastos tendidos hasta la margen izquierda del río, ancho, turbio, solitario... El río robado al pueblo, donde antes fué útil, que nada hacía ahora con atravesar sabanas desiertas, apenas para darles sorbos de agua a unas cuantas reses —no muchas tampoco— que ya la tenían por allí antes de que se cometiese el despojo.

Silbaron perdices y "Capitán" se detuvo a ventearlas, pero a Guaviare no le interesaban las que por allí estuviesen y llamó al perro.

—Vamos, "Capitán". Esas no valen la pena.

—¡Bonito perro! —exclamó Basilio Daza, para demostrar que sólo en aquello tenía puesta toda su atención, mientras se alejaban de la casa por la sabana desierta.

—Y buen perdiguero —agregó Guaviare.— ¿Verdad, Edecán?

A lo que respondió el hombrecito siniestro:

—Ese parte solo, pero vuelve acompañao.

—¿Las trae en la boca? — Preguntó Basilio, como si expresara extrañeza.

—Y bonito de verdá, se pone entonces —respondió "Comemuerto"

—No me desprendería de ese perro a ningún precio —concluyó Guaviare.

Y ya la casa no se distinguía. Sólo los árboles que la rodeaban alzaban sus verdes copas entre la parda uniformidad de los pastos secos. El río estaba dando por allí una de sus más tortuosas vueltas.

"Capitán" iba adelante olfateando rastro, excitado, nervioso ya y de pronto se paró, quedándose tal como estaba en el preciso momento de la atención captada: una de las patas delanteras en flexión y en suspenso, todos los músculos ya apretados para disparar el movimiento. Las orejas alzadas, atentas...

—Está parando —murmuró Guaviare, deteniéndose y echando en torno disimuladamente una mirada de exploración del paraje.

No se le escapó esto a Basilio Daza y sonriendo se llevó la escopeta a la disposición de disparo.

—Pa mi que está viendo visiones —murmuró "Comemuerto".

—No —dijo Guaviare, llevándose el arma a la altura del pecho.— Son Perdices.

Pero "Capitán" permanecía inmóvil, apenas moviendo un poco la punta del rabo.

—¿Qué le pasa a ese pero, que no revienta la parada? —murmuró Basilio Daza.

Guaviare y "Comemuerto" se cruzaron una mirada buida y el primero dijo:

—Acércate, Edecán. Hazlo reventar.

"Comemuerto" sonrió, pensando:

—Bueno. Esta vez no me va a tocá a mí.

Y comenzó a deslizarse entre los pastos, agachándose.

Basilio Daza miró a Guaviare. Era la serenidad solamente. Incluso causaba extrañeza verlo con un rifle en las manos... Y fué entonces cuando aquél vino a darse cuenta de lo inadecuado de esta arma para cazar perdices.

Ya se lo echaba a la cara. ¡Ya estaba!... Había sido el hombrecito siniestro la presa de aquel lance. Ya estaba tumbado boca arriba entre los pastos, con la cabeza destrozada.

Pero el bando de perdices había levantado el vuelo y Basilio Daza, por si todavía fuese tiempo y por demostrar que sólo las perdices podían interesarlo, disparó su escopeta y mató algunas.

Ahora vienen de regreso y caminan en silencio, "Capitán" adelante olfateando rastros. Luego habla Guaviare.

—Le voy a regalar ese perro, doctor Daza.

—Gracias, General. Me hará usted un precioso obsequio.

Y al cabo de una pausa, otra vez Guaviare:

—Usted es valiente, doctor Daza.

A lo que responde el doctor de la pareja inquietante, mientras enciendo un cigarrillo:

—¡Cuesta tan poco trabajo, General!

Ahora está el homicida solo en su casa, tumbado en la hamaca. Tiene el brazo bajo la nuca y mira hacia el techo, entre cuyas cañas se desliza un tuqueque.

"Cuesta tan poco trabajo"... —dice la voz de Basilio Daza reproducida en el pensamiento sombrío.

Esto solamente. Otro cuarto desocupado en su casa de adentro...

II

ESTABAN SALIENDO ESPANTOS

LOS malos tiempos que continuada y cada vez más acentuadamente venían reinando sobre el pueblo, acaparadas las tierras que alguna riqueza podían producir en unas cuantas manos, retrogresivamente menos de año en año— las de Hermenegildo Guaviare, dueño de las más de ellas y en su mayor parte relegadas al pasturaje, consejo de la pereza, de que sólo muy pocos brazos podían vivir, cuando no el barbecho totalmente improductivo por donde la opulencia del latifundio se toca con la miseria extrema, aunque a la codicia de las manos acaparadoras corresponda algún ánimo laborioso, las de Basilio Daza, que haciendo complacientes las leyes y los códigos ante las arbitrarias pretensiones de Guaviare, se había granjeado favores que lo convirtieron en terrateniente de las mejores haciendas de la región, bien elegidas; las de Parmenión que sus ahorros iba invirtiendo en estancias, potreritos y hacienditas, regateando mucho los precios y no metiéndose todavía con nada grande por no alarmar la atención del jefe sobre su capacidad ahorrativa, cada mes realizaba el portento de haber economizado más de lo ganado, las de los tres o cuatro en que habían venido a quedar todos los que un tiempo compusieron numerosos vecindario de la plaza principal, ricos todos — los malos tiempos de persecuciones políticas, de libertad personal cada vez más constreñida y dignidad cada día más expuesta al sacrificio si se quería mantenerla, habían producido la emi-

gración de muchas familias, cuyas casas quedaron abandonadas.

Pero como no hay mal de unos seres del cual no se aprovechen otros, aquello de las casas sin dueños había hecho rico a Anterito Valdez. Rico en llaves de portones que con ellas podían abrirse, a las medianoches, para que en las casas destartaladas se efectuasen conciliábulos de conspiradores, hoy aquí, mañana allá. De donde ya corrían por los vecindarios consejas originadas de los extraños ruidos nocturnos que en ellas se oían.

—En esa casa están saliendo espantos —decíase ya por todas partes.

Y un día fué el mismo Arístides Velarde quien hubo de decirle al propio Anterito:

—Anoche estuvieron las ánimas rezongando en los cuatro extremos de la ciudad. Es el rumor que corre por todo el pueblo.

Anterito se frotó las manos y Velarde notó que tenía los ojos cavados de trasnocho. Y luego, sin ocultar su resentimiento:

—Explíqueme su conducta, compañero. Creo que tengo derecho a exigírselo, porque conmigo se ha podido contar siempre. ¿Por qué me está dejando usted fuera de esas reuniones? Y lo que es peor: sin comunicarme siquiera dónde se efectúan ni quienes asisten a ellas.

Y Anterito tuvo que desagraviarlo confesándole que realmente no habían sido reuniones, sino que él solo se metió aquí y luego allí y después allá y en cada casa rezongó largo rato y fuerte para que los vecinos oyeran y por todas partes fuera quedando, en unos ánimos la conseja de espantos y en otros — ya iniciados en el misterio, pero no participantes de él por la poca fe que les inspiraban las conspiraciones de Anterito— la creencia de que el grupo de conspiradores que hacía tiempo venía congregándose realmente en distintas casas sin dueños, pequeño entonces, se hubiera multiplicado ya a las dimensiones de legión esparcida por toda la ciudad.

—¿Y qué persigue con eso, compañero? —inquirió Velarde, ya desvanecida su susceptibilidad.

Anterito se asomó a una de las puertas de la tienda, miró a derecha e izquierda y luego volvió hacia Velarde explicando:

—Es que ahora la cosa está obedeciendo a un plan. Primer paso: agitar intensamente; segundo: descomponer al adversario, ponerlo de cabeza y penetrarlo por donde no ofrezca mucha resistencia; tercero: aprovechar la oportunidad, muy bien calculadamente...

Ya a Velarde se le había ocurrido quién era la persona, aunque ya ausente del pueblo, que con aquellas palabras estaba hablando por boca de Anterito; pero éste dió su nota personal concluyendo:

—Cuarto: darle vuelta a la tortilla.

Sin embargo otras susceptibilidades habían nacido en el dueño de "Mi Refugio".

—No era necesario, compañero, que nadie viniese desde tan lejos para que aquí se supiera que todas las cosas han de obedecer a un plan, ni para que aprendiéramos que ese tenía que ser el plan a seguir, aunque expresado con otras palabras, quizás. Yo mismo, una vez..

Pero Anterito le quitó la palabra:

—Compañero, algún día sabrá usted toda la verdad —usted antes que otro cualquiera;— pero no me haga más preguntas por ahora. Anterito Valdez, como todos me llaman, demostrará, oportunamente, que era un hombre en quien sus amigos podían depositar toda su confianza.

Sonrió Velarde y luego interrogó:

—¿Por qué usa los verbos en tiempos pretéritos, tratándose de usted, que está vivito y coleando, como por aquí decimos?

Anterito se puso solemne y respondió:

—Mi suerte está echada, compañero.

Y como el compañero lo miraba en silencio, con una expresión indecisa entre la admiración y la gana de reír, agregó:

—¿Conoce usted el cuento de un personaje eminente que visitaba un convento de Jesuítas? El Director le iba mostrando la cantidad de sabios que allí se estaban

preparando y le decía: —"Este será un astrónomo genial, ése un químico insigne, aquél un historiador formidable":— Y como al Director lo acompañaba un pichón de Jesuíta con cara de idiota, el personaje le preguntó al Director, refiriéndose al pichón: —"Y a éste, para que lo están preparando?

—Para mártir en el Japón —dijo Velarde, dando la respuesta.

—¡Ah! —hizo Anterito.— Conocía usted el cuento.

—Sí. Pero... sáqueme de una duda, Anterito. ¿Ese cuento se lo echó a usted, con moraleja y todo, el forastero?

—Sí.

—Fíjese bien en lo que le pregunto. ¿Se lo aplicó a usted?

—Sí —repitió Anterito, con la solemne actitud de quien ha asumido todas sus responsabilidades ante la vida.

—¡Caramba! No fué muy amable que digamos.

Y Anterito, desde aquella altura insólita·

—Compañero Velarde, cada hombre no puede tener sino un destino que cumplir: el suyo propio. Y yo he aceptado el mío.

—¡Anterito, Anterito! — exclamó Velarde visiblemente emocionado.

Anterito se despidió, Velarde se quedó pensativo mientras restituía a su forma primitiva una pieza de madapolán que había desdoblado y extendido sobre el mostrador, para vender dos varas y media al cabo de muchos regateos de la compradora, y haciendo esto pensó que a sí mismo también debía restituírse a forma primitiva, Coronel Arístides Velarde, echando tiros detrás de un General cualquiera, para allanarle los caminos de Venezuela al Hombre que debía de venir.

—"Porque cada hombre no puede tener sino un destino que cumplir"... ¡Se me creció Anterito!

Salieron otra vez los duendes rezongones esa noche y cuando Anterito regresó a su casa, dadas ya las tres

en el reloj de la torre, vió que había luz en el dormitorio de su mujer.

Corrió allá y se encontró con que ella le había parido un niño. ¡Un hermoso niño!

—¡Chica! —exclamó amorosamente, acercándose al lecho de la joven madre, después de haber contemplado a la criatura en su cuna.— ¿Por qué no me habías dicho que esta noche sería la cosa?

Y la mujer dulce y mansa, ya cumplido su deber, extenuada y pálida, murmuró quedamente:

—¿Para qué iba a decírtelo?

La besó en la frente, se le salieron lágrimas... Fué a ocultarlas ante la cuna del niño y contemplándolo otra vez, murmuró:

—No te veré hombre... Pero tú podrás decir que tu padre se llamaba Anterito Valdez.

—¿Qué hablas, Anterito? —le preguntó la mujer.

—Nada, chica... Cosas. ¡Cosas de la vida!

RABANOS Y LECHUGAS

Estaba el Padre Romero aporcando las hortalizas que cultivaba para su frugal condumio, en el pequeño huerto encerrado por tres tapias bajas y la pared posterior de la sacristía, detrás de la capillita del Rosario, cuando lo sorprendió la visita del doctor Marcos Roger.

Dejó el azadón, se sacudió de la bata de lienzo —alivio de sotana— y de las sarmentosas manos la tierra de la ocupación labriega y quitándose el sombrero de panamá con que se defendía del ardiente sol de mediatarde, vino al encuentro del amigo bajo el emparrado que, junto a la pared de la sacristía, sostenía ya la carga de abundantes racimos en agraz de una uva pequeña, dura y agria a que su paladar estaba acostumbrado, esfuerzo de su tierra que así tenía que agradecérselo.

—¿A qué se debe el inesperado placer? No habíamos convenido todavía en que se diera por terminado el berrenchín de aquella noche.

—Ya era bastante —repuso Marcos Roger.— Algunos días nos duró esta vez.

Sentáronse bajo el emparrado, junto a un estanque de ladrillos enternecidos de musgo, donde flotaban lechugas y mazos de rábanos y Marcos Roger explicó.

—Aproveché mi venida a compras en la ciudad para llevarme de aquí algunas lechugas, que las mías no se me están dando bien esta vez, todas encurrujadas y ásperas como escarolas. Y para hacerle a usted una pregunta casi innecesaria.

—Las lechugas, ya las cogeremos —repuso el sacerdote en veces de labriego.— Usted mismo, las que prefiera. La respuesta, por la pregunta aguarda.

Pero un cucarachero que estaba haciendo nido en uno de los mechinales de la pared de la sacristía, más allá del emparrado, entretejida la pajita que acababa de traer y ya disponiéndose a volar por otra, se detuvo al borde del agujero y soltó un trino gozoso.

Alzó Marcos Roger la mirada hacia el canto, sonrien-

do; sonrió y atendió el Padre Romero y cuando el gozo sencillo desapareció de los rostros adustos, la pregunta fué formulada:

—¿Recuerda usted la confesión de Efigenia de Smith a raíz de la muerte de su marido?

Mas como el sacerdote lo mirara en silencio, con el ceño fruncido, agregó:

—O mejor dicho. ¿Es cierto que con usted confesó Efigenia en esa ocasión?

—¿Es cierto —interrogó a su vez el sacerdote— que usted tenía amores ya concertados con Camila Smith, esa misma noche? Y permítame que así le corresponda a una pregunta innecesaria, como ya usted ha calificado la suya, con otra completamente majadera.

—No comencemos, Padre Romero. Yo no he venido a pelearme otra vez con usted, sino a acercármele más.

—¿Es que a usted le desagrada que le hurguen sus amores estropeados con preguntas majaderas?

—Suponga usted que sí.

—Pues entonces, retirémonos las formuladas y pasemos a lo de las lechugas.

Pero Marcos Roger insistió:

—Fue *vox pópuli* que tal confesión hubo.

Y el Padre Romero, palabra a palabra, lenta y ahincadamente:

—¿Y *vox pópuli, vox Dei*, doctor Marcos Roger? ¿Es acaso eso lo que usted ha querido decirme? Sin atreverse a decirlo completo.

—Ya le advertí que mi pregunta era casi innecesaria.

—De donde habrá que concluir —replicó el sacerdote, cuyos esfuerzos por contenerse eran visibles— que ha perdido usted, por el camino de su campo al pueblo, la sensatez que lo caracterizaba. Vuélvase allá, doctor Roger y procure encontrarla cuanto antes, porque un hombre de las condiciones de usted no debe andar sin ella entre los otros hombres.

Marcos Roger cruzó los brazos, se quedó mirándolo y luego repuso:

—De donde habrá que concluir, digo yo a mi vez, que usted se niega a responder a mi pregunta.

Se puso de pie el Padre Romero, la cabeza tonsurada entre los apretados racimos de la uva en agraz, el verde resplandor del sol bajo el emparrado en el rostro ya descompuesto por la ira y con la voz a todo lo bronco que ésta se la ponía:

—Mentí cuando demostré sorpresa por su visita —replico.— Ya me la esperaba, porque las lagartijas salen de sus cuevas cuando el sembrador enciende la roza donde sembrará su conuco. Que el sembrador es Dios y las lagartijas somos todos, yo junto con usted, para que no lo tome a ofensa. Pero la sorpresa que ahora me causa el atrevimiento suyo, sobrepasa los límites de la mayor ecuanimidad.

—No debería causársela, Padre Romero. Porque es natural que quien se propone que se haga justicia, por tarde que sea, ocurra a quien se dice ministro de un Dios justiciero.

—¡A mí no venga usted a darme lecciones solapadas! —tronó el sacerdote, perdido ya el dominio de sí mismo.— Y le suplico que se marche enseguida, con lechugas o sin ellas, pero cuanto antes, doctor Roger. Porque de esta conversación puede quedar rota para siempre nuestra amistad y yo quiero conservar la suya.

—Recupere aplomo.

—¡Guárdese sus consejos, que aquí no hacen falta! ¡Y márchese, márchese!

—Sin las lechuga no, Padre Romero. Con ellas y con mi escrúpulo de conciencia, tonto si usted quiere, desvanecido. Necesito saber que procederé, en lo que me propongo emprender, de un todo conforme a la verdad. Me preparo a acusar públicamente a Hermenegildo Guaviare, en un escrito, porque ante los tribunales es inútil acudir, como autor de la muerte del doctor Smith. De la culpa de Efigenia misma, nada me interesa saber, porque ya es una infeliz demente. Pero no quiero atenerme al rumor popular; necesito saber que procederé conforme a

verdad y sólo usted puede darme esa tranquilidad de conciencia.

—No te conozco, santurrón. ¿De cuándo acá tantos escrúpulos de conciencia?

—Usted no es sincero cuando esa pregunta me hace. Usted sabe...

—Yo lo que sé es otra cosa. Por mucho que me duela reconocerla. Que ha sido necesario que Hermenegildo Guaviare ya no sea persona temible, para que el doctor Marcos Roger pueda acusarlo de crímenes cometidos hace años.

—Atribúyame cobardía también.

—¡Y venganza tardía, además! ¿Qué mosca te ha picado, pobre hombre, para que al cabo de varios años sea cuando vengas a cobrar el amor que te quitaron con todo aquello? ¿Tranquilidad de conciencia la llamas y vienes a buscarla a costa de la mía?

Se puso de pie Marcos Roger:

—¡Basta! Vengan las lechugas ahora. Ya lo otro está logrado. Aquí nadie ha necesitado pruebas para asegurar que fueron manos de Guaviare, propias o prestadas, las que asesinaron al doctor Smith y a don Heliodoro Urquiza. Pero yo sí y ya las tengo.

Se desbordó la cólera del Padre Romero, que no se había salido de su ley revelando el secreto de confesión de Efigenia, pero de cuyas palabras decía ahora Roger que le bastaban.

—¡Como ladrón! —vociferó— Así vino usted y así saldrá de aquí si con algo sale. ¡Como ladrón!

Ya Roger estaba junto al estanque, disponiéndose a recoger algunas lechugas de las que allí había y con buen humor replicó:

—¿Incluso las lechugas, Padre Romero?

—¡Vaya usted al diablo!

Y acercándose también al estanque y cogiendo a puñados de lo que allí había:

—Tome, tome. Eran las mejores, las más tiernas, las más repolludas. No encurrujadas y ásperas como escaro-

las; sino lechugas, lechugas. Y rábanos también. ¡Lléveselo todo!

Roger desprendió un rábano de uno de los mazos y lo mordió.

—¡Excelentes! —dijo.— Los míos nunca se me dan así. O esta tierra es mejor que la mía o es usted mejor hortelano que yo. Tendré que reconocerlo.

Sonaba apetitosamente el rábano masticado por los dientes sanos y completos de Roger, y al Padre Romero, que en algo tenía ya que fundírsele la cólera mientras daba la fresca hortaliza, se le hizo aguas la boca.

Arrancó otro rábano de otro mazo, lo mordió enérgicamente y demostró, masticando a toda dentadura, que él también la tenía sana y completa.

—No nos han podido los años con los dientes, Padre Romero, —dijo Roger, complaciéndose en la cordialidad ya iniciada.

—Yo le llevo a usted quince, por lo menos —repuso el sacerdote, a lo que se lo permitía el rábano dentro de la boca.

—Cuarenta y tres son los míos —confesó Roger, entre el masticar.

—Pues dieciocho eran. Sesenta y uno cumplí.

—Bien tenidos y conservados.

—A pesar de las tarabasquiñas que los amigos me han hecho coger.

—Pero las lechugas refrescan.

—Y los rábanos pican.

—Con placer se les come, sin embargo.

Marcos Roger hablaba sonriendo, el Padre Romero con su ceño fruncido y su voz bronca y entre ambos el estanque donde se reflejaba el emparrado de las uvas verdes y agrias.

Volvió el cucarachero al mechinal. Alzáronse otra vez las miradas hacia el trino gozoso, los hombres sencillos y cordiales desplazaron por completo a los atormentados y durante un buen rato hablaron del pájaro cantor de los tejados, que hace su nido en los mechinales y jun-

to con sus huevos calienta y empolla los que de otros nidos se roba.

Y el Padre Romero, para concluir:

—Se ha propuesto burlarse de nosotros esta tarde. Oyelo.

Por primera vez dábale cordialmente tratamiento de tú y Marcos Roger se lo quedó mirando mientras él fingía embelesarse en la contemplación del cantor del mechinal, porque en realidad no lo hacía sino para que en silencio aquella novedad produjese su efecto.

Se despidió Roger, lo acompañó hasta la puerta el Padre y cuando aquél la trasponía éste le preguntó:

—¿Te llevas algo más que lechugas y rábanos?

—Sí. Lo de siempre: el cariño y admiración profunda que a usted le tengo y le rindo.

Y otra vez sobre las hortalizas, aporcándolas:

—"No nos han podido los años con los dientes"... Bien dijo, pero bien pudo también agregar: ni con la conciencia tampoco.

AQUEL DIA FUE ESCOGIDA LA VICTIMA

El General está perdiendo los controles —le había dicho Basilio Daza a Parmenión.— No me haga preguntas. Pero ya sabe a qué atenerse y que he sido yo quien le ha traído el anuncio.

Parmenión adaptó a su manera la frase y se quedó repitiéndosela:

—¿Conque perdiendo los estribos el jefe?

Y luego, por asociación de ideas:

—Y sin embargo no me aceptó la otra tarde que yo se los sostuviera.

Estaba sentado en su despacho y nunca como entonces parecía hombre sin armadura interior, todo desgonzado hacia el lado derecho, adherida todavía a la cara la sonrisa con que había despedido a Basilio Daza.

Así lo encontraron los subalternos y así se quedó mirándolos cuando ellos se detuvieron por delante de su escritorio. Advirtió que eran todos, de su inmediata dependencia y de oficinas que propiamente no dependían de él.

—¿Qué traen entre manos? — les preguntó.

Y el secretario tomó la palabra:

—General. No sabemos cómo recibirá usted esto que venimos a manifestarle. Todos los aquí presentes somos hombres disciplinados, obedientes; pero somos hombres también, General.

—¡Ah, caramba! —exclamó Parmenión sin dejar de sonreír. —¿Quiere decir que hombres y disciplina son dos cosas que no se avienen?

—De ninguna manera, General. Digo: de ninguna manera es eso lo que nosotros entendemos y venimos a exponerle.

—Bueno. ¿Y de qué se trata? Porque, si no me equivoco, las oficinas se han quedado solas. ¿Es que vienen a renunciar sus puestos?

—Se trata de la trinitaria del patio. Ya se habrá fijado usted en que todavía está ahí.

—¿Sí?

Parmenión se desgoznó sobre el lado izquierdo, los

manifestantes le hicieron claro a fin de que pudiese ver hacia el patio por entre ellos, por creer que para eso había sido aquel cambio de posición; pero él se quedó mirándolos y el secretario prosiguió:

—Sí, General. Ni yo ni los que aquí estamos, sus amigos además de subalternos disciplinados, compartimos la idea de que no se compadecen flores y casa de gobierno. Y venimos a pedirle que levante la orden dada a fin de que la trinitaria... O mejor dicho, General —porque entre amigos estamos— lo que la trinitaria significa, continúe prosperando y dando sus flores delicadas por encima de lo que significa el matapalo, que ya aquí nadie quiere llamarlo laurel. Porque...

—Aguarde, aguarde —atajó Parmenión.— Si se trata de matas con significados mejor será cortarlas las dos. Pero vuélvanse a sus puestos tranquilos que ya aquí hemos comprendido y apreciado.

Volvieron los rebeldes a sus oficinas y Parmenión, desgonzado todavía, se quedó diciéndose:

—Tiene también sus satisfacciones esto de gobernar. Se ve uno correspondido, de cuando en cuando.

Pero las satisfacciones de Parmenión, en cuanto al gobernar, no eran placer puro de verse acatado, sino mala complacencia también en la infelicidad o ruindad de los hombres que se le sometieran y se le entregaran, y de esta porción de sus sentimientos era expresiva aquella mueca de amargura en que se doblaba su sonrisa. Parmenión gozaba sufriéndose a sí mismo, cuando algún hombre le daba espectáculo de indignidad.

Mas no fué allí solamente donde de tal modo satisfizo las complejas apetencias de su misantropía. Todo el pueblo tenía puestos en él los ojos esperanzados. El no hacía sino pasar, pero se fijaba y descubría Y pasaba por todas partes, todos los días, recorriendo el pueblo, a pie, un hombre entre los hombres. Lo saludaban, se agolpaba la gente a las puertas para verlo pasar y él los saludaba a todos:

—¿Cómo están? Yo bien, para servirles.

Y había muchos que se quedaban diciéndose entre sí:

—¿Te fijaste? Para servirnos, dijo.

Incluso Arístides Velarde se lo quedó mirando fijamente. Parmenión había entrado en "Mi Refugio" —por primera vez— en busca de botones de camisa. Le gustaron todos los que tenía Velarde y con su sonrisa plácida lo manifestó sin mezquindad.

—¡Caramba, compañero! Aquí es difícil saber cuál es lo mejor, porque todo es bueno.

Y mientras elegía, Velarde lo miraba como a todo hombre dentro del cual esperase encontrar al Hombre. Parmenión sabía esto y estaba dejándose encontrar.

Se llevó unos botones y dejó en cambio, si no la certidumbre absoluta de que él era el Hombre, presunciones vehementes por lo menos.

Sólo en el Colegio no se tropezó con aquellos ojos esperanzados. Ni Mariano Urquiza ni sus alumnos le correspondieron debidamente la atención de la visita al Colegio. Mariano, porque así era él, apagado, mustio. Y ya se lo había dicho a Parmenión su mismo cuñado Clímaco Monegas...

¡Pero que los muchachos, generosidad de juventud, almas fresquitas, se hubiesen quedado también secos y mezquinos!... Quizás no era conveniente que un hombre apagado y mustio, como Mariano Urquiza, fuere maestro de juventudes...

Y un día llega Anterito Valdez a la Casa de Gobierno, sube al despacho de Parmenión y se le planta por delante diciéndole:

—A sus órdenes.

Parmenión lo mira en silencio y lo baña y lo unta con su sonrisa afable y luego le interroga:

—¿A qué tengo el gusto?

—Antero Valdez. Anterito, como todo el pueblo me dice.

—Sí. Lo conozco y lo estimo mucho.

—Me han dicho que usted quería hablar conmigo —repuso Anterito, cuyas palabras eran aquel día secas, tajantes, quizás a causa de cierta sofocación respiratoria.

—¿Como que lo ha fatigado un poco la escalera?— preguntó Parmenión.

—Tal vez.

—Eso traen las trasnochaderas, Anterito. Acaban con la salud.

—¿Las trasnochaderas?

—Sí, hombre. Y anoche dejó usted abierta una de las casas. Que aunque no tengan dueños no es bueno dejarlas así, para que se meta en ellas todo el que quiera.

Anterito acabó de hundirse en los ahogos de la escalera y no encontró palabras para replicar. Parmenión se desgonzó del otro lado y muy afablemente prosiguió:

—Lo sé todo, Anterito, porque yo tengo mi policía secreta. Pero ya es tiempo de que cambie de táctica. Ya la gente empieza a darse cuenta de que no hay tales conspiraciones. Y eso no conviene.

Anterito tragó grueso y preguntó:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no conviene?

—Que no se crea que hay tales focos de conspiración por todo el pueblo.

Anterito se quedó estupefacto. Parmenión sonrió y concluyó:

—Y cuídese, Anterito. Mire que no está bien que a usted lo sofoque tanto, a sus años, una simple subida de escalera. Cuídese, Anterito. Hombres como usted no deben malograrse. Y váyase tranquilo. Ya sabe y nada más le digo.

Anterito se fué como tenía que irse con aquello entre pecho y espalda y Parmenión se quedó pensando:

—¡Anterito Valdez! ¡Pobrecito!... Pero la política es la política, Y tigre cebado, si no se le echan pellejos, mata y come carne de pulpa.

La víctima propiciatoria que le inmolaría al jefe indignado, cuando lo juzgase conveniente.

—El me contó la historia, a su modo.

—Pero yo no se la referiré de ninguna manera —repuso Marta Elena.

Mariano sonrió, se la quedó mirando y luego insistió:

—¿La determinación final, que propiamente no formaría parte de la historia —el colofón, digamos así— tampoco puede ser confiada a ninguna persona?

Ella movió negativamente la cabeza y después, con la sonora gravedad de su voz:

—Parece que usted se hubiera empeñado en hacérseme despreciable, en mostrársele como un hombre de mentalidad inferior.

—Tal vez.

Ella sonrió, alzó la mano izquierda hasta la altura de sus ojos, se la volvió de palma a la cara, dobló los dedos y se examinó las uñas y mientras esto último hacía, dijo:

—Niño chiquito y bonito, señor de los anillos, tonto y loco...

—¿Sus dedos? —preguntó Mariano, siguiendo el juego.

—Continúe, que aún le faltan dos.

—No. Prefiero quedarme en tonto y loco.

Y por primera vez le oyó Mariano la risa sonora que le henchía la admirable garganta.

Luego dijo:

—Quedamos en que usted se ha empeñado, deliberadamente, en hacérseme odioso.

—Habíamos quedado en algo menos: despreciable, si mal no recuerdo.

—Pues mire usted como, sin hacer nada meritorio, va ganando en mi aprecio, sin que yo misma me dé cuenta.

—Algo tendré que hacer para detener ese avance inquietante.

Y enseguida, poniéndose de pies:

—Estamos realmente tontos, Marta Elena Y por no querer estarlo que es lo peor. Pero creo que será inútil cuanto hagamos por escapar a la soberana tontería.

Y volvió a sentarse para concluir.

—No somos del todo de este tiempo y no podemos prescindir por completo de las formas de antes. Conviene que usted finja sentirse profundamente emocionada, a punto casi de saltársele las lágrimas, que baje un poco los ojos, que se entretenga en hacer cualquier cosa con las manos trémulas, mientras yo, haciendo esfuerzos por dominar mi emoción...

—Aguarde, aguarde —interrumpió ella.— Déjeme hacer todo eso que aconseja. Ya bajé los ojos. Diga...

—Ya lo dije. ¡Y qué alivio se siente después! Por primera vez admiro a los hombres de las generaciones anteriores, que heroicamente les hicieron a sus novias la tremenda declaración de sus amores. Ahora, gracias a esta mitad de tiempo nuevo que hay en nosotros, hemos podido evitárnosla.

—Pero era...

—¡Shs! —hizo Mariano, impidiéndole continuar.— ¡Cuidado no incurrir en la cursilería de echar de menos aquellos tiempos románticos.

Y Marta Elena, con juguetona entonación de añoranzas que le sacaba a su voz de contralto toda la musicalidad con contenía:

—¡La muchacha en la ventana, el joven paseándole la calle, de esquina a esquina toda la noche!

—Hasta que por fin se atrevía —interviene Mariano— y se le paraba en la ventana y...

—No, no. Espera, espera. Primero le entregaba una carta con la declaración de su amor, ella la cogía y la metía bajo el cojín, luego se iba a su cuarto a encantarse leyéndola.

Ríe y luego interroga:

—¿Y por qué sabemos tanto de cómo era antes?

—Por habérselo visto hacer a los jóvenes cuando éramos niños.

—¡Menos mal! —dice ella, con fingida entonación de alivio de angustia.— Porque si fuera de haberlo hecho nosotros, ya no estaríamos para la gracia.

Y Mariano, volviendo al tono formal:

—Te equivocas. No hay peor desgracia, quizás, que haberse formado incompletamente en una época y caer de pronto en otra, sin predisposición espiritual para ella. No ser ni de ayer ni de hoy.

—¿Experiencias que están haciendo con los muchachos del colegio?

—Sí. Ni les pertenezco por completo, ni les soy por completo extraño. No es cuestión de diferencia de edades, que eso ha tenido que suceder siempre entre maestro y discípulo, sino de transformación del tiempo, que es todo de ellos y sólo mitad mía. La otra mitad se la reclaman los Marcos Roger.

Y era cierto. El mundo en que ya se movían los discípulos de Mariano Urquiza —espiritualmente, aunque todavía instintivamente nada más, incluso Martín Campos, con toda su emotividad despierta y apenas con la excepción de Elio que tenía asomamientos reflexivos— no se dejaba penetrar ya por las inquietudes que habían formado la personalidad de Marcos Roger, aunque las de éste y las que comenzaban a formar a Martín Campos pareciesen de tipo similar.

Y había sido el mismo Marcos Roger quien le hizo a Mariano la observación, a causa de las visitas que solía hacerle Martín Campos para comentar las impresiones de la lectura de aquella novela de Andreiev prestádale por él.

—Fué apropósito de una frase que para mí era perfectamente diáfana. Sacha se disponía a lanzarse a la revolución y —dice textualmente la versión española— "una de las preocupaciones que más le angustiaban era cómo tratar a su madre los últimos días antes de su partida" y aunque no era necesario que yo interpretara esa frase, porque en el resto del párrafo mismo estaba analizado el sentimiento del personaje, no hubo manera de que Martín me entendiese. Y todo porque pertenece a un mundo

espiritual que tal vez no tenga ya nada de común con el mío.

Dicho lo cual, Marcos Roger había concluído:

—Pero los que no hemos realizado todavía nuestra obra, debemos procurarlo enseguida, dentro de nuestra posición espiritual, claro está; más para que no se diga mañana que ni siquiera lo nuestro, imperfecto, hicimos. Y a eso he venido: a invitarlo a usted para emprender nuestra obra.

Mariano no se atrevió a preguntarle cuál sería esa obra, en qué consistiría, porque ya había hecho la observación de que tampoco él pertenecía por completo al mundo de Marcos Roger. Mas no porque unas inquietudes de nuevo tipo le ocupasen el espíritu, sino porque ningunas tenía que fuesen realmente suyas y pudiesen moverlo a la acción. Estaba en el lindero de dos campos y ambos le eran ajenos.

EL HOMBRE DE ACCION

A media legua del pueblo, sobre la margen izquierda del río que antes fué caudaloso, ahora lecho enjuto invadido por retamas, ortigas y toda especie de matorral silvestre, tenía el doctor Marcos Roger su casa y su hacienda.

Una sólida construcción de bahareque enlucido, amplia, techada de tejas y rodeada de corredores, que se levantaba en medio a un jardín de rosales en el centro de unas cuantas hectáreas de tierras de sembradura, plantadas de maíz y de arvejas que por allí se daban muy buenas, de sanseviera más allá, que empezaba a cultivar para una experiencia textil y de hortalizas, finalmente, hasta las cuales había hecho llegar por una acequia lo que más arriba quedaba de las aguas del río, antes de que por completo se perdieran deslizándose bajo el retamal. Y el resto de la hacienda lo componían un tejar donde fabricaba ladrillos, tejas y cacharros y unos rebaños de cabras que ramoneaban por los cardonales del contorno.

Todo esto era fruto de una laboriosidad tenaz, para cabal aprovechamiento del escaso dinero con que pudo adquirirlo y poner a producir, cuando cansado y decepcionado de tantos fracasos cuantas tentativas de obra útil para el pueblo, cerró la casa que en éste habitaba junto con su madre —cuyo único hijo era— compró aquello denominado "Camposolo" y allí se metió, quitándose de hombre de acción.

Con el alba levantábase a ordeñar su ganado, de cuya leche, apartaba la del consumo de la casa, hacía doña Rosa solicitados quesos; enseguida atendía personalmente al riego y cuidado de las labranzas, dedicábase después a las labores del tejar, con predilección por los cacharros de donde estaba sacando una buena experiencia de cerámica criolla, estilizada, y nunca le faltaba tiempo, después del cuidado de las hortalizas, para arrimarle mano al jardín, a la hora del atardecer y en compañía de su vieja madre, laboriosa también y como él y para gus-

to de él metida así mismo a campesina, siendo señora de lo principal, de espíritu aficionado a sociabilidad.

Los ratos de descanso se los dedicaba a doña Rosa, dándole conversación para que no le languideciese el espíritu comunicativo y para saludable ejercicio de risa por las chispeantes ocurrencias de ella, antes de meterse en su cuarto con sus libros; menos las noches de sábados que eran para llevársela a visitar a sus amigas y mientras tanto reunirse él con los pocos que le quedaban en el pueblo y hacían tertulia en la tienda de Velarde.

Los domingos por la tarde iban ellos a visitarlo y entonces el hombre huraño y áspero trocábase afable, obsequioso, jovial y expansivo. Mostrábales las reformas que iba introduciendo en su pequeña hacienda, no para aumentar su peculio, porque a doña Rosa y a él les bastaba con unas escudillas de leche de cabra, unas yucas salcochadas, lechugas, repollos, algún trozo de chivo mamantón que ella adobaba exquisitamente y otra escudillas de chocolate, con pan y queso en la frugal comida de sobretarde; sino para dar ejemplo de preocupación progresista, para realizar, siquiera en el reducido espacio de lo suyo suficiente, algo de lo mucho que procuró para su pueblo y ahora se conformaba con imaginarlo realizado algún día por otros hombres de mejor fortuna. El, que fué de acción, refugiado ahora en soñador.

Sentábanse a orillas de lo que fué río, camino de abundancias, por allí donde se veía, encallado entre el matorral, el casco de un trespuños al que, navegando río abajo, le faltó de pronto el agua. Que ni esto, prueba irrecusable, impidió que aquella Corte hiciese valedero el argumento de "obra de la naturaleza y desde tiempo inmemorial", con que se sancionó el despojo hecho al pueblo por Hermenegildo Guaviare. Acostumbraba venir a posarse en el casco varado, a la caída de las tardes, una garza blanca y por ello, de algún modo, empezaba siempre la conversación... Que cuando ya el sol tocaba la ceja de unos montes lejanos, la interrumpían invariablemente, contemplaban en silencio y cuando terminaba el hermoso

espectáculo decía el Padre Romero, invariablemente también:

—Bien. Ya él cumplió con nosotros su deber cotidiano.

Se levantaban, se despedían, los acompañaba Marcos Roger hasta el término de sus tierras, quedábase allí viéndolos alejarse y era entonces cuando su corazón solitario se llenaba de más honda melancolía y por el árido pensamiento le pasaba la figura imposible de Camila Smith.

El silencio de los campos, la tristeza solemne del paisaje de cardones que por allá se extendía, la vuelta de los chivos taciturnos a los corrales, la inmovilidad del tejar, el angosto reflejo de cielos dentro de la acequia, la soledad de su vida, el sueño no realizado, el amor que en un corazón ya conquistado se lo trocaron en odio a su tierra crímenes sin castigo, todo le infundía una pena negra de atardecer de domingos, como si estos días tuviesen alguna relación con algo, especialmente echado de menos, que siendo domingo hubiese perdido.

Y he aquí que una tarde de día laborable llega a "Camposolo" Martín Campos y sucede aquello de no comprender éste lo que para él era sencillo y diáfano, de marcharse el joven moviendo negativamente la cabeza, de quedarse él pensando en que un tiempo nuevo sobrevenía, sin posible compenetración espiritual con el suyo, donde él estaba plantado a la manera de un hito de un camino antiguo ya perdido entre el monte.

Y Anterito Valdez, al día siguiente, mientras él modelaba cacharros, con aquello que también le había dicho a Velarde:

—Cada hombre no tiene sino un destino, el suyo propio y debe dejar que se cumpla en él.

Abandonó inconcluso el cacharro, no hizo cosa más durante aquel día y en la noche, al cabo de la risueña tertulia con doña Rosa, ya para recogerse a su cuarto, le dijo:

—Mamá. Ha llegado la hora.

—¿De qué hijo? Porque con ese tono no se anuncia la de dormir, todos los días.

—De hacer. De ejecutar, a cualquier precio.

Se quedó doña Rosa en silencio, mirándolo y luego

—¿Nada más, por hoy, tienes que decirme?

—Nada más. Creo que usted me comprende.

Lo bendijo y cuando él se había retirado murmuró

—¡Mucho duró la tranquilidad de "Camposolo"!

Fué domingo el día siguiente, los amigos llegaron re clamándole la visita a "Mi Refugio" que no había hech aquella noche de sábado; pero él evadió la explicación para que no faltase la cordialidad de siempre durant aquellos ratos y sólo mientras la acostumbrada contem plación de la garza posada sobre los restos del trespuños pareció aludir:

—Nada más estúpido que una actitud soñadora. Es garza, en una sola pata, horas y horas, teniendo todaví dos alas...

—Tal vez las empleó, días enteros quizás, siguiend la navegación del trespuños —observó el Padre Romero

Y Mariano Urquiza, —que aquella tarde estaba co ellos, mientras Marta Elena, acompañada de sus herma nitas, se entretenía con doña Rosa, en uno de los corre dores de la casa, después de haberle participado que ha bía contraído compromiso de matrimonio con aquél— con tribuyó al motivo que estaba dándoles la garza, una ve más:

—Tal vez iba siguiéndolo cuando lo vió vararse. habría sido un espectáculo divertido la comparencia d la garza con su testimonio fehaciente, ante los gansos d aquella Corte.

A lo que replicó Velarde, con gracejo más grueso:

—Recuerde que todos no eran gansos, propiament porque los presidía Basilio Daza. Pato nada más.

No faltó a la risa la carcajada bronca del Padre Ro mero, pero sí por completo la de Marcos Roger, que y se había puesto ceñudo y sombrío.

Sobrevino la puesta del sol y cuando ya había de aparecido tras los montes lejanos y el Padre Romero d

cho su frase habitual, habló Marcos Roger:

—Bien. Será esta la última vez que vendrán a visitarme.

—¿Es que piensas marcharte de por aquí? —inquirió el sacerdote.

A lo que replicó, evadiendo la respuesta precisa:

—No serán mayores distancias de espacio las que nos separarán, desde mañana mismo quizás.

Quedáronse mirándolo con extrañeza Velarde y el Padre, mientras el rostro de Anterito expresaba emoción ansiosa y Urquiza sonreía vagamente.

—Por el camino que emprenderé mañana —prosiguió Roger— tal vez no logre sino apartarme de ustedes para siempre, no en el espacio repito, sino en el espíritu que hasta ahora nos ha mantenido amigos.

—¡Ajá! —exclamó el Padre Romero.— Dí ahora que no tenía razón yo cuando anuncié, aquella noche de la última tarabasquiña, sin mencionar las que hayamos tenido a sol de días, que ya se sentía venir a Dios, que el sentimiento religioso recuperaría pronto el corazón del hombre. Has hablado como un hombre ya poseído de ese sentimiento, has empleado términos y modos que ya estaban de alguna manera en los Evangelios.

—Yo soy el hombre del mundo que trabajará para el tiempo, otra vez —repuso Marcos Roger, sonriendo, ahora con términos ya empleados en la disputa a que se refiriera el sacerdote.

Y éste, descargándole jovialmente la mano sobre el hombro:

—¡Bah! No comencemos otra vez. No me busques la lengua.

Pero Anterito, profundamente conmovido, le tendió la diestra a Roger diciéndole, entrecortadamente:

—Yo estaré con usted hasta el último momento. Yo no lo negaré, sea cual fuere el camino que vaya a tomar.

Roger le estrechó la mano en silencio, mirándolo a los ojos. El Padre Romero frunció el ceño, Velarde sonrió y Mariano Urquiza dejó de sonreir.

Ya se habían marchado los amigos, ya se le perdía de vista... Era una melancólica tarde de domingo; pero en alma del soñador de "Camposolo" ya no había sitio para sentimientos lánguidos. Hito de un camino antiguo aún podía señalar jornadas, sin embargo.

EL PACTO

Toda una vida de rectitud ciudadana, sin componendas ni transigencias con la inmoralidad política reinante en su país hacía muchos años, terminaba ya con aquellos pasos que estaban conduciéndolo a la presencia de Parmenión. Muchas habían sido las obras de bien público que intentó realizar, pero con todas había fracasado por emprenderlas dentro de rectitud absoluta y sin mengua de su dignidad personal, ni invitando a negocio lucrativo a las autoridades cuyo apoyo se requería, ni sumándose a la corte de los aduladores del mandón para conquistarse su voluntad. Pero si nunca logró el bien de su pueblo por empeñarse en buscarlo por los caminos rectos, ahora iba dispuesto a meterse por los tortuosos, aunque entre sus marañas se le quedase en jirones la dignidad. Si adulaciones y apañamientos eran los instrumentos del tiempo en que le había tocado vivir, por él no se diría que a personales escrúpulos les fueron sacrificadas las obras que todos reclamaba la suprema necesidad del bien público.

Y remontó la escalera de la casa de gobierno.

Parmenión frució el entrecejo cuando le anunciaron que el doctor Marcos Roger estaba allí y quería verlo, y se tomó unos segundos para responder:

—Que pase.

Se aculó contra el ángulo que formaban el respaldar y el asiento del sillón, sobre los brazos de éste apoyó los codos, se cogió las manos a la altura del pecho, enderezado como nadie lo había visto nunca y desplegó en silencio una de sus más enigmáticas sonrisas.

—Adelante, doctor. Tome asiento.

Marcos Roger se detuvo un momento ante el escritorio, esperando a que se moviese siquiera a tenderle la mano; mas como parecía dispuesto a no alterar su composición —muy otra de la que venía adoptando por aquellos días para acoger a sus visitantes— sonrió a su vez y tomó asiento que junto al escritorio se hallaba, diciendo:

—Celebro encontrarlo así.

—Recuerde que un día —díjole Parmenión— casi me dejó usted con la mano estirada para saludarlo.

—Somos pues, dos hombres que saben adoptar sus actitudes —repuso Roger.— O como otros dicen: voltearse las cartas sobre la mesa.

—Ahí están las mías, doctor Roger —continuó Parmenión, desplegando un poco más su sonrisa y soltándose apenas las manos para volver a cogérselas.

—Y aquí las mías. Vengo a proponerle que me compre mi posesión de "Camposolo".

Iba Parmenión a responder algo, pero Roger se lo impidió con un ademán, a tiempo que decía:

—Aguarde. Será una venta simulada. Usted no me pagará su valor, sino que lo dedicará a las obras de limpieza del cauce del río.

Se soltó las manos y se desgonzó un poco el enderezado Parmenión, no mucho y al preguntar:

—¿Y eso para qué, doctor Roger?

—Para que el río vuelva a correr por donde fué obra de la naturaleza y desde tiempo inmemorial.

Volvió a cogerse las manos Parmenión, recuperando su gesto de sonrisa.

—¿Y al General Guaviare, dónde me lo deja?— preguntó.

—En "Sabana del Muerto", por ahora.

Abandonó por completo el enigmático su composición y adoptando la de quien atiende a un visitante como es debido, exclamó:

—¡Caramba, doctor Roger! Ya me habían dicho que usted era hombre amigo de irse al grano. Pero le confieso que me ha dejado turulato. Valga la expresión.

—No se lo creo, querido amigo.

Y Parmenión, al cabo de una breve pausa:

—Ni yo a usted, doctor Roger, eso último

Roger se reclinó en el asiento, apoyó los codos sobre los brazos de éste, se cogió las manos a la altura del pecho, desplegó en silencio una sonrisa y cuando de esta manera ya hubo sustituído casi por completo la apariencia de Parmenión, repúsole:

—Usted sabe que en política ser amigos no es lo mis-
no que serlo en el orden personal, sentimental. Usted va
desarrollar una política en la cual puede contarme co-
—Un momento, doctor Roger. Vayamos por parte,
no amigo.
ara que no se nos barajen las cartas que nos hemos vol-
ado sobre la mesa. ¿Dice usted que yo voy a desarrollar
na política personal?
—¡Claro! Personalísima.
—¿Contra el compadre? Mejor dicho: ¿contra la po-
tica del General Guaviare?
—Sin duda alguna. Porque no puedo inferirle a us-
ed la ofensa de no creerlo hombre dotado de personali-
ad propia.
—Mire que por ahí se dice que yo no soy sino una
ombra de otro cuerpo...
—Que lo crean los tontos. A mí nunca me ha enga-
ado usted.
—¿Cómo dice, doctor?
—Siempre he creído que usted es un hombre capaz,
sperando su hora. Un hombre dotado de condiciones su-
cientes para hacer la felicidad de este pueblo. Que no
ide sino una sola cosa: que lo dejen vivir.
—¡Tiene usted razón, doctor Roger! ¡Que lo dejen
vir; que le devuelvan su río, que era la principal fuen-
de su riqueza! ¡Esa es la pura verdad! —apoyó Par-
enión, ducho en apoderarse de lo ajeno, incluso los ra-
onamientos que pudieran serle útiles, en un momento
ado.

Abandonó Roger la actitud prestada. No era opor-
unidad de hacer mayores demostraciones. Y volvió a su
ropósito de interesar la codicia de Parmenión:

—"Camposolo", aunque está bien tenido, no vale hoy
ran cosa, como ninguna de las tierras de las márgenes
el río; pero si éste vuelve a correr por su cauce natu-
l, se revalorizarán todas y "Camposolo" entre ellas. Se
vendo, sin embargo, al precio de hoy; pero usted re-
ndrá en sus manos ese precio, como una contribución
ía al coste de las obras que habrán de emprenderse. Con

una condición solamente: que usted se comprometa conmigo a no decir nunca que tal dinero quedó en sus manos.

—Usted es un hombre raro, doctor Roger —fué todo lo que, de momento, pudo decir Parmenión.

—No —replicó Roger.— Un hombre sincero, nada más. Un hombre que se entrega por completo cuando a algo se pone y se compromete.

—¡Así me gustan los amigos políticos!

—Así me tiene, desde luego.

—Pero... ¿No será que usted piensa irse del pueblo, doctor Roger?

—No. Aquí enterraré mis huesos. Aquí me tendrá usted dispuesto a prestarle la colaboración que de mí necesite, para bien del pueblo.

—¡Pacto cerrado, doctor Roger! —se soltó Parmenión, tendiéndole la diestra.

Y Marcos Roger se la estrechó, reiterando:

—Pacto cerrado.

Era imposible que a Parmenión no se le fuesen maquinalmente los ojos hacia la trinitaria del patio y así sucedió.

—Bueno —dijo después.— Primero, la compra de "Camposolo", hoy mismo si usted quiere, no sea que después vayan a decir que lo obligué a usted a vendérmelo, ya decretado lo del río. Luego lo del río, que para eso tendremos que echar mano todavía de los Basilios Daza. ¿No le parece?

—Ya que han servido para el entuerto, que sirvan de algún modo para el enderezamiento.

Se enderezó otra vez Parmenión y dijo, para concluir:

—Pues bien, doctor Roger. He tenido mucho gusto en conquistarme una amistad como la suya en esta partidita de cartas volteadas, como usted mismo ha dicho.

Y maquinalmente también, al decir esto volvió de reverso unos papeles que estaban sobre la mesa y no contenían nada que fuere necesario ocultar o ya Roger no hubiese visto.

Roger se puso de pie, Parmenión también y se estrecharon las manos, éste diciéndole:

—Y nada más le digo.

Y Roger:

—Le repito. Yo soy un hombre que se entrega por completo, cuando a algo se pone.

Se marchó, volvió a sentarse Parmenión, con su sonrisa desplegada y una vez más cumplió la trinitaria del patio su misión simbólica.

Marcos Roger llegó a su casa, entró en su cuarto, se sentó ante su escritorio y hundiéndose los dedos entre los cabellos dobló la cabeza.

Entró doña Rosa, se le acercó, le apoyó su mano izquierda sobre el hombro derecho y le preguntó:

—¿Qué te pasa, muchacho?

Sin cambiar de actitud él respondió:

—Son cuarenta y tres años, mamá. Toda una vida consagrada al cuidado de la dignidad personal, que acaba de entregarse al mejor postor.

—¿Y quién ha sido el mejor postor? ¿Parmenión o tu pueblo?

Marcos no respondió y ella continuó:

—Quienes no tienen algo que sacrificar, nada verdaderamente meritorio podrán hacer nunca.

Se incorporó el hombre de acción y dijo:

—Ya pasó. Fué la despedida definitiva. De nada que nos haya acompañado mucho tiempo podemos desprendernos sin algún dolor. Pero ya el pacto está hecho. Otro hombre empieza aquí desde hoy.

—¿Otro hombre?... Bien. Pero la misma madre siempre con él.

JAQUE A LA REINA

Basilio Daza era buen jugador de ajedrez, pero ni aún los más aficionados se animaban a pasar el rato con él, porque cuando estaba dando jaques adoptaba una actitud desdeñosa, de todo punto irritante. La partida que ahora iba a emprender era de las que más le agradaban y ya estaba moviendo sus piezas.

Lo encontró acostado en un catre, boca arriba, completamente desnudo. Eran las tres de una calurosa tarde y "Viruticas" en cueros sudaba a chorros. Estaba absorto, mirando hacia el techo y el poderoso tórax, bajo el cual casi no quedaba catre libre, subía y bajaba al ritmo respiratorio, como tal vez sucedió con las montañas, de pastosa substancia volcánica, cuando comenzaron a empinarse sobre la tierra. Y era una montaña peluda.

—¡Hermoso varón! —murmuró Basilio Daza.

"Viruticas" saltó del catre. Se cubrió con las manos lo más impresentable de la desnudez y pidió excusas, sonriendo:

—Perdóneme, doctor Daza. No sabía que...

Y como Daza continuaba mirándolo, tuvo un desagradable presentimiento y agregó, tartamudeando ya:

—Per... permítame que... que me vista un momento.

Y pasó a la habitación vecina donde había dejado su ropa.

Basilio Daza lo siguió con la mirada e hizo esta observación justa, de orden estético:

—¡Qué raro! Este apolo se transforma en un rinoceronte en cuanto se pone en marcha. No tiene paso apolíneo.

Se sentó en una de las sillas de tosca fibra entretejida, que en torno a una mesa de pino y junto con el catre amueblaban el recibimiento de "Viruticas" y éste regresó momentos después, ya vestido, pero todavía abotonándose y con desnudos pies metidos en unas pantuflas de la misma fibra de las sillas, mejor hilada y tejida.

—Como hace tanto calor y no esperaba tener el gus-

to, —dijo.— Pero confío en que usted habrá tenido la bondad de perdonarme la incorrección.

—No se preocupe tanto —díjole Daza.— Entre hombres...

Y "Viruticas" respiró con alivio.

Cambió de tono el ambiguo doctor y comenzó a mover su pieza:

—Colega, he pensado en usted, por saber que ahora está un poco desocupado y por necesitar de una persona que me inspire confianza. ¿Aceptaría usted que Efigenia de Smith lo nombrase apoderado suyo?

"Viruticas" lo miró sonriendo, pero respirando con cierta dificultad y Daza continuó:

—Ya sabrá que acaba de heredar de su hermano Nicanor una bonita fortuna, que añadida a la suya propia...

"Viruticas" sonrió un poco más y luego repuso:

—La cosa es que yo no soy abogado, doctor Daza.

—¡Cómo va a ser! Pero usted es doctor. A lo menos...

—En Farmacia, doctor Daza.

—¡Ah! ¿Tiene título debidamente otorgado?

—No, —respondió el gigantón, enrojeciendo.

—¡Ah! —volvió a hacer Daza, pero ya de otro modo.—En todo caso lo mismo da. Y quizás da mejor. Usted es tan doctor en farmacia, como en leyes o en cualquiera otra ciencia —eso se le veía ya por encima;— pero...

—Voy a decirle, doctor. En realidad yo casi estudié derecho, sólo que...

—No, no. Si no iba a decirle que bien podía un hombre de su cultura ser doctor en leyes; sinò que no es doctor de ninguna manera y por lo tanto está usurpándose un título universitario y cayendo, por consiguiente, bajo la acción de una ley.

—Mire, doctor Daza — repuso "Viruticas" en tono suplicante.— Dese cuenta. En este país lo llaman a uno doctor en cuanto lo ven leyendo un periódico de arriba abajo y de izquierda a derecha.

—¡Já, já, já! —festejó Daza.

Con lo cual se animó "Viruticas" a proseguir:

—Siendo director de un colegio, yo necesitaba ser doctor de cualquier modo y me dije: —"Si dices que eres médico, pueden buscarte para un enfermo; si dices que eres abogagdo, pueden solicitarte para defender un pleito; si dices que eres ingeniero, para construir una casa o trazar una carretera; mientras que si te dices doctor en Farmacia, nadie te va a poner en apuros entregándote su botica para que ejerzas la profesión.

Rió a todo gusto Basilio Daza y luego:

—Estupendo razonamiento, querido colega.

—Doctor Daza, ya...

—¡Sí, sí! Abogado como yo. Que lo soy de veras, ¿eh? Abogado y comprometido ya conmigo a aceptarle a Efigenia de Smith la función de apoderado suyo que querrá confiarle. Se que usted está al borde del hambre, porque su colegio no existe propiamente y terminarán por suprimirlo del presupuesto.

—¿Al borde dice, doctor? ¡Qué optimista es usted! Así estaba cuando el colegio existía, orillandito el barranco del nambre. Ahora estoy en el pleno fondo, tirándole pelotitas a la luna.

Basilio Daza, en oyendo esto otro, sonrió complacido de su golpe de vista. Desde la primera mirada que le echó encima a "Viruticas", cuando llegó a encargarse de la dirección del colegigo, él se había dicho:

—"Este es un briboncito a pesar del tamañote".

Y por si algunas dudas todavía le quedasen, "Viruticas" dijo:

—Bueno. Vengan los poderes de doña Efigenia. Usted me irá diciendo cómo debo desempeñarme y yo le iré dando a usted...

—No, no. Perdón. Seré yo quien le irá dando a usted lo que pueda corresponderle por su oficio de mampara. Ya tiene usted bastante cuerpo para eso.

Pero "Viruticas" acababa de darse una palmada en la frente.

—¿Qué ocurre? —inquirió Daza.

—Que yo le he dicho a Mariano Urquiza lo del doctorado en farmacia. A él solamente, porque a los demás que me han preguntado les he barajado el tiro con salidas de buen humor.

Daza sonrió desde las profundidades de su abismo y repuso:

—No se preocupe. Para ser apoderado de alguien no se requiere ser abogado de la República.

—Así es —dijo "Viruticas".— Y no poniéndolo en el poder, no habrá constancia de la usurpación que usted ha mencionado.

—¡Ta, ta, ta! Sí, lo pondremos, mi querido Apolo. Siempre que no eche a andar. Pero ahora puede hacerlo. Vaya a cambiarse ese traje por uno de calle, el más presentable que posea y véngase conmigo a casa de doña Efigenia. Por el trayecto le iré indicando las palabras técnicas que necesite emplear.

Jaque de caballo. La reina estaba acorralada y rendida ya.

No era demencia propiamente, sino total desprendimiento de todo, profunda amargura de un infortunio no más merecido que otras suertes mejores. ¿Cuántas serían las que habrían batallado más que ella antes de rendirse? ¿Cuántas las que se habían atrevido a tirar su honor a la calle para que algún delito no se quedase sin castigo? El mismo Nicanor, con toda su rectitud, ¿por qué prefirió el suicidio?... Definitivo derrumbamiento de un alma que ni siquiera al olvido de la beatería quería ya refugiarse. Rezaba en silencio en el rincón de su cuarto, todo el día, ni delante de imágenes ya y se había consumido hasta la completa desaparición de la Efigenia culpable. Era una viejecita triste que rezaba y rezaba, acurrucada en un rincón.

—Doña Efigenia... Doña Efigenia...

—¿Ah?... ¡Ah, doctor Daza! ¿Es usted?

—Sí, doña Efigenia. Soy yo. Que es necesario que usted otorgue sus poderes para todo lo concerniente a la mejor administración de sus bienes y de los que ha

heredado de don Nicanor. Ya es tiempo de que nombre su apoderado... Doña Efigegnia...

—Sí, doctor Daza. Lo estoy oyendo.

—Aquí le traigo un colega, el doctor Magarata. ¿No es usted doctor, Magarata?

—En leyes, sí —respondió "Viruticas"— atragantándose, pero ya sin poderse sacudir la dominación de Daza.

—Se lo recomiendo mucho —prosiguió el dominador.— Puede usted otorgarle sus poderes... Doña Efigenia... Doña Efigenia.

—Sí, doctor. Sí.

—Bien —dijo Daza, aprovechando aquella afirmación originada de alelamiento.— Ahí en el corredor están el señor Juez y su Secretario. El Tribunal ante el cual debe usted hacer el debido otorgamiento. ¿Me permite que los pase acá, a su habitación, para que ni siquiera saliendo de ella al corredor rompa usted las fórmulas de su duelo?... ¿Verdad que sí?... Enseguida voy.

Y ante el tribunal allí constituído y con todos los requisitos legales, así le fué arrebatada a la abolida voluntad de Efigenia la firma del amplio poder otorgado al doctor Carlos Luis Maragata, Abogado de la República.

—¡Bonita letra la suya, doña Efigenia!— Exclamó Daza, así que ella la hubo estampado donde se le pedía— Clara, perfectamente inteligible! ¡Inconfundible!

Se despidieron, después de haberse marchado el Juez y su Secretario —instrumentos de Daza, naturalmente— y cuando iban por el zaguán, al paso menudito de Basilio la enormidad de Carlos Luis Maragata, éste comenzó a convertirse todo en viruticas: ojos lacrimosos y voz casi gimiente:

—¿Qué se propone usted con esto, doctor Daza?

—¡Shss!

—¡Doctor Daza!

—Ande, ande. No se detenga. Usted me pertenece ya... doctor Maragata.

CAMBIO DE PIEZAS

—¡Mi admirable General de siempre!... ¿Pero, que le está ocurriendo, mi querido jefe? Lo encuentro un poco ojerudo, un poco... ¡General, General, mire que tantas amigas!...

—Doctor Daza, despáchese pronto. Mire que me encuentra usted, digo yo, con muy pocas ganas de recibir visitas.

—No, General. Eso tiene que admitir una excepción: la visita de un antiguo y fiel servidor suyo, que viene a darle una demostración más de su consecuencia y su lealtad.

—Despáchese pronto, doctor Daza. No más le digo.

—¡Ya, ya! Le trajeron la noticia, ya se ve. Un nuevo triunfo de Parmenión: Marcos Roger en sus filas. El hombre puro y recto que no quiso entenderse nunca con el General Guaviare...

—¡Doctor Daza! Déjeme tranquilo. Parmenión es un traidor y usted está de acuerdo con él. No más le digo.

Daza estaba fumando y ahora contemplaba en silencio las volutas de humo que se espacían por el aire. Guaviare lo miró y luego le dijo:

—Deme un cigarrillo.

—¡Oh! Perdón. No se lo ofrecí porque, como usted no fuma sino tabacos y muy de cuando en cuando. Pero no son criollos, General.

—No importa. A extranjeros también les doy candela yo. Si no que se lo pregunten al doctor Smith. Si es que pueden.

—No diga eso, General. Ni en la mayor intimidad.

—Repítalo usted, si se atreve. ¿Cree que terminé con "Comemuerto" por miedo a las complicaciones que por él pudieran sobrevenirme?

Y Daza, sin responder y sin inmutarse:

—General. En esa mencionada ocasión creo haberle dicho que, según mi parecer, cuesta poco trabajo ser valiente. ¿Lo recuerda usted? Pues ahora voy a decirle que, aunque sí cuesta mucho trabajo no ser temerario

cuando se es valiente, como lo es usted, a usted tiene que serle fácil. Porque ya es axiomático que dominio soberano sobre los demás, como el que usted ha ejercido y puede y debe seguir ejerciendo, implica y significa absoluto dominio de sí mismo.

—¿Y todo eso, a qué viene?

—Ya se lo he dicho: a darle una demostración más de mi consecuencia y mi lealtad. Adelántesele a la combinación Parmenión - Roger. Devuélvale el río a la ciudad.

Se levantó Guaviare de la hamaca donde recibía la indeseable visita y dió unos pasos por la habitación hasta detenerse ante un mueble, del cual sacó una canana con dos revólveres y mostrándosela a Daza explicó:

—Mire lo que tenía preparado para llevárselo al pueblo esta misma tarde.

—Lo que tenía, ha dicho, afortunadamente.

—Lo que tengo. Y ya en la mano.

—No, General, no. Eso sería arrebato de matón, nana más. Usted es otra cosa.

Guaviare lo miró en silencio desde allá, con la canana entre las manos. Luego volvió a guardarla donde lo estaba y vino hacia el interlocutor que no le había correspondido aquella mirada, por dedicar la suya a la contemplación de las volutas del cigarrillo. Se le plantó por delante, interpelándolo:

—¿Doctor Daza, qué se ha imaginado que soy yo y qué es usted y qué somos los dos?

A lo que Daza, sin alterarse:

—Dos hombres que ya tienen una suerte común. Dos hombres a quienes habrá que pedirles cuentas, conjuntamente.

—¿Cuentas de qué?... Respóndame.

—General Guaviare, déjele eso de la hipocresía a Parmenión, que con otras armas no puede valerse y defenderse. No dilapide el supremo don de la naturaleza en usted, cambiándolo por la infelicidad de la hipocresía. A usted le molesta que un hombre de las condiciones del doctor Marcos Roger, no haya querido colaborar con usted, que por lo contrario lo haya atacado, y ahora vaya a

prestarle colaboración a Parmenión. Déjelo hacer, que en su culpa tendrá su castigo. A Marcos Roger lo hubiera estimado usted en lo que vale, porque usted es generoso y no le amargan la vida méritos de otros hombres; porque usted se siente a sí mismo tal como es y totalmente y sabe que nada ajeno le hace falta para ser una plenitud de hombre; mientras que Parmenión no puede perdonarle a nadie que algo valga y tratará siempre de humillar a sus amigos y de demostrar que para nada sirven. Eso tendrá que ocurrirle al doctor Marcos Roger y será su mayor castigo.

Se quedó mirándolo Guaviare un buen rato en silencio. El pensamiento discursivo de Basilio Daza lo había obligado a poner el suyo en movimiento para seguírselo y esto ya lo había desplazado de sí mismo al sacarlo de una idea fija en procedimiento simple: presentarse en el pueblo y caer a tiros con aquellos dos revólveres. Por otra parte, las palabras de Daza contenían un elogio de su persona —no quiso pensar que fueran lisonja, como siempre lo había hecho respecto a elogios que se la tributaran— y todo esto concluyó por desarmarle el coraje.

—Tiene usted razón. Parmenión no es sino un hipócrita. Pero se enredará en sus propias hipocresías y entonces será cuando le caeré encima. Cuando se crea más fuerte. Cuando lo sea de veras.

Y volvió a meterse en la hamaca, para agregar desde allí:

—Pero eso de devolverle el río a la ciudad no me parece sino hipocresía también y no lo haré. Que me lo quiten, si es que pueden. A mí ninguna falta me hace, pero... ¡Que me lo quiten!

—Poca cosa perdería *Sabana del Muerto* —dijo Daza, ya entrando en lo a qué venía—; pero como indudablemente menos valdrá cuando ya todo el río no lo atraviese, un cambio de esta posesión por otras que mucho más valgan, sería un golpe maestro.

—¿Por cuales, por ejemplo? —preguntó Guaviare, ya interesándose.

—Por *Rinconada* y *Floramarilla*. Doña Efigenia le hace el cambio.

—¿Sí?

—¡Claro que sí!

Y le refirió lo que de Efigenia ya había logrado: Maragata, instrumento suyo, apoderado de ella.

—¡Ah doctor Daza! —celebró el cacique.— Hombre de letra menuda.

—Hombre de suerte apersogada con la de usted.

—¿Se arrepiente del apersogo?

—No estaría aquí, sino junto a Parmenión.

—Es verdad. Pero no es bueno que se aparte por completo. Péguese al lado y trate de inspirarle confianza.

—Así continuaré haciéndolo.

—Bueno. Lo del cambio, aceptado. Dele curso a la operación desde mañana mismo, que para eso ya tiene usted mis poderes. Así, en todo caso, no será a Hermenegildo Guaviare a quien le quiten el río.

Momentos después, de regreso a la ciudad, iba diciéndose Basilio Daza:

—¡Qué fácil! ¡Qué fácil es jugar con ellos! En el ajedrez verdadero no se divierte uno tanto, dando jaques y cambiando piezas, ¡Y nada menos que jaque al rey vengo a dar!

Y luego, en otros planos de invitaciones del camino solitario a decir lo que se va pensando:

—Se acabó el General Guaviare. El hartazgo de poder les produce delirio de soledad. Creen valerse por sí solos y ellos mismos se desarman y se pierden... Vamos ahora a formar al General Parmenión. Mientras la tierra siga produciéndolos, adelante con ellos.

DON ALIRIO QUERREQUERRE

Era el mismo razonamiento que se había hecho Marcos Roger, opuestos los puntos de partida y los fines perseguidos. empero los de contacto bastaron para que don Alirio desplegase la bandera de la indignación difamatoria y a ella se acogiesen muchos.

Un viejo de barba esponjosa, toda blanca si gran parte de ella no se la hubiera puesto rojiza la nicotina del tabaco pestífero que no se quitaba de la boca; todo vidrio de grandes antiparras negras, de frente y a ambos lados, lo que sin ellas serían ojos irritadizos y pitarrosos. Tenía un nombre dulce y suave, pero como era todo lo contrario dábanle por patronímico el Querrequerre, onomatopéyico del graznido del pájaro indomesticable que así se le llama y muere de rabia si se le enjaula .

Pero, sin embargo, don Alirio vivía enjaulado, dentro de su casa todo el tiempo, a la ventana de gruesos barrotes de madera todo el día. Porque era recalcitrante en grado sumo, no admitía que pudiese haber virtud de hombre comparable a la suya y por no transigir de ninguna manera con la inmoralidad política reinante se había dado la casa por cárcel y de allí no salía hacía varios años. Pero no se quitaba de la ventana mientras por la calle pudiese haber transeuntes, para que todos diesen constancia de que Alirio Méndez vivía y estaba allí, viéndolo todo.

Y vió que Marcos Roger iba con Parmenión por la calle real del pueblo, a plena luz del día.

Se quitó de la ventana, pidió su ropa de salir, con años y años de descanso dentro del armario..

—¡Ay, Alirio! —gimió la mujer. —Pero si ya esos paltolevitas no se usan. Además, casi todo se lo han camido las trazas.

—Pues lo que quede me lo pongo. A mí se me dan tres bledos.

—¿Tres pitos querrás decir, Alirio? —se atrevió a averiguar la anciana esposa.

Pero además de atreverse a replicar había empleado

una persona del futuro del verbo querer y esto no podía tolerarlo don Alirio Querrequerre.

—¡Tres pitos o tres bledos o tres ca...nijos!

—¡Alirio, por Dios! Ven, ven. Ven para que te pongas tu paltolevita. Aunque ya no se usen, tampoco.

—Yo tampoco me uso. Yo no soy de este tiempo podrido. Pero voy a echarme a la calle, con mi paltolevita de antes y mi alma de antes y mi virtud y mi dignidad de siempre, para llegarme hasta la plaza principal y pararme en el centro de ella, a gritar, con mi voz de ahora que es una voz de antes: —¡Acabo de ver al incorruptible doctor Marcos Roger, partiendo un confite con Parmenión por el medio de la calle real!— Iban por la acera, pero yo los tiraré al medio de la calle, por donde arrastra el viento las basuras.

Y sobre poco más o menos así continuó mientras se vestía con su ropa de antes y sus botines de antes, pero con su sombrero de todos los días, uno de fieltro negro que siempre tenía puesto, en la diaria exhibición de su persona a la ventana. Y así se echó a la calle.

—¡Don Alirio! ¿Usted en la calle? —exclamaban y se preguntaban todos los que se lo tropezaban.

—¡Sí! ¡Yo mismo! Pero no como el incorruptible Marcos Roger, partiendo un confite con Parmenión, por donde ruedan las demás basuras que el viento arrastra.

—¿Qué me cuenta?

—El Evangelio de San Marcos. ¡El del león!

Y seguía, con su ropa desusada y taraceada y su virtud estruendosa, esparciendo el escándalo.

—¿Eh? Tú.

Era Velarde, a quien no conocía personalmente, pero cuya amistad con Roger no ignoraba. Lo increpaba desde la acera, ante una de las puertas de la tienda e insistía en tutearlo.

—¿Has mandado a comprar ya el desinfectante para desinfectar tu refugio?

Pero como Velarde no salía de su asombro ni de la incomprensión de aquella invectiva, agregó:

—Acabo de ver a tu amigote.

Y repitió lo del confite y el medio de la calle.

—Don Alirio —comenzó a replicar Velarde, pero de allí no pasó.

Ni más le hubiera oído tampoco don Alirio, porque ya iba calle abajo hacia la capillita del Rosario.

Lo encontró en la sacristía, disponiéndose a guardar las vestiduras con que acababa de celebrar una misa de difuntos. Lo interpeló sin saludarlo, desde el umbral de la puerta que comunicaba con el presbiterio de la capilla:

—¿Por el amigo muerto, Padre Romero?

Se volvió éste y a la extrañeza de la pregunta se le añadió la sorpresa de la inesperada visión. Luego pudo formular:

—¿De qué amigo mío sabe usted que haya muerto, don Alirio?

—Moralmente.

Y refirió una vez más el insólito y escandaloso acontecimiento, concluyendo:

—¡El virtuoso, el incorruptible!

El Padre Romero había contraído el ceño y se había llevado la mano al pecho con expresión dolorosa; pero ya reaccionaba:

—Para exigirle virtud a alguien, don Alirio, es necesario poseerla mayor o igual, por lo menos.

—La virtud de Alirio Méndez puede permitirse esas exigencias, Padre Romero.

Vino éste a reunírsele y cuando ya lo tenía al alcance de la mano, poniéndosela en el hombro le replicó:

—Alirio Querrequerre no es sino un viejo gruñón.

—¡Cómo!

—Bastante holgazán, además, puesto que no vive sino de lo que su buena mujer logra procurarse entre sus amigas.

—¡Padre Romero!

—Ya, ya, ya... Ya está dicho todo y nada retiro, porque todo no es sino una parte de la verdad. De modo que si no quiere oírme el resto, lárguese ya.

Pero lo dejó preguntándose:

—¿Será posible que Marcos Roger se nos haya pasa-

do al enemigo natural?... ¿Era eso lo que el domingo nos anunció?

Don Alirio iba ya lejos, porque llevaba prisas y al pasar frente a la iglesia del Dulce Nombre —una de las más antiguas de la población, con altozano enladrillado y pequeña plaza por delante, a la que le formaban rincón apacible viejas casas, abandonadas de sus dueños casi todas— no le impidieron sus gafas descubrir que entre las señoras que acababan de salir del templo y en el altozano se entretenían conversando en varios grupos, estaba la mismísima doña Rosa de Roger, madre de Marcos, y allá se encaminó a esparcir el escándalo en lo más recoleto del pueblo.

—¿Qué te parece, María de Jesús?... El incorruptible Marcos Roger...

Doña Rosa hablaba con otra María de Jesús, a la que decíanle Jesusita, de sus mismos años, buenísima mujerona de su deber cumplido, como ella, pero con varios hijos bien levantados que ya la habían hecho abuela de numerosos nietos, risueña y amiga también de ocurrencias festivas. Fué Jesusita quien oyó la alusión y dirigiéndose a Rosa, pero atendiendo a lo otro:

—¿Qué está diciendo de tu muchacho ese mamarracho?

Atendió doña Rosa y se enteró de todo, pero enseguida le acudió su ocurrencia.

—Déjalo de mi cuenta —díjole a Jesusita.— Aguárdame aquí.

Eran unos muchachos del pueblo que estaban reunidos en el altozano, esperando un bautizo de que habían tenido noticia por los monaguillos, para pedirles su medio al padrino.

—Oigan —díjoles doña Rosa, haciéndoles reunirse en torno suyo.— Ya el bautizó terminó y ese es el padrino. Don Alirio Querrequerre, que tiene mucho dinero, pero es muy tacaño. Anden a pedirle su medio y no lo desamparen hasta que se los dé. Ese de la levita verde botella.

Y comenzó el coro de los pedigüeños:

—¡Mi medio, padrino! ¡Mi medio, padrino pelón!...

Se les encaró don Alirio, ya todo enfurecido:

—¡Qué medio ni que ocho ca...nijos!

—¡Don Alirio, por Dios! —exclamó la María de Jesus que le había escuchado el cuento y lo dejó solo.

Don Alirio partió de estampía, pero los muchachos se le fueron detrás y ya otros venían corriendo de acá y de allá a incorporárseles, todos gritando:

—¡Mi medio! ¡Mi medio, padrino pelón!

Doña Rosa se despidió de Jesusita cuando ya no podían reir más y se dirigió a su casa.

En el recibimiento del corredor de entrada estaba ya el Padre Romero, esperando.

—Padre. Si yo hubiera sabido que estaba usted aquí, no me habría tardado tanto.

—No es a usted, doña Rosa, a quien espero; sino a Marcos, que tampoco está en casa, pero de aquí no me voy hasta que hable con él.

—Ya me imagino, ya. Pero usted no va a esperarlo. Va a conversar un rato conmigo y luego se regresará tranquilo a su casa. No es concebible que en un hombre de las condiciones de usted, cunda el escándalo de un Alirio Querrequerre.

—Es que llueve sobre mojado, querida amiga. El domingo, Marcos me dejó intranquilo y ahora no hago sino preguntarme, hace rato, ¿cómo es posible que toda una vida de rectitud y de dignidad se tire de pronto a la calle, así como así?

—Venga acá, Padre Romero, y dígame: ¿Hasta cuándo van a estar, usted y Marcos, revoloteando y persiguiéndose sobre los copitos, como los murciélagos? No es muy agradable la comparación, pero no me refiero a sus balandranes —que tienen todo mi respeto— sino a esas preocupaciones de por allá arribota, sobre los copitos, como ya dije.

—¿A preocupaciones espirituales, doña Rosa, se refiere usted?

—Sí, sí.

—¿Y las llama "de por allá arribota", despectivamente?

—Sí. ¿Por qué no? A nuestros espíritus Dios les puso un par de piernas con sus respectivos pies, más o menos sucios, a cada uno, para que nos asentáramos sobre la tierra. Es aquí abajo, Padre Romero, al ras del suelo, donde hay que arreglar las cosas que anden mal o no anden de ningún modo.

—No me sorprende que así hable la madre del hombre del tiempo, como se me ha llamado el mismo Marcos una vez.

—¡Claro! Puesto que yo no soy la madre del hijo de Dios, sino del hijo del hombre que conmigo se casó. Ese hijo mío está empeñado otra vez en que el río vuelva o correr por acá y si es Parmenión el instrumento que puede manejar para lograrlo —y esa flauta no suena si no se la sopla con maña— pues que lo haga.

—¿La honradez al servicio de la bribonada, doña Rosa?

—Bájate, murciélago. La bribonada al servicio de la honradez. ¿Ya no es algo, Padre Romero?

—¡Doña Rosa!

—¡Shs! Aguarde, aguarde. Escuche.

Era por el alboroto callejero que venía acercándose:

—¡Mi medio, mi medio, padrino pelón!

—Ya va de retirada para su casa —dijo doña Rosa y luego le refirió al Padre Romero aquella ocurrencia que había tenido, de ahogar el escándalo que don Alirio se había propuesto esparcir por el pueblo, con una rechifla de muchedumbre callejera.

Rió a su vez el Padre y admitió:

—¡Mágnífica idea, doña Rosa! Y la ha logrado plenamente, porque parece que no se ha quedado muchacho en el pueblo sin ponerse a su servicio. ¡Jé, jé, jé!

—Bien —dijo doña Rosa. —Recuerde ahora aquello de: "cuando veas la barba de tu vecino ardiendo"...

—¿Me amenaza con convertirme también en padrino pelón?

—Si se me pone con Marcos muy Alirio Querrequerre, tendrá también su merecido.

—¡Jó, jó, jó! —rió el Padre.— ¡Esta doña Rosa! Me marcho ya, porque es muy capaz de echarme la muchachada encima.

Y mientras atravesaba el zaguán, él también a coro con el alboroto callejero:

—¡Mi medio! ¡Mi medio, padrino pelón!

III

PURO Y LIB

FUE en el pasaje en que Kolesnikov, en colé
arrebato de su extraño carácter, le decía a Sacha:—
no eres puro como un angel, si tienes algo que te ate,
te, renuncia, te lo suplico".

Martín Campos había interrumpido la lectura p
mirar a Elio y así también lo hicieron todos los qu
oían, profundamente interesados en la apasionante n
la.

Pero Martín Campos, el único que, por haberse
do ya toda la novela, podía dar la explicación, sumam
pálido se limitó a producir aquella característica son
suya de boca apretada —nada burlona, esto era evi
te— y volviendo al libro señaló el margen de la frase
dicaba con una enérgica raya grabada por la uña d
pulgar derecho y continuó la lectura.

Sin embargo, Elio Monegas había comprendido y
do se le había vuelto lucidez y serenidad dentro de sí
mo desde un principio. No era cierto que su castidad,
mo se lo había dado a entender el tío Mariano, su in
cible repugnancia del placer de la carne, fuese caus
su timidez y de su incertidumbre de sí mismo. Allí d
de estar, por lo contrario, su fuerza mayor y de m
calidad, puesto que en ella vieron sus compañeros —
tín, especialmente, en cuya espiritual predestinación
obra noble que el singular Kolesnikov vió en Sacha el
ro.

Desde aquel día, por añadidura, ya ninguno de
compañeros volvió a darle bromas pesadas ni a po

en situaciones difíciles por causa de su castidad, sino que se la admiraban e incluso los que la habían perdido se la envidiaban. Cierto que por haber quedado todos bajo la influencia de la poderosa creación del novelista ruso, pero de todos modos era un signo de elección que Martín Campos había descubierto en él. Del personaje de la novela ya conocía el destino tremendo, entre sus compañeros él era Sacha —jugando todos a vivir la ficción apasionante— pero en el fondo de su alma ya había aceptado la obligación trascendental..

"Si tienes algo que te ate...

Sí, tenía algo que de una manera especial quería atarlo. Su madre, sus hermanitos, Mariano, su padre mismo, con todo lo que de él lo distanciaba espiritualmente, eran lazos, aunque formados por otras voluntades contra las que se podía o no reaccionar; pero Filomena era una irresistible disposición de la suya propia a vincularse definitivamente, irresistible y sin embargo no comenzaba a realizarse de ninguna manera.

Una muchachita en la flor de los quince más interesante que graciosa, no bonita y sin embargo cautivadora. A veces, un temperamento avasallador y frío hasta los extremos del egoísmo absoluto; a veces un encanto de dulzura y suavidad. La nariz enérgica, los ojos sonrientes, algo desdeñoso en la expresión habitual de la boca y al mismo tiempo la criatura más dispuesta a compartir con sus compañeros las pequeñas o grandes preocupaciones de éstas, tomándoselas a pecho y nadie más expresiva en la atención que a toda persona dedicaba, sin distingos de clases sociales. Era rubia, pero tenía los ojos negros.

—Filomena Rompecabezas —la llamaba Martín Campos, de quien era prima hermana.

Y acostumbraba darle bromas a Elio, cuyo amor por ella conocía, palpándole la cabeza y preguntándole:

—¿Todavía no te la han roto por completo? ¿Cuándo te decides a descifrar ese enigma?

Eran amores platónicos, de las más perfecta y delicada especie. La veía en el color de las nubes, ciertas tar-

des; la veía en el canto de algunos pájaros, especialmente en el melancólico silbo del saucé, entre la hierba de los campos solitarios, cuando se estaba poniendo el sol.

—¿En qué se le parece? —le preguntó una vez Martín Campos, a quien le había hecho esta confidencia.— Si Filomena Rompecabezas es de los menos saucé que yo he escuchado en mi vida. De lo menos melancólico, quiere decir.

En realidad, a ella misma le veía poco y sólo le oía la risa burlona, porque él no se atrevía a acercársele. Pero un día se amanece todo convertido en decisión, procura un encuentro con ella en la casa de Martín, quien a ello se presta complacido y se encara con el gracioso enigma diciéndole:

—Filomena. Yo estaba enamorado de tí.

—¿Qué me cuentas, chico? ¡Pero si eso lo sabía todo el mundo!

—¿Tú también? —le interroga, sosteniéndole la mirada.

—¡Claro que sí!

El continúa mirándola y se dice mentalmente, por el tono de alegre franqueza de aquella voz:

—Tiene razón Martín. Lo menos saucé del mundo.

Y luego:

—Pues sí. Pero ya no lo estoy.

—¡Qué lástima, chico! No sabes lo que te pierdes.

—¡Filomena! ¿Por qué dices así, Filomena Rompecabezas?

—Porque es lo menos que se le puede responder a un joven que venga a contarle a una que ya no está enamorado de ella. Sin que esté preguntándoselo, por cierto.

—Tienes razón. Pero la timidez no me dejaba.

—¿Y cuando te deja ya no te provoca? Mira que será a tí a quien habrá que llamar: Elio Rompecabezas.

—Eso era yo para mí mismo. Me buscaba y no me encontraba.

—Te felicito, entonces, por el hallazgo.

—Filomena...

—¿Qué, chico?

—¿Recordarás esto más adelante? ¿Lo conservarás en tu corazón?

—¡Hum! No me pongas crucigramas, chico.

Y llamando al primo, que por allí estaba a prudente distancia:

—Martín.

—¿Qué pasa? —preguntó por allá el interpelado.— ¿Le está sangrando mucho a Elio la cabeza?

—No. Pero llévatelo, de todos modos, porque me parece que necesita que lo saquen a coger aire.

Salieron a la calle y Martín le preguntó:

—¿Qué?

—Todo como era debido —respondió Elio, sin aleteo de labio, sin nada que demostrase desajuste interiores.— Me declaré, para que no me quedaran dudas de que me lo impidiera la timidez y enseguida rompí con ella. Ya no tengo nada que me ate.

Martín Campos se detuvo, se le plantó por delante, le tendió la mano y estrechando la de él, solemnemente, mientras lo miraba a los ojos, díjole, con palabras emocionadas:

—Yo lo esperaba. Puro y libre, como te necesita la revolución.

Una de esas estupendas cosas ingenuas de las crisis de la adolescencia. Pero también algo más.

Que se respiraba con el cálido aire que envolvía el pueblo, que hacía decir a cada rato, aquí y allá:

—Esto no puede continuar así.

La opresión y el oprobio, el insoportable reinado de la iniquidad política a que todo un pueblo venía sometido, años y años. Basilio Daza, que tenía ojo zahorí para aquella especie de señales del tiempo y por otra parte no podía consentir que la influencia del doctor Marcos Roger se hiciese exclusiva en el ánimo de Parmenión, le dijo a éste:

—¿Qué espera, General? Están corriendo horas sumamente peligrosas para usted. Hágalas suyas enseguida. si no quiere que se le tornen contrarias. Decrete la recuperación del río mañana mismo.

Y Parmenión, a quien nadie podía adelantársele porque le sobraban mañas para anotarse iniciativas, sacando una hoja de papel de una de las gavetas del escritorio, repuso:

—Hoy mismo, doctor Daza. Cuando otro viene, ya voy yo de regreso. Aquí está escrito en el papel, hace días y mañana saldrá en el periódico.

Lo de que ya estuviese escrito, era cierto —y redactado por Marcos Roger— pero lo de que se daría al público al día siguiente, fué entonces cuando vino a decidirlo. De todos modos así amaneció al día siguiente la noticia en las calles de la población. Parmenión Manuel le devolvía a la ciudad su río. Parmenión Manuel reaccionaba contra Hermenegildo Guaviare.

Era el día fijado para el matrimonio de Mariano Urquiza con Marta Elena Vilardelín. La ceremonia, tanto en lo civil como en lo eclesiástico, se efectuaría en la casa del colegio, en horas de la mañana y aún no habían llegado doña Rosa y Marcos Roger, que figuraban entre los testigos del primero de aquellos actos, pero ya estaban allí, adelantados y con muestras de impaciencia, el Presidente y el Secretario del Concejo Municipal.

—¿Y si prescindiéramos de esos testigos, doctor Urza? Figuran otros y con ellos basta.

—No, señor Presidente. Yo tengo especial interés en doña Rosa y el doctor Roger suscriban esa acta.

—¡Caramba, caramba!

—Además, no es todavía la hora convenida —añadió Urquiza.— Por lo cual no han llegado ellos

—Sí, sí. Pero una sesión solemne del Concejo... Y va a ser hora.

Y se metía y se pasaba el índice derecho entre duro lo de la camisa y los flácidos tejidos del suyo propio, o para aflojarse lazo de soga que ya estuviese ahordolo, mientras el Secretario consultaba el reloj y hamovimientos de hombros y cabeza y visajes revelado- la profunda contrariedad que le causaba la falta de tualidad en la hora, destinada a memorable, de aquesesión solemne.

Llegaron, por fin, doña Rosa y Marcos Roger; de a y comiéndose la mitad de las palabras leyó el Sario los artículos pertinentes del Código Civil y el acdel matrimonio; efectuóse luego la ceremonia del ecletico ante el Padre Romero y así quedó unido Mariano uiza a aquella mujer que sin duda venía a compensaru carencia de entusiasmo generosos, porque bajo su irable serenidad, compostura de su belleza guardaba das e inagotables reservas de fe y esperanza en la dad humana.

El traje de novia la había embellecido más y la grade las Misifú, sentadas a sus pies, lindas y confiadas. ñadía majestad de virgen y madre.

De suya le hacía las veces, para las conveniencias ales, doña Rosa de Roger. Panchita de Monegas estacontentísima, porque ya Mariano empezaría a tener hijos y a todo el mundo se lo manifestaba. Ramitos oza se había encargado de la confección del obsequio daba de aquí para allá diciendo que aquel matrimonio obra suya. Estaba Filomena Rompecabezas, junto otras amiguitas de su edad, pero casi no se entrete-

nía con ellas por contemplar a Marta Elena, exclamando.

—¡Qué maravilla, qué maravilla!

El Padre Romero estuvo aquí unos momentos y luego se fué; pero enseguida volvió, con muestras de ánimo excitado, a punto de estallar.

Marcos Roger evitaba su compañía y procuraba estar solo. Anterito había entrado y salido tres veces y también daba muestras de inquietud. Los alumnos del colegio, el larguirucho Martín Campos descollando en el grupo, se mantenía aparte.

Al principio estuvieron reunidos con las amiguitas de Filomena, de aquí para allá y Pereirita dándoles tute a todas; pero a la segunda entrada de Anterito algo le oyó decir Martín Campos y enseguida congregó a sus compañeros, comunicándoles la novedad y allí estaban, inquietos, pero sin dispersarse, cuchicheando entre sí, menos Martín, que tenía apretada la boca y estaba sumamente pálido. Elio lo miraba de cuando en cuando y entonces él sonreía un poco.

—¡El bufé, el bufé! —anunció Ramitos Simoza.— Vengan, vengan, que se enfría el consomé. Los novios adelante.

Acudió la concurrencia al comedor, como rebaño recogido y arreado por la Simoza; pero allí se reprodujeron los aislamientos que ya venían observándose: el Padre Romero con Velarde; Roger por allá, solo; los alumnos del colegio más allá, mirando entre ratos a Marcos Roger, sin quitarle la vista el larguirucho, silencioso y pálido Martín.

Y en esto llegó Anterito una vez más. Le hizo una seña a Marcos Roger, llamándolo y cuando se le acercó se lo llevó al patio y le dijo:

—Lo que nos temíamos. Se reunió el Concejo y acaba de dictar un acuerdo dándole a Parmenión el título de Hijo Predilecto de la ciudad.

—Yo no me lo temía—repuso Roger. —Sino que lo esperaba, simplemente.

—No me salga usted ahora con vergüenzas. Ya esas las pasé yo ante mí mismo, cuando me decidí a tomar es-

to camino. El único que puede llevar a la realización de algún bien para el pueblo.

Y como se les acercaba el Padre Romero, Roger abandonó el patio y fué por su sombrero al saloncito contiguo al de clases, donde lo había dejado.

Pero hasta allí lo siguió el sacerdote, que no podía aguantarse más. Se le plantó en el umbral de la puerta y:

—Ya está cumplida tu obra, hombre del tiempo, —díjole, ira y dolor en la entonación de la voz.— Oye ahora el anatema del hombre de Dios: el pecado contra el ideal no tiene redención.

—Padre Romero —repuso Roger, buscando todavía su sombrero entre los que allí estaban— ni el sitio ni la ocasión son muy propicios para una disputa, por lo demás inútil.

—No me hables de ocasión mejor, que esta será la última de verte yo y de oirme tú. Oye las detonaciones de los cohetes y las campanas echadas al vuelo, celebrando la nueva iniquidad a que has dado motivo y lugar. El río volverá a correr por donde antes corrió, Parmenión lo ha decretado esta mañana y ahora el Concejo lo proclama Hijo Predilecto de la ciudad.

—Me da usted noticias que ya conocía.

—¡Claro que sí! Como todo eso ha sido obra tuya.

—¿Incluso el acuerdo del Concejo? ¿Se atreve usted a asegurarlo sin temor de incurrir en calumnia?

—Yo sé lo que te digo y tú me entiendes. Has contribuído a que prevalezca una mentira más sobre este pueblo, ya corrompido por el engaño de la iniquidad. Y esa es tu obra, óyemelo bien. Has contribuído a la corrupción del pueblo.

—No es culpa mía que en este pueblo todavía no se pueda lograr el bien cuando se busca por los caminos rectos. Por ellos lo busqué yo antes. Y hemos terminado.

—Nosotros sí, como amigos que éramos. Pero tu obra comienzo ahora. ¡Oyela!

—¿Va usted a cargarme también en cuenta esos repiques de campanas de un templo?

—Las de la capilla del Rosario no repicarán glorias

de Parmenión, sino que toda esta tarde doblarán a muerto. Por el hombre que fué uno de los pocos justos que en este pueblo había y ahora se ha pasado a la causa de la mentira y de la adulación desvergonzada. ¡De la iniquidad, en una palabra! Terminó Guaviare, pero hoy comienza Parmenión, el mismo mal con distinto nombre, y Parmenión será obra tuya, en la misma proporción que Guaviare lo fué de Basilio Daza. De la mano ya, en la historia de las desvergüenzas de este pueblo, tú y Basilio Daza! ¡Y te llamé mi amigo! ¡Claro está que hemos terminado ya, para siempre.

Y esto último lo dijo apartándose, con movimiento de evitar contaminación, de la puerta del saloncito al corredor por donde ya se marchaba Marcos Roger.

Estaban allí los alumnos del colegio y así que hubo salido Roger, Martín Campos miró a Elio y éste dijo:

—Vamos.

Y se echaron a la calle.

LA PROTESTA

La encabezaban ellos y los cartelones ponían:

"¡Atrás la mentira y la iniquidad! ¡No queremos que nos engañe más! ¡Abajo los aduladores!"

Era una voz reprimida hacía años, que por fin se aba a la calle. Era la juventud en marcha, los indife-tes y los remisos arrastrados por los decididos. Mar-ban en silencio, cumpliendo estrictamente la consigna Martín Campos, las bocas apretadas; las manos apu-las y hundidas en los bolsillos de los pantalones bien estos, pecho afuera y cabeza en alto; pero la lección de tura enérgica que iban dando los cartelones, despertó mero murmullos de media voz unánime entre la mul-id asomada a las puertas y ventanas y detenida en las ras al paso de la protesta y luego gritos valientes de ción bien aprendida:

"¡Abajo los aduladores! ¡Atrás la mentira y la ini-dad!

Cesaron los repiques de campanas, no estallaron más cohetes de la celebración del Hijo Predilecto y de las as embanderadas comenzaron a desaparecer los pabe-es tricolores que el Concejo Municipal había ordenado ar a las calles. Filomena Rompecabezas fué la prime-en quitar de su ventana la bandera nacional, la imita-las casas dentro de las cuales repercutía bien aque-voz de protesta, lo hicieron también en aquellas don-se albergaban la indiferencia y la apatía o las contra-das preferencias por Hermenegildo Guaviare y ya Par-nión se estaba quedando sin aquelas galas en el día de emancipación política de la tutela de su jefe y com-re.

Pero, asomado a una de las ventanas de la casa de ierno —dentro de la cual bullía la impaciencia san-naria de los matones de su espaldería— y revestido calma esperaba el paso de la protesta, para dar una nostración de menosprecio de muchachadas antes de strar mano de hierro con quienes más merecieren.

Se la llevaron allá, se la plantaron por delante para

que a regañadientes leyese lo que era ya voz de un pueblo y él leyó lo que estaba escrito en los carteles y movió afirmativamente la cabeza, mientras murmuraba, puesta su sonrisa de andar en público:

—¡Umjú! Eso no es conmigo. Eso es contra los concejales.

Pero miraba y rebuscaba entre la muchedumbre silenciosa que llenaba la plazuela.

Porque no podía creer que aquello fuese todo muchachada; porque sospechaba que allí anduviese metida mano de Hermenegildo Guaviare y necesitaba reconocerla enseguida. Y rebuscando así descubrió a Anterito Valdez.

Se quitó la sonrisa de pública exhibición, se retiró de la ventana y dió la orden:

—Prendan a Anterito Valdez. A los muchachos, disuélvanlos amenazándolos con plan de machete. Y si alguno quiere llevar, que lleve. Pero suavecito, suavecito.

Se precipitó a la plaza la avalancha de la violencia, sable desnudo en mano; se arremolinaron y huyeron los que todavía no estaban satisfaciendo allí sino curiosidad ante espectáculo insólito; pero la esperaron a pie firme los estudiantes, ofreciendo el pecho al atropello, apretados de varonil decisión los rostros imberbes, y varios sables alzados para amenazar vacilaron y se abatieron desmoralizados. Pero ya Anterito Valdez estaba preso y a empellones lo llevaban.

—¿Qué hacemos? — le preguntaron a Martín Campos varios de sus compañeros.

—¿Qué hacemos, Elio? —interrogó a su vez el interpelado.

Y Elio Monegas, aceptando una vez más la dirección del movimiento que Martín se empeñaba en cederle, sonrió y respondió:

—Seguirlos, sin alboroto. Compartir la suerte de Anterito Valdez. Entregarnos prisioneros, todos. Meternos en la policía si a él no lo ponen en libertad inmediatamente.

—Ya lo han oído —díjoles Martín Campos a los demás.

—Pero... — quiso protestar Pereirita, a quien no

le parecía aquella actitud todo lo enérgica que el caso requería.

—Ya está dicho — insistió Martín, interrumpiéndolo.— Entregarnos presos, todos.

Y así lo hicieron.

Era, aparentemente, otra muchachada, o cuando más una conducta originada de la incapacidad para la lucha verdadera del espíritu contemplativo de Elio Monegas; pero fué la mejor lección de aquel día. Cárceles y torturas bajo el Guaviare implacable habían producido la sumisión de todo un pueblo y cuando por evitarlas todo se soportaba y se admitía, un puñado de muchachos, yendo a ellas voluntariamente, desvanecen de golpe el espantajo del miedo.

Parmenión se rascó la cabeza:

—Esto sí no me está gustando.

Porque era ponerlo en trances de violencia extrema, superar lo de Guaviare que ya no metía miedo y para ello no tenía temperamento. "Suavecito, suavecito" era su modo natural de apretar y si cárceles no bastaban, a muertes no quería él que lo llevasen.

Cundió el ejemplo, la agitación se esparció por todo el pueblo, se amotinaron barriadas, durante dos días estuvieron cerradas las casas de comercio en señal de protesta y cuando amaneció el tercero, todavía Parmenión se rascaba la cabeza, —todas aquellas noches en vela en la casa de gobierno,— no sólo por la magnitud creciente e insospechada del movimiento, sino por no haber podido descubrir aún qué parte tendría Hermenegildo Guaviare en todo aquéllo o cuál era la mano de militar, —de cabecilla, a la manera de siempre,— que tenía que estar dirigiendo la insurrección. Para Parmenión Manuel, hechura de revueltas armadas, aquel movimiento popular producido por un gesto de estudiantes, mientras no lo viese desembocar en una alzamiento armado tras el General Zutano o el General Fulano, era cosa insólita y tremendamente inquietante.

Pero el comienzo mismo del tercer día le llevaron la noticia tranquilizadora:

—Todo el comercio está abierto.

Fué porque Basilio Daza les había dicho a los más fluyentes:

—Esto es un movimiento comunista, que viene c tra ustedes, especialmente.

Respiró con alivio, exclamando:

—¡Bueno! La gente de orden le da la espalda al r vimiento. Ya me lo había prometido el doctor Daza. ro tendrán que pagármela los agitadores. Si no quie estudiar, por estar politiqueando, los voy a poner a t bajar como peones.

Y dispuso la conducción de los estudiantes al lug donde habían de comenzarse, enseguida, las obras de l pieza del cauce del río.

FILOMENA ROMPECABEZAS

Así fué hecho, en la presencia del pueblo, dominado el alboroto callejero, a las ventanas las madres viéndolos pasar a pie por el medio de la calle entre un pelotón de soldados y ellos dándoles alientos:

—Aquí va tu muchacho converttido en hombre. Dale gracias a Dios.

Filomena Rompecabezas los saludó con sus mejores sonrisas y sus palabras más cálidas:

—¡Muy bien, Elio! ¡Así es, Pereirita! ¡Muy bien Martín!...

Y luego, en vez de meterse en su casa, desde cuya ventana la llamaba la madre, se encaminó resueltamente hacia la de gobierno, sacudiéndole el paso enérgico la rubia melena alborotada.

Entró, sin hacer caso de la guardia allí montada por los malencarados espaideros, subió precipitadamente la escalera y empujando a un lado al portero que quiso cerrarle el paso al despacho de Parmenión, allí se metió y plantándosele por delante:

—¡Muy bien, generalote! —le dijo.— Es usted muy guapo, muy valiente. Ha sacado su primera campaña con unos muchachos.

Parmenión se la quedó mirando y luego le preguntó, afablemente:

—¿Y tú quién eres, criatura?

—Filomena Rompecabezas.

—¿Rompecabezas? Pero eso no es un apellido.

—¡Quién lo dice! —exclamó ella.— Manuel tampoco es un apellido y usted lo lleva. Filomena Rompecabezas, novia de Elio Monegas, prima de Martín Campos. ¿Qué más quiere saber?

—El nombre de tu padre.

—¿Para meterlo en la cárcel? ¡Qué va, generalote! Mi papá murió y en mi casa no hay hombres. Hágame presa a mí, si se atreve.

—Que en tu casa no hay hombres, ya debí comprenderlo —dijo Parmenión.

Y Filomena, sin darle tiempo para más:

—Pero trate de meterse en ella para que vea como no sale vivo

—Anda, niña. Vete a tu casa y déjate de cosas impropias de una señorita decente.

—Sí. ¡Cómo no! Lo decente es lo que usted hace: mandar a unos jóvenes de buena familia a trabajar obligados en eso del río.

—Oye, niña. Voy a explicártelo. No es para castigarlos, aunque se lo merecen, sino para hacerles un bien que mañana me lo agradecerán, cuando sean hombres de orden y puedan decirles a sus hijos que ellos también trabajaron en las obras del río, que a ellos también se los deberá siempre la ciudad.

Soltó la risa Filomena:

—¡Cómo no! ¡Quién te oyera, generalote! Para meterte en el bolsillo lo que le deberías pagar a los trabajadores, poniéndolos a ellos de forzados.

—Basta, niña, basta.

—Pues no basta. Que todavía no te he dicho todo lo que te mereces, generalote.

Y estaba linda aquella tarde Filomena Rompecabezas.

TERCERA PARTE

I

AFLORAMIENTOS

CON todo joven comienza de algún modo el mundo. Ellos acababan de sacudir el letargo de un pueblo y esto, —para ellos— no había sucedido nunca.

Un subsuelo rocoso afloraba por allí, a trechos y bajo apariencias diversas: desordenado amontonamiento de peñascos de formas indescriptibles, aguzado picacho señero, un círculo de farallones en torno a una depresión, del terreno, un macizo redondeado en suaves declives, más alto que todo aquello otro y que cuando todo acabara de aflorar —si así fuese a suceder— sería la calva del monte empinado y tal vez la cumbre serena.

A Pereirita le afloraba al rostro toda la satisfacción de sí mismo; Elio parecía llevar el ánimo deprimido; Martín Campos iba solo adelante, erguida la cabeza, apretada la boca; los demás completaban el número e iban, simplemente, a donde los llevaban. Estaba cayendo la tarde y los conducía un pelotón de soldados.

Pereirita se emparejó con Martín Campos:

—¿Verdad, compañero, que aquello fué estupendo? ¡Todo el pueblo en la calle, todas las muchachas asomadas a las ventanas! ¿Te fijaste en Filomena Rompecabezas? Me gritó: —¡Así es, Pereirita!... ¿Estupendo, verdad?

—Pregúntaselo a Elio —respondió Martín Campos.

—No, chico. Elio es demasiado reflexivo y sabe demasiada historia. Me va a salir con que en tal parte, tal año, Fulano y Zutano hicieron lo mismo. Y eso no es ver-

dad, Martín. Esto empieza con nosotros. Convéncete de eso.

Martín Campos sonrió sin dejar de apretar la boca. ¿No sabía él, acaso, lo que con él empezaba?

Cambió la decoración panorámica, se quedaron atrás los afloramientos pintorescos y ahora fué monotonía de llanura salitrosa, con manchas muy verdes de vegetación rastrera aquí y allá. Uno de los soldados miraba a Elio con insistencia y le dirigía sonrisas. Era un negro a quien sus compañeros de armas apodaban "Cabo Pisao", por la repugnante chatura de la nariz, que así se la comparaban con uno de tabaco sobre el cual se hubiese puesto el pie.

Ya Elio iba molesto y Martín Campos, como se fijara en aquello, fué a colocarse junto al soldado irrespetuoso, a tiempo que, por el runrún de malicias que ya corría por todo el pelotón, vino el Sargento a amonestar:

—Déjese de vainas, "Cabo Pisao". Mire que el plan pué conmenzá a rozná por usté.

Y Pereirita tuvo que admitir que no todo era estupendo en aquellos comienzos.

Traspusieron una cadena de colinas de arena que limitaban la llanura salitrosa y cayeron a la costa del mar, a través de un espacio cubierto de plantas rastreras, alivio de la trabajosa marcha por el médano. Nunca habían ido por allí e incluso algunos no conocían el mar; pero en toda la anchura de éste reinaba un color plomizo, sombrío en el horizonte, de nieblas que flotaban sobre las aguas no obstante un viento recio que, sin disiparlas, sólo venía a componer desolación. Y se les metió adentro un tristeza inesperada.

Los condujeron a un edificio que había sido construído para aduana cuando por allí desembocaba el río y presentaba aspecto ruinoso, no siendo antiguo. Lo rodeaban corredores encimentados, a un medio metro de altura sobre el terreno, manchados y corroídos por la humedad salitrosa que también subía por las paredes, descalabrándolas. Estaba deshabitado y sin muebles y el

viento de la desolación entraba y salía por todas las puertas y ventanas abiertas.

—¡Alto! —ordenó el Capitán del pelotón escolta. Y luego a los prisioneros, que ya descenderían a la categoría de forzados: —Ya están en su casa. Pueden tomar posesión de ella.

—¡Gracias, Capitán! —repuso socarronamente Pereirita. —Es usted muy amable.

Y fueron a sentarse al borde de uno de los corredores, sobre cuyo húmedo pavimento luego se tendieron supinos, mientras el Capitán se alejaba un poco con su pelotón.

Cerca del destartalado caserón se alzaban unos uveros retorcidos por la garra del viento reinante, de manera especial, en aquella porción de la costa y por allí discurrían algunos soldados, libres ya de fusiles, mientras el Capitán conversaba con un sujeto de gafas negras y vestido blanco, cuando Pereirita se incorporó preguntándose:

—¿Qué se hicieron?... ¡Ah! Creí que se habían emboscado, para ver si nos resolvíamos a fugarnos y matarnos a mansalva.

—Ojalá —murmuró Martín Campos.

Y todos los demás se incorporaron a un mismo tiempo, preguntándole:

—¿Qué te pasa, Martín? ¿Por qué dices así?

—Por nada. Háganse el cargo de que no me lo han oído.

Se miraron unos a otros y volvieron a tenderse supinos, menos Elio, quien, poniéndose de pie, les dijo:

—Hacen mal en preocuparse tanto por una cosa que no tiene importancia. Yo estoy tranquilo y seguro de mí mismo. No hablemos más de esto y comportémonos como hombres, porque ya no somos muchachos.

Dicho lo cual se retiró a través del interior del caserón. Y Pereirita comenzó a cantar, con recuerdos de "Sachka Yegulev" y aire de una canción de la tierra:

Mi pequeño serbal, mi serbal verde.
Ahora si eres grande, mi verde serbal.

Pero Martín Campos no lo dejó continuar:

—Calla —díjole, sin cambiar de posición, boca arriba y cuan largo era, las manos cogidas sobre el pecho, la vista hacia lo alto, en ningún punto fija.

Y se produjeron las miradas de unos a otros interrogativamente.

Luego llegó el hombre de las gafas negras y el vestido blanco:

—Soy el jefe de los trabajos que ya se han abierto por aquí —díjoles.— Ya ustedes sabrán que vienen a ponerse a mis órdenes.

—Que venimos, no —repuso Pereirita, sin moverse— que nos traen y no es lo mismo.

Despedía fetidez de yodoformo aquel sujeto, que se había puesto a observarlos detenidamente, mientras ellos fingían no darse cuenta de su presencia y Pereirita, con servicio de su latín a sus malicias, murmuró:

—"Sifiliticum habemus".

Rieron todos, menos Martín Campos y el hombre de la peste y las gafas, yendo a pararse junto a Pereirita y mirándolo de pies a cabeza:

—¿Como que es mamadorcito de gallo el bachillercito?

—A ratos, nada más. Sin ser bachiller todavía.

Y fué entonces cuando Martín Campos rió a carcajada.

Fué el pestífero a repetir con él la inspección que había hecho sobre Pereirita, pero Martín —a cuyos pies se había detenido para la mirada de punta a punta— se incorporó sin apartársele y rozándolo casi le desarrolló hacia arriba toda su estatura, obligándolo a alzar los ojos, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón le clavó los suyos que expresaban resolución varonil.

Se incorporaron los demás, en expectativa y el hombre de las gafas dió por concluída su inspección diciendo:

—Bien. Ya sabemos a qué atenernos. Ahora, vengan

para que coman algo de lo que quedó del rancho de los peones.

—¡Eso es con nosotros! —exclamó Pereirita, poniéndose de pie.— Ahora sí somos voluntarios.

Y mientras se dirigían al uveral, uno dijo, refiriéndose a Martín Campos que no podía oírlo:

—Yo temía que se le estuviera enfriando el guarapo.

Y otro le repuso:

—Martín Campos es de raza de hombres templados. Mi viejo me ha contado cosas del padre de él, cuando lo tuvieron en la cárcel por política y donde murió maldiciendo a gritos a los que en ella lo habían metido.

Pero un tercero agregó:

—Sí. Pero no es el mismo Martín de esta mañana. Algo le está pasando.

Y Pereirita, finalmente:

—Yo sé lo que es. De lo que no debemos hablar más, como si no hubiera ocurrido.

—¡Ah! —hicieron todos a un tiempo.

Y Elio estaba ya en el uveral, donde los soldados comían del rancho sobrante a que se refiriera el hombre de las gafas, mirando fijamente al negro "Cabo Pisao", que se hacía el desentendido mientras engullía los frijoles que les habían servido.

—Vente —le dijo Martín, llevándoselo consigo.

Y uno de los soldados, al compañero desentendido:

—Como que te equivocaste con el muchacho, "Cabo Pisao". Esos son machitos todos.

Les dejaron náuseas los frijoles cocidos junto con sus gorgojos, aunque apenas los habían probado, los más de ellos; mas Pereirita se las contrarrestaba declarando:

—¡Exquisitos! ¡Tiempo hacía que no comía yo unos gorgojos tan sabrosos!

Por lo que repitió aquel soldado, de la observación al compañero de la repugnante chatura:

—¿No te lo dije? ¡Machitos todos!

Y se hizo la noche.

Aquel libro los había impresionado profundamente. A través de sus páginas se habían asomado por primera vez a uno de los espectáculos más apasionantes y dramáticos de la vida humana: la revolución; pero no como un episodio de la vida rusa, por la cual ya les había despertado curiosidad aquella casa de papel pintado que se construyó el forastero, sino como porción constitutiva de la existencia humana sobre la inmensa tierra; ni tampoco por el contenido ideológico de aquella revolución, que de ningún modo se les alcanzaba ni estaba vertido propiamente al libro, ni aun tanto por el contenido sentimental de la injusticia contra la cual se rebelaba, sino porque el protagonista era un joven de alma pura que tomó el camino del sacrificio, la juventud del mundo, personificada bajo un nombre, pero de la cual ellos formaban parte. No todos habían entendido el libro del mismo modo, pero todos se sentían de alguna manera representados en él y para incorporarse más a la ficción se habían distribuído entre sí los nombres de los personajes: Elio era Sacha; Martín, Kolesnikov...

Y allí estaban, ya de alguna manera en realidad semejante.

—¿Qué hacemos? —se preguntó Pereirita, cuando ya era noche cerrada y otra vez habían ido a tenderse sobre el húmedo pavimento de la Aduana.— ¿Cómo van a celebrar su primera noche revolucionaria en el campo los "Hermanos del Bosque"?

Pero tornó a manifestarse el extraño caso que estaba ocurriendo en Martín Campos.

—¿Dónde está el bosque?—replicó.

—En esos uveros podemos ponerlo —respondió Pereirita.

—Son quince. Los he contado. Ni una arboleda siquiera.

—¡Chico! ¿Qué está sucediéndote? No son más los

árboles de la placita del Dulce Nombre y allí estuvo el bosque varias noches —rearguyó Pereirita.

Y uno de apellido Frontado:

—¿Y en el patio de casa no estuvo también una noche, no habiendo sino dos pomagás? Precisamente cuando decidimos que Elio sería Sacha.

—Tonterías de allá. Aquí estamos durmiendo en el suelo pelado, por primera vez, porque en la policía siquiera nos permitieron colchones. Aquí empieza una cosa real y verdadera, de la cual sólo nos consta que hemos comido frijoles con gorgojos y que no nos esperan colchones ni almohadas.

—Dobla el saco y métetelo bajo la cabeza —intervino otro, de nombre Miguel Arenas.

—No me hace falta. Tengo dos manos que me las he puesto bajo la nuca y con eso me basta.

Y otro, llamado Simón Arapé:

—¿Luego no es: ¡ay! mi camita sabrosa y tan lejos que me la han puesto?

Martín Campos no respondió y Frontado dijo:

—Se nos trancó el hombre.

Y otro, por allá:

—Enguayabamiento llaman eso, en casa. Y dicen que se quita con: —¡Perdóneme, General Parmenión! Yo no he sido.

Rieron algunos, los más adictos a Pereirita; pero éste les hizo señas recomendatorias de no insistir en molestar a Martín y aquellos obedecieron y guardaron silencio.

Elio había ido a tumbarse en el corredor que daba al mar, cuyo rumor incesante llenaba la oscuridad profunda. Necesitaba estar solo, sin nada en torno que lo distrajese y hasta allí no llegaba la conversación de los otros.

Necesitaba quemar recuerdos de su infancia y los estaba arrojando a las hogueras de Sacha, el puro, que fué incendiario. Pero no era la revolución, ni lo que de ésta pudiese ser parte aquello en que se encontraban. Era él mismo, buscándose en su interior los puntos de partida de algo dominante en su naturaleza; sólo que no lo hacía sino a través del Sacha de la novela rusa a quien él correspondía en la ficción de ellos.

Y en la suplantación se iban quemando los sentimientos reprimidos, siendo este el monólogo interior:

—La madre de Sacha se esmeraba en que la limpieza y la belleza reinasen dentro de su casa. ¿Por qué le molestaría eso a Sacha, cuando por el contrario una casa sucia y fea y de mal gusto todo lo que en ella se tiene como adorno, es lo más insoportable de la vida?... Pero el padre de Sacha era un hombre pesado y vulgar, quizás tan pesado como papá... En la novela dice que el caballo del padre de Sacha... Pero eso no tiene importancia. Papá tiene una mula que lo carga encima, como si tal cosa. ¿Cómo podría la madre de Sacha... soportar —esa es la palabra— a aquel hombre?... "Sostener o llevar sobre sí una carga o peso", dice el diccionario. Me lo he aprendido de memoria... Tal vez el padre de Sacha, cuando tomaba a su mujer, no se preocupaba de que el hijo pudiese estar escuchando:

Pero en esto se oyó la voz de Martín Campos que gritaba:

—¡Quememos a Sacha Yegulev!

Elio se horrorizó de la coincidencia. ¿Acaso él habría formulado palabras, mientras en todo aquello pensaba, y las habría oído y entendido Martín Campos?

Se incorporó y exploró la oscuridad que lo envolvía. Martín no estaba por allí; fué en el corredor opuesto donde se había producido su voz. Seguramente allá se hablaba también de Sacha.

—¿También? —se pregunta.— No. No era él quien estaba aquí Era yo. ¿Por qué papá no tuvo nunca ese cuidado?

De allí provenía todo y ahora estaba por fin en presencia de la explicación de sí mismo. Lo substancial de su espíritu era la castidad, su virtud mejor y en la cual se complacía más: pero ahora acababa de descubrir que no le provenía de voluntad virtuosa, propiamente, sino de repudio al fondo de su mente de una impresión brutal que varias veces le había destrozado la sensibilidad de hijo y niño. Y de la castidad, por añadidura, le venían aquel aspecto y quizás modales también, que habían dado motivo hacía pocas horas a las repugnantes miradas y sonrisas de "Cabo Pisao".

Recordó las palabras de Mariano:

—Acaba con ella hoy mismo.

E incluso se explicó y comprendió aquella visible incomodidad en que su presencia ponía al tío de sus mayores afectos. Y lo desagravió en su pensamiento:

—No eran mezquindad y frialdad de corazón de tío Mariano

Se levantó del húmedo suelo y fué a reunirse con los compañeros. Ya no tenía por qué buscar la soledad.

Allí Martín Campos, paseándose por el corredor de un extremo a otro, desarrollaba el pensamiento de donde le había brotado aquel grito intempestivo.

—Sí. Ya es tiempo de quemar a Sacha Yegulev. Aquí estamos nosotros, en una cosa real. Hemos protestado contra Parmenión, hemos sacado a la calle unos carteles que decían esto y aquello, nada más que eso, y ahora Parmenión nos la cobra convirtiéndonos en trabajadores forzados de una obra que a él le interesa. Pero estamos ya en un camino. ¿A dónde vamos?... Todavía no lo sabemos. Pero es necesario que sepamos desde ahora quiénes so-

mos. Nada de "Hermanos del Bosque". Durmientes a suelo pelado, eso es lo que seremos esta noche. Pero tenemos que averiguar desde ahora mismo qué empezaremos a ser desde mañana.

—De mí respondo —dijo Pereirita.— Yo lo sé.

—Y el otro —agregaron varios a un tiempo, refiriéndose a sí mismos.

—¿Y tú, Elio? —le preguntó Martín.

—Mañana te responderé, después que lo piense bien esta noche. Ya he empezado a saber algo que nunca había querido decirme a mí mismo; pero eso no es bastante. De pronto no se puede responder nunca a preguntas de esa naturaleza.

—Coge pelota —le dijo a Pereirita uno de los adictos a Martín.

Mas Pereirita se limitó a responderle:

—Ya sé que eso es conmigo.

Eran las rivalidades que ya comenzaban a desprenderse de la camaradería. Martín Campos y Pereirita se dividían las adhesiones de sus compañeros, pero hasta allí sólo en el terreno de lo escolar: que si Martín Campos era mejor estudiante y por consiguiente sabía más; que si Aníbal Pereira podía quemarse menos las pestañas porque tenía más talento. En cuanto a Elio, ninguno le disputaba la primacía, pero Elio Moregas era cosa aparte, por varios respectos... Ahora había que comprobar, además, quién no se andaría con remilgos de náuseas por frijoles cocidos con gorgojos. ¡Y lo que faltaba!

—Bien —concluyó Martín Campos, volviendo a su suelo por cama.— No hablemos más de eso.

Pero en esto comenzó a oírse bajo los uveros donde estaban los soldados del pelotón el rasgueo de un cuatro y el vecino de Pereirita, su partidario más ferviente —de apellido Valladares— que no quería verlo quedarse con

determinaciones tomadas por Martín Campos, como aquella de ponerle término a la ficción de vivir la novela rusa, le dijo intencionadamente:

—Oye la balalaika. Canta "Mi pequeño serbal".

Y Pereirita, que además tenía buena voz y se complacía en cantar la adaptación que de aquello había hecho, comenzó, poniendo todo su gusto y su intención:

"Mi pequeño serbal, mi serbal verde.

Pero ya Martín Campos se había levantado y dirigiéndose al extremo del corredor, desde allí preguntó:

—¿Quién toca ese cuatro? ¿Quiere prestármelo?

Dejó de sonar el criollo instrumento y Pereirita continuó la canción exótica, al son de balalaika imaginaria, porque necesitaba proclamar, y sus amigos se lo pedían:

Ahora si eres grande, mi verde serbal.

Y de la oscuridad de la noche surgió en parte el negro "Cabo Pisao", con el cuatro en las manos, ofreciéndolo:

—Lo tocaba yo, mal que bien. El Capitán me ha permitío prestáselo y aquí lo tiene. No es muy fino, pero algún son se le saca.

—Gracias —díjole Martín, apoderándose del humilde instrumento criollo.

Y en habiéndose sentado al borde del corredor, comenzó a tocarlo, como sabía y luego a cantar un antiguo corrido llanero, con la más destemplada voz imaginable:

En el pueblo de La Villa,
en tiempos que yo era arriero,
mataron un gallo enano
en casa de un caballero.

Pero le quitó la palabra, por allá, la voz entonada y complacida del negro "Cabo Pisao:

Y del buche le sacaron,
un día de buen recuerdo,
unos muchachos templaos.
Yo los respeto y los quiero.

Y ya no hubo atención sino para las disparatadas y estupendas cosas que, entre Martín Campos y "Cabo Pisao", estaban saliendo del buche del gallo enano.

CABO PISAO

Amaneció con ese color ceniciento que es la demacración del negro y cuando Martín Campos se lo quedó mirando, le explicó:

—Como anoche y que se me jué la lengua en el corrío, apropósito de ustedes, que son presos políticos con quienes no debemos transanos los que semos servidores del gobierno, el Capitán me mandó a poné un cepo e campaña, de más de cargao de máuseres y con él me tuvo toa la noche. Pero no se priocupe, joven. Esos son polvos del camino en que ya estamos. Yo no hago sino repetile lo que anoche les dije en verso y ponémeles a la orden pa la parú que quieran tirá. Ayer les falté el respeto en la persona de uno de ustedes, porque venía créindo que eran patiquincitos no más. Pero —¡ya le dije!— y no tengo sino una sola palabra. Con tó lo negro que soy y mi nariz de cabo pisao.

Y había amanecido hermoso aquel día. El sol brillaba complacidamente sobre todas las cosas y el mar tenía su mejor color azul. Los médanos preparaban ya sus blancas arenas para las reverberaciones más brillantes, los abrojos rastreros tenían abiertas todas sus flores sencillas, unas ciéganas que la víspera habían sido turbias y pútridas, se habían quitado el mal olor y estaban reflejando cielo y por encima de los médanos, allá lejos, unas salinetas estaban sacando de azul purísimo blanco cinturón de sal. Había garzas mirándose en las charcas, sobre el mar volaban gaviotas y entre sus olas estaban trabajando ya unos hombres.

—Pescadores margariteños — explicó "Cabo Pisao" — que por esta época vienen a poné ranchería en esta costa.

—¿Es usted de por aquí? —le preguntó Martín Campos.

—¡Hum! Yo vengo de muy lejos, joven. ¿Sabe usté por donde queda eso que llaman Africa? ¿Lejos, verdá? Pues de alla vengo. Pero no se me vé que venga cansao, ¿verdá, joven?

—Tiene usted buen humor.

—¡Ay, mijito! ¡Y el que se me ha dío cáindo por el camino! Esto no es ná.

—¿Maltratos, verdá?

—No. Unos vergajazos, de cuando en cuando. Y cepos de campaña. ¡Eso sí!

—¿Dónde lo reclutaron?

—Me va da pena decíselo. Saliendo de casa de unas mujeres malas: mi mae y mis hermanas, que la primera se estaba muriendo y yo había dío a buscale un remedio.

—¿Por qué las califica de mujeres malas?

—¡Guá, joven! ¿Y pué sé buena una mujé que tiene que morise de menguga, porque el hijo no le llega a tiempo con el remedio que le jué a buscá? Ella se llamaba Secundina y ya salió de eso, la pobre.

—¿En qué trabajaba usted, antes de caer soldado?

—¡Ah caramba, joven! Ya me está entrando usté por la falla. Yo lo que he hecho es manguariá, siempre. ¿Cuándo se alcanza, picando piedra, formá un montón igual tos los días al de cincuenta centavos diarios? Y eso que no son centavos negros los de ahora, sino blancos y chiquitos. Que si jueran negros también los centavos, más piol sería la cosa, por aquello de que no hay piol cuña que la del mismo palo... ¡Jé, jé, jé! Usté se réi, joven. ¿Pero va a ponerse a llorá el negro porque ya no sean negros también los centavos?

—¿Y antes de picar piedra?

—Pues quemé carbón. Ese sí es trabajo bueno, catire. Se mete usté en un monte aonde haiga bastante culebra, se para en la pata de un palo que sea bien grande, de esos que puedan hacele el favor de cáele encima al primer descuido, que sería el último, es escupe usté las manos —no porque tenga un pique viejo con ellas y quiera desafialas a peliá— sino porque va usté a agarrá la jacha parrimásela a pata el palo: —¡Juim! ¡Juim!...

¡Ah caramba! ¡Si ya estaban aquí tos los muchachos presenciando la operación! Aquí, contándole al compañero —de ustedes, por supuesto— como es que el negro hace carbón de los palos de la montaña. Cae el palo y toa esa montaña silenciosa retumba: —¡Pumbumbum!— ¡Y ojo e garza, negro! Porque del desguace de matorral tupío ya pué está saliendo la mapanare y la macaurel y la cabeza e chancleta. Una que tiene las narices como si juera familia mía, pero que no deben de selo, porque una d'ellas me zumbó una vez una tarascá, que si yo no hubiera cambiao la jacha por el machete, con el que le trocé la cabeza, no los estuviera divirtiendo a ustedes con el cuento de los gustos que se da el negro, quemando carbón en la montaña silencia. Luego comienza usté a rodá el palo, ladera abajo: —¡Pumbumbum! ¡Pumbumbum!— ¡Ah cosa sabrosa, catires, una rodaíta ladera abajo, con pato y tó!... Pero ya está usté en el plan aonde va armá el hoyo. ¿Cuántos son los días con sus noches que debe está usté velando el hoyo pa que no se le ajogue?... Ahora no me acuerdo. Pero usté se ha armao una trojecita, ande se acurruca a echá el sueñito junto a la jumacera y mientras a usté se lo pué comé el tigre, si se queda dormío por completo, el carboncito se va quemando él solo. Yo no sé por qué piden tanto por la carga de dos sacos. ¡Si es tan fácil quemá carbón!... Pero áhi viene el Capitán y no quiero que me repita la cuchará de anoche. Aunque no me asentó mal de tó... Pero una cosa última, joven —usté que me escuchó lo primero— no se vaya a dí con la idea de que la negra Secundina, que menté en denantes, era ná de aquel negro Cabo Pisao que unos blancos trajieron del Africa. Porque eso sí, en mi familia no ha habío esclavos siempre. Esto es de ahora no más. Y vayan diéndose, a lo que ya están llamándolos.

Al trabajo forzado que ya comenzaría. Era una hermosa mañana.

UN ENCUENTRO, AL MEDIODIA

Vagos y maleantes, en número de treinta, componían la cuadrilla de peones a que se incorporarían los treces estudiantes, para darle comienzo a los trabajos de limpieza de la antigua desembocadura del río, bajo la dirección de aquel hombre, peste de yodoformo, que respondía a los llamamientos de Coronel Camoruco.

Ya estaban el pico y la pala en las manos forzadas, Camoruco fumando cigarrillos, sentado en las raíces salientes de un viejo uvero que se retorcía a orillas del mar ventoso y por aquí y por allá soldados montando la guardia, "Cabo Pisao" entre ellos, con la consigna de hacer fuego sobre los posibles fugitivos. Los hombres libres bregaban en el mar con los cardúmenes de peces que caían entre sus redes y de cuando en cuando miradas de aquéllos se iban hacia éstos.

—¡Arza, Arza! —apuraba Camoruco.— Que no hemos venido aquí a contemplar pescadorcitos en la mar, sino a abrir boca por donde le caiga más agua. Que se oiga el golpe del pico y la rastreada de la pala. Aprendan de los muchachos en su nueva escuela.

A lo que Pereirita, para no quedarse con ironías y seguir mereciendo calificativo de "templao" en otros corridos:

—Es que el viento está soplando para allá, Coronel, y no nos da sino olor de yodo. Sin formo.

Camoruco tenía órdenes de no maltratarlos y por eso se limitó a rezongar:

—Deja que te salgan las lepras, para que te güelas tú mismo y me digas a qué jiedes.

Y las gaviotas volaban sobre el mar.

Todavía no eran las lepras, de picaduras de ponzoñosos insectos que por allí abundaban en los aguazales pú-

ridos, pero sí las desolladuras de las manos para los ca-
os. Martín Campos se contemplaba las suyas, a la hora
el descanso y rancho de mediodía, recostado al tronco
e un uvero, junto a Elio silencioso.

—¿No crees que el hombre sea un árbol? —le pre-
untó. —O un arbusto por lo menos.

—¿Por qué esa pregunta? —repuso Elio.

Y Martín, mostrándole las palmas de sus manos:

—Mira estos pimpollos. ¡Qué ampollas tan hermosas!

—Sí —dijo Elio.— Mañana serán callos. Manos flo-
idas.

Y Martín, complacido:

—¡Vaya, chico! Que por fin te oigo manifestarte,
l como eres. Ya me estaba preocupando tu silencio.
Manos floridas!" Eso eres tú.

—¿Yo?

—Quiero decir: el de las frases que no se nos ocu-
ren a todos.

—¿Nada más que eso, Martín?

—¡Chico! Ya sabes lo que eres para mí. ¡El punte-
o! El que va adelante indicando el camino.

—Sin embargo, cuando vamos juntos y sobre todo
unidos con otros, siempres eres tú quien va adelante.

—¿Tengo de veras esa costumbre?

—¡Claro que sí! ¿Cómo es posible que no te hayas
ado cuenta?

—Procuraré quitármela. No quiero parecerme a Pe-
irita.

—Pereirita no se está portando mal. Todos nos esta-
os portando bien, cada uno a su manera, por supues-

to. Dormimos en el suelo, hemos comido mal y sin embar
go acabamos de sacar una buena tarea. El mismo Camo
ruco ha tenido que reconocerlo.

—Sí. Pero fíjate en Pereirita. Allá está dándose
sentir, entre la cuadrilla de maleantes. Da lo que no tie
ne por ser manejador de hombres.

—Déjalo ser lo que le pida el cuerpo. A tí te ha pe
dido el tuyo complacerte en las ampollas que se te van
convertir en callos y...

—No, no. Sería tonto. Callos les han salido a todo
los hombres.

—Imagínate cuántos tendrá "Cabo Pisao".

—Ayer me le acerqué y me lo quedé viendo, fijame
te.

—Sí. Mas para demostrarle que se había equivoca
do contigo; que eres un varón. Eso no estuvo mal. Me
jor dicho: estuvo muy bien que lo hicieras. Pero ahor
estaría mejor si te le acercaras a conocerlo a él.

—Tiene una manera de expresarse muy pintores
ca.— repuso Elio.— Su explicación del carbonero fué mu
interesante.

—¿Y su fe de carbonero, Elio?

—¿Juegas con las palabras?

—No. Hablo en serio. "Cabo Pisao" es nuestro pu
blo, desconocido hasta ayer por nosotros. Y fíjate bien e
esto: nuestro pueblo que quiere tener fe en nosotros.

Elio no respondió de momento. Reclinó la cabez
contra el tronco del uvero, sonrió un poco, alzó la mirad
al ramaje del árbol y con el leve aleteo de su labio sup
rior, murmuró luego:

—Es necesario, entonces, que te prepares bien pa
que no le defraudes su fe.

—¿Y tú?

—Yo seré otra cosa, Martín. "Manos floridas", di- é de cuando en cuando.

Martín se reclinó también contra el árbol, apretó la oca y movió negativamente la cabeza. Pero luego se la ejó tranquila y admitió:

—Sí. ¿Por qué no?

LAS PRIMERAS LEPRAS

Comenzaron por Valladares, cuya piernas se le llenaron de rosetones tumefactos y dolorosos, de los cuales pronto le estuvo manando sangre y pus. Luego fué Arapé, luego Frontado.

Pero hacían chistes:

—¿Qué estás estudiando tú, Frontado?

—Primeras lepras.

—¿Y a usted, Pereirita, todavía nada?

—No, mi Coronel Camoruco. Todavía no. Pero no se preocupe, oleré como usted.

—Oígame una cosa, joven. ¿No será mejor que hagamos las paces antes de que uno de los dos hieda a muerto?

—¡Caramba, Coronel! Me pone usted cabezón.

—Cabezón me tiene usted ya, jovencito. Yo he recibido la consigna de no maltratarlos a ustedes y hasta de aguantarles repugnancias propias de muchachos; pero todo tiene su límite, y si usted se me quiere hombrear, voy a tener que pegarme con usted, rolo a rolo.

—Déjeme pensarlo, mi Coronel. Déjeme pensarlo. Eso de que haya recibido consigna de no maltratarnos, puede hacerme cambiar de táctica.

—Mejor sería.

Pero días después ya estaba Pereirita también cubierto de puntos doloroso y cárdenos, que se le hinchaban por momentos y pronto le impidieron moverse.

No perdió el buen humor, sin embargo

—Coronel Camoruco. Hágame el favor de la pomadita olorosa que usted usa.

—¡Ah caramba, Pereirita! Se me acabó toda. ¡Qué lo siento!

—Más lo sentiré yo, Coronel.

—Sí se lo creo. Porque los mosquitos esos como que le encontraron a usted la sangre dulce. ¡Mire cómo me lo han puesto! ¿Le duelen mucho, Pereirita?

—Algo, Coronel. Y ahora me explico que usted lo sea. Yo me siento Capitán ya.

Camoruco tardó un poco en comprender, pero optó por aplazar sus represalias:

—Mire, Pereirita. Cuando sea Coronel y así estemos de quien a quien volveremos a hablar.

Pero Valladares y Arapé, del partido de Pereirita, ya no le encontraban tanto mérito a aquellos alardes de hombría.

—Déjate de chocancias con el hombre —le recomendó Arapé.— Mira que nos va a asentar la mano, obligándonos a trabajar, así como estamos y entonces sí que la vamos a poner de oro.

Llegando Valladares hasta el extremo de manifestar:

—Ganas de estar demostrando a todo trance que es más hombrón que Martín Campos.

Pereirita se limitó a mirarlo y sonreír, despectivamente, y a uno de los que oía y callaba contemplándose sus lepras, se le abrió otra:

—¿Quién me mandaría a meterme en esto?

Y se le fué en llanto.

Tenían fiebre, tiritaban, ardían. Cayó Martín Campos. Cayó Elio. Sólo cinco quedaban en pie, pero preferían hacerles compañía a los enfermos, que se mantenían sentados en el suelo, recostados contra la pared, porque era peor acostarse en el duro suelo húmedo.

Así estaban cuando llegó Clímaco Monegas, enviado por Parmenión para auxilios médicos. Al sentirlo acercárseles, Elio les pidió a los compañeros:

—Háganme el favor de no replicar a lo que papá nos diga.

—Prometido —respondieron todos.— No te preocupes.

Entró sin saludarlos, sin verlos casi, ni al hijo siquiera. Estaba indignado y mientras se quitaba el saco y se arremangaba —Camoruco allí para ver y oír— comenzó a desahogar su indignación subalterna:

—Fibre y lepras. Bien merecidas. Eso es lo que se

gana con disgustar al Jefe. El Jefe es bueno y aguantador, pero tiene su hiel en su hígado, como todos los mamíferos.

—No mame, doctor Monegas.

Martín Campos le clavó la mirada, por la falta a lo prometido; mas Pereirita no atendía sino a lo grotesco y miserable todo en boca de Clímaco Monegas.

—¡Déjese de cosas, niño! No son mamaderas de gallo, que yo no soy hombre de rochelitas. Y con el Jefe, menos. Mamíferos somos todos los animales que tenemos mamas. Digo... Este... ¡Bueno! Búrlese de mí si quiere, pero respete la presencia del Coronel Camoruco, su superior inmediato.

Elio contrajo el cuerpo, como si todo se le hubiese vuelto pústula dolorosa. Martín Campos le puso la mano sobre el hombro, oprimiéndolo afectuosamente y luego se volvió hacia Pereirita y le advirtió:

—Has faltado a tu palabra. Esa cuenta la arreglarás conmigo, después.

Y Clímaco Monegas, con su miserable indignación, mientras abría un estuche de primeros auxilios que había traído consigo:

—¿Qué necesidad tendrán los muchachos de meterse en política? Cuantimenos cuando el Jefe se había hecho acreedor al cariño de toda la población. ¡Malagradecidos! A ver. Enséñame tus lepras.

Se dirigía a Elio y éste le replicó:

—¿Ya mostraste todas las tuyas? ¿Por qué quieres empezar por las mías?

Se miraron unos a otros los doloridos y enfiebrados, contra el muro desnudo, y todos participaron de un mismo sufrimiento, compartiendo el de Elio.

Pero Clímaco Monegas se limitó a responder, agachándose ante el hijo:

—Porque a los tuyos, con razón o sin ella. Tu madre te manda la bendición y cariños tus hermanitos. Ella ha

estado con vomitaderas estos días. Parece que nos quiere traer otro muchacho.

Y ya Elio no pudo contenerse. Se levantó, venciendo la resistencia de sus dolores y diciendo:

—No te molestes. Ya estoy bien. Ya todos estamos bien.

Y a un mismo tiempo todos se pusieron de pie, admirando y aceptando:

—¡Sí! ¡Todos!

Y Pereirita, antes de que pudiese decirlo Martín Campos:

—Coronel Camoruco, vengan los picos y las palas. Ya nos hemos curado todos.

Clímaco Monegas movía la cabeza de aquí para allá, buscando miradas que quisiesen admitir las suyas y sacudiendo las manos como para aliviarse con aire algún escozor. Nunca había curado él tantas lepras sin verlas siquiera.

Y hasta el Coronel Camoruco tuvo que decirles:

—Tienen razón, muchachos. Tienen razón

CUENTA APLAZADA Y REMEDIO HEROICO

Ya no les quedaban sino las feas cicatrices amoratadas y el estrago de la fiebre y ya habían vuelto al trabajo. Este avanzaba cauce arriba, despejándolo de árboles y matorrales en largo trecho, pero el campamento se mantenía donde se había instalado, los treinta vagos y maleantes que componían la cuadrilla de forzados en un caney de palma que ellos mismos se habían construído en medio a un espacio cercado de alambradas de púas, en torno al cual se montaba guardia armada toda la noche.

Eran gente de toda la mala especie que venía dándole quehacer a la policía de la ciudad y allí estaba "corrigiéndose" —como por allá decía Parmenión, complaciéndose en hacerlo extensivo a los estudiantes— aunque en realidad sólo era modo de ahorro que él hacía, para su bolsillo, del dinero público erogado con cargo a las obras del río. Rateros, borrachos, tahures, estupradores, camorristas... Los estudiantes compartían con ellos las horas del trabajo forzado y el rancho de abominable alimento y ellos se complacían en referir sus repugnantes historias, con el lenguaje más pornográfico que a boca se les viniera, para divertirse con los "patiquincitos" viéndolos azorarse.

Sin embargo, Pereirita había logrado captarse las simpatías e incluso el respeto de algunos de ellos, animado por su poderoso instinto de manejador de hombres que allí estaba haciendo sus primeras experiencias. Cuando a esto se ponía, a la hora del rancho y sesteo del mediodía, bajo los árboles cercanos al lugar del trabajo, Martín Campos sonreía y miraba a Elio y éste le dijo un día:

—Tienes que quemar ese sentimiento mezquino que está desarrollándosete hacia Pereirita. Sería muy lamentable que de esta primera experiencia de nosotros mismos, saliéramos divididos y enconados.

—¿Crees que sea rivalidad?

—Eres tú quien debe averiguarlo, a solas contigo mismo.

Guardaron silencio un rato y luego dijo Martín:

—Pereririta está equivocado. Eso de conquistarse a esos fascinerosos para dar un golpe con ellos, es repetir a estas alturas lo que a su hora hizo Hermenegildo Guaviare, con otros de la misma calaña.

Y Elio, después de haberlo mirado un rato en silencio:

—A estas alturas, has dicho. ¿Cuáles son esas alturas? Cuando llegamos aquí dijiste, con mucha razón, que nosotros no habíamos hecho sino sacar a la calle unos cartelones. ¿Has cambiado de idea respecto a tí mismo?

—No. Pero comparto la de Pereirita. Sigo creyendo que la revolución tenemos que hacerla los hombres puros.

—¿Kolesnikov otra vez?

—No. Martín Campos, hijo de un revolucionario que fué asesinado en una cárcel.

A lo que repuso el amigo generoso y comprensivo:

—No es cierto. No ha sido el rencor lo que te ha puesto en este camino. Recuerda aquellos versos que compusiste:

Tengo una novia: la Libertad.

—Muy malos versos, por cierto; pero...

Se puso de pie Martín Campos, se metió las manos apuñadas en los bolsillos de los pantalones y dió unos pasos yendo y viniendo por delante de Elio recostado al tronco del árbol a cuya sombra descansaban. Luego se detuvo y formuló su pensamiento, interrogando:

—¿Será posible que después de esto, pequeño o grande, pero nuestro, nos coja otra vez la vida de todos los días, nos muela y nos vuelva bagazo?

Y sin esperar la respuesta de Elio, tornó a sus pasos de aquí para allá, con sus habituales movimientos negativos de cabeza.

Detúvose otra vez, mirando hacia donde estaba Pereirita, con la palabra que no se le oía, pero rodeado de la profunda atención de los maleantes, acuclillados en el suelo en torno suyo. Luego se volvió hacia Elio y éste, que a su vez lo miraba sonriendo, le dijo:

—Haz lo que te digo, Martín: quema esos sentimientos, cuanto antes.

Sonó Camoruco el silbato con que los llamaba al trabajo y la heterogénea cuadrilla de forzados fué por sus herramientas y luego en fila india al desmonte y limpieza del cauce del río y apenas habían comenzado la tarea de aquella tarde, cuando uno de los maleantes, apodado "El Treintitrés" por el número de sus delitos, según sus propias cuentas y relatos, después de haberle echado una mirada a Pereirita, comenzó a cantar:

Treintitrés fueron mis robos,
treintitrés mis fechorías.
Si buen término les pongo
¿Cuánto vuelto me darían?

Martín Campos buscó la mirada de Elio y le preguntó:

—¿Te fijaste? ¿Tengo o nó razón? Ya está cobrando por adelantado.

Pero Elio se limitó a repetirle:

—Haz lo que te aconsejo, Martín.

En realidad, con todo aquello no estaba Pereirita sino haciendo alardes de su capacidad de ejercer ascendiente sobre los demás y con el propósito perverso, aunque de perversidad jovial, de molestar a Martín, iniciador y director del movimiento de protesta contra Parmenión que allí purgaban y cuyos adictos entre los estudiantes, con excepción de Elio, ya aquél se los había conquistado. En cuanto al golpe que se propusiera dar con los maleantes, más enérgico y eficaz que aquella protesta de bocas apretadas, él mismo no se había detenido a analizar si realmente tenía decidido algo concreto y preciso; en parte, por aquello de la jovial perversidad y en parte, porque en Aníbal Pereira ya despuntaban, netamente definidas, las condiciones del hombre de acción y de combate, que siempre tiende a proceder por afirmaciones simples pero categóricas de personalidad.

Así las cosas y cuando menos se lo esperaban, a la anochecida de aquel día, ya tendidos en el suelo del co-

rredor de la Aduana donde así acostumbraban charlar, Pereirita con la palabra en el comentario alardoso de los progresos de su ascendiente personal entre la gavilla de malhechores y Martín Campos cejijunto, sin haber logrado todavía dominar aquel sentimiento de hostilidad que por momentos se le encrespaba, adueñándosele del corazón, llegó el Coronel Camoruco con la noticia:

—Se acabó la escuela de pico y pala. En libertad, muchachos. Orden del General, acabada de llegar.

Se incorporaron, saltaron, hicieron cabriolas y ya se disponían a cantar a coro la estrofa que para ellos le había puesto "Cabo Pisao" al corrido del gallo enano, cuando Martín Campos reclamó silencio y luego, plantándosele por delante a Pereirita, díjole:

—Tenemos una cuenta pendiente. ¿Te acuerdas?... Aquello de lo prometido a Elio, cuando la curación de las lepras, que no lo cumpliste.

—¡Hombre, sí! Pero como no me la habías reclamado...

—Vamos a arreglarla antes de irnos de aquí.

—Cuando tú quieras. Por mí, enseguida

Los rodearon los demás, excepto Elio, con miradas de extrañeza y Martín les dijo:

—Es necesario que les dé una explicación. Pereirita y yo tenemos que pegarnos esta noche, no sólo por lo que ya he mencionado, sino, principalmente, porque entre él y yo se viene abriendo una distancia que puede terminar en enemistad. Todos ustedes lo saben.

A lo que respondió Pereirita, ya todo ganoso de pelea:

—Lo que viene liso no trae arrugas, Martín. Deja que la cosa termine por donde deba terminar. No será la primera vez que de dos amigos salgan dos enemigos.

Pero Martín, serenamente:

—No. Eso no debe suceder entre ninguno de nosotros y para que no ocurra vamos a cruzarnos unos golpes ahora mismo, tú y yo.

—¿Cómo es la cosa? —preguntó Arapé.

Y Elio le respondió:

—Como lo has oído. Martín tiene razón y Pereirita también lo comprenderá así. Si no se pegan esta noche, si no gastan de ese modo el mal sentimiento que tiende a separarlos, van a terminar enemigos. Pero que peleen ellos sin que lo presenciemos nosotros.

Pereirita se le acercó a Elio, le apoyó las manos sobre los hombros, lo sacudió emocionadamente en silencio y luego volviéndose hacia Martín:

—Vamos, compañero.

Transcurrió un tiempo que ya le estaba pareciendo a Elio excesivo para peleas que no fuesen originadas de odios profundos y luego los oyeron regresar, cantando a dúo la estrofa de "Cabo Pisao" en el corrido del gallo enano.

Ambos se habían roto las narices y traían los cabellos despeinados por la refriega; pero venían sonrientes, de brazos echados, gastado para siempre el mal sentimiento que tendía a enemistarlos.

Y Arenas, mirándolos y remirándolos:

—¡Y se pegaron de veras!

II

EL CALABOZO DE LAS SABANDIJAS

HABIA, sin duda alguna, una porción bondadosa en la naturaleza de Parmenión y esta era que Marcos Roger se había propuesto cultivarle y aprovecharle, ya que no se podía prescindir por completo de las hechuras del mal, enseñoreadas del poder, para lograr algunos bienes. Pero además de la porción naturalmente inclinada a los ejercicios de violencia, en Parmenión concurrían circunstancias históricas, su mando era consecuencia de un acto de fuerza, uno más en la serie ya larga de asaltos al poder, a mano armada, y si él lo había heredado pacíficamente de Hermenegildo Guaviare, ésto no pudo entregarle sino fruto de usurpación y para que así lo mantuviese. Parmenión no podía entender que un pueblo tuviese derechos, y cualquier ejercicio de éstos le resultaba intolerable, aun en el caso de estar dispuesto a proceder con rectitud.

¿No era acaso de tal naturaleza —se preguntaba— su determinación de devolverle el río al pueblo, aun a costa de su ruptura con el compadre? ¿Por qué, entonces, aquella algarada de protestas a causa de que el Concejo lo hubiese proclamado Hijo Predilecto de la ciudad?

—Malagradecimiento no más —había dicho, en aquella ocasión.— Que si uno no lo echara en saco roto, seguiría corriendo el agua por donde el compadre la desvió.

Pero ni esto era su conveniencia, ni podía tampoco echarlo todo en saco roto, porque no se lo pedía todo el cuerpo y porque, además, no se lo habrían permitido las

circunstancias que lo rodeaban, ya que sus fuerzas disponibles eran las mismas que habían hecho poderoso a Hermenegildo Guaviare: la oficialidad de éste, que se le había pasado y no por enmiendas de conducta, y el sector más influyente del pueblo, los vecinos de la plaza, los ricos, que necesitaban "mano de hierro" prestada al mantenimiento de sus privilegios. Si Parmenión hubiese dicho aquel día:

—Cosas de muchachos. Que se vayan tranquilos para sus casas.

Tal vez no estaría ya en la Casa de Gobierno, complacido en el arropamiento total del laurel-matapalo por la trinitaria escarlata.

Contra los estudiantes no fué cólera, propiamente, sino severidad paternal —así se entendía él muchas cosas suyas;— pero si ya estaban bien castigados con aquellos treinta y cinco días de trabajo forzado y por ello accedió a las súplicas de las madres, no podía mostrarse tan blando a las de la mujer de Anterito, que también había llorado ante él para que se lo pusiese en libertad.

—No, señora. Todavía no. Su marido es el espíritu de la conspiración. Así lo llaman sus mismos amigos. Y con ese espíritu no podemos tener contemplaciones.

—Pero si él...

—No, señora. No es tan tonto como usted lo cree. ¿Para qué eran aquellas bombas que estaba fabricando, sino para matarnos a todos, como ratas?

Y la mujer de Anterito tuvo que volverse a su casa, con la amargura, además, de que alguien pudiese haberle dicho en su cara, que ella juzgaba tonto a su marido.

En realidad aquella prisión era destino al cual ya estaba condenado Anterito, en un principio como víctima elegida por Parmenión para aplacar la cólera de Guaviare, ya que había sido obra de aquél la instalación del forastero en la casa de Smith, de donde todo provino, y luego, la que ahora exigía la divinidad del orden público, por boca de los acaudalados vecinos de la plaza, que ya le habían aconsejado a Parmenión:

—Mano de hierro, General. Muestre que usted la tiene.

Pero allí estaba, encerrado en un calabozo, tranquilo, satisfecho de sí mismo. Se le atribuía haber sido la mano diligente que puso en movimiento al pueblo, que lanzó a los estudiantes a la calle, a la hora de la protesta que no pudo faltar sin vergüenza para todos. Se le atribuía, pues, un acto de hombre.

Su mayor preocupación, su más profunda tristeza bajo la perenne apariencia sonriente, era no haber nacido hombre armado de un valor temerario o de una inteligencia radiante que lo llevaran a páginas de la historia. Y he aquí que ya no podía escribirse la de aquel pueblo sin dedicársele siguiera una página a Anterito Valdez, una fuerza, una virtud bajo insignificante apariencia.

* * *

Entre tanto, allá, la miserable fortaleza, prisionera del monstruoso designio.

"Viruticas" ya no podía con sus remordimientos; pero no eran tempestades de altura, aunque ocurriesen en el empinado extremo de un cuerpo gigantón, sino reblandecimientos lacrimosos, originados del miedo, que no de rectitud de conciencia.

—Doctor Daza, dese cuenta!

—Si ya me la doy, doctor Maragata.

—Yo no soy doctor. Usted lo sabe. No me diga más así. Hágame el favor.

—En el poder otorgado por Efigenia de Smith aparece usted como abogado y usted lo suscribe, aceptándolo en todas sus partes y para los efectos correspondientes. Palabras textuales.

—Escritas por usted, doctor Daza.

—Pero suscritas por usted.

Viruticas se debatía de aquí para allá, sin nada de paso apolíneo. puro rinoceronte acorralado, pasándose las manos por los cabellos, restregándose los ojos agua-

chentos. Por fin se detuvo frente a su inquientante interlocutor:

—¿Qué ha perseguido usted con todo eso, doctor Daza? ¿Si sabía que yo no era abogado, por qué me lo hizo suscribir? Para ser apoderado de alguien no se requiere ser abogado.

—No.

—¿Y entonces?

—¡Ah!

Otros paseos de Viruticas, de aquí para allá. Otra pregunta lloriqueante:

—¿Y si por eso resultan anulables todas las ventas que en virtud de ese poder de doña Efigenia le he hecho al General Guaviare?

—Bien podría el General Guaviare remover ese delicado asunto. Ganas no le faltarían, ni para otras ejecutorias tampoco. El General Guaviare es un cataclismo cuando se desata.

Se llevó Viruticas las manos a las sienes, a tiempo que exclamaba:

—¡Doctor Daza! ¿Es que usted se ha propuesto perderme? Y por razón de gusto, porque yo no le había hecho nada malo, ni de pensamiento siquiera.

—El fraude de usted no afecta las operaciones hechas en virtud de ese poder. Por lo menos, es materia discutible, perfectamente litigable... Pero no llore, no llore. Aunque le confieso, querido Maragata, que me hace usted experimentar un placer especialísimo, intensísimo, agudísimo, verdaderamente delicioso, al verlo tan fuerte, tan robusto, tan hermoso varón... y tan poquita cosa.

—Suélteme, doctor Daza.

—¡Pero si no le tengo agarrado, querido Maragata! Ande un poco para allá. Para que se cerciore de que está libre y para que lo disfrute rinoceronte, sin nada apolíneo... Basta. Puede pararse ahí. ¡Já, já, já! Voy a dejarlo, por ahora, Maragata; mas, ya sabe: no le tengo asido, pero me pertenece. ¡Mío ya!

Dicho lo cual se marchó a pasos menuditos.

Viruticas se dejó caer sobre el catre y éste crujió.

Lloró un poco, se enjugó las lágrimas y tomó su determinación heroica. Se levantó, acabó de vestirse y se dirigió a la Casa de Gobierno.

Parmenión lo hizo esperar dos largas horas, pero al fin lo recibió.

—General... General.

—¿Qué le pasa? Está usted sollozando, si no me equivoco.

—Haciendo pucheros, General. Acabe de decírmelo.

—Yo cuando empiezo a decir algo no me paro, de manera que no le acepto que me atribuya la intención de aplicarle unas palabras y no atreverme a mencionarlas.

Era el hombre ensoberbecido por el poder; pero Viruticas se sintió aliviado de sus congojas al encontrárselo así, y por no perder tiempo le suplicó:

—Métame en la cárcel, General.

—Claro que sí, si me da por donde.

—He cometido una falta que merece castigo. He usurpado un título que no poseo: el de abogado de la República.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos?

—Esas, General. Y otras. Déjeme echarle el cuento.

Se lo oyó Parmenión como si en realidad lo ignorase —siéndole conocido, aunque no todo lo que con aquello persiguiera Daza— y cuando Viruticas terminó y se dejó caer en un asiento que no le habían brindado, llamó:

—Tetero.

Apareció el peor encarado de los espalderos de Parmenión:

—Hágase cargo de este individuo —díjole.— A la cárcel con él.

Viruticas se levantó del asiento y con faz radiante volcó su miseria:

—Gracias, General. Muchas gracias.

Y Parmenión se quedó murmurando:

—Luego se le abrirá el juicio debido con la ley en la mano. Por ahora es tenerla puesta ya sobre Basilio Daza. ¡Por si acaso!

Tetero condujo al voluntario Viruticas a la cárcel y se lo entregó al alcaide, diciéndole:

—Orden personal del Jefe.

Y el alcaide, un zambo que tocaba mandolina en la alcaidía para matar el rato con delicado gusto, sin dejar el instrumento, llamó al oficial de guardia y le dijo, indicándole al atleta:

—Al calabozo de los sietecueros.

Y continuó la dulce mandolinata con que se distraía.

Entró Viruticas en el calabozo, pestañeó, esperó a que se le adaptasen los ojos a la oscuridad de adentro y cuando ya se sentaba en el suelo advirtió que no estaría solo.

—Buenas tardes, compañero. —dijo sonriendo.

—Buenos tardes —respondió Anterito.

—¡Cómo! ¿Pero... es usted?...

—Sí. Antero Valdez.

—¡Caramba! ¡Quién iba a decírmelo!

—A mí tampoco. Francamente.

—¡Las cosas de la vida! ¿Verdad, compañero?

—No puedo saber a qué cosas determinadas se refiera usted.

Y era otro Anterito el que así hablaba. Una voz madura de hombre todo en sazón de soledad consigo mismo.

Iba a darle Viruticas la explicación del caso, pero se distrajo al ver la abundante cantidad de sabandijas que había en el calabozo, en torno a Anterito y preguntó:

—¿Qué bichos son esos, compañero?

—Sietecueros.

—¿Salen en este calabozo, tántos así?

—No. Me los he hecho traer. Todos los que vayan apareciendo en la cárcel.

—¿Y eso para qué, compañero; son unos animales asquerosos. A mí me dan mucha grima.

—Ya se irá acostumbrando a ellos. Y ellos a usted.

—¡Caramba! Lo segundo no me parece muy amable, que digamos.

—Lo he dicho sin mala intención, —repuso el nue-

vo Anterito.— Así podría agregar que ya se han acostumbrado a mí.

—Bueno —aceptó Viruticas.— Si es una idiosincracia suya...

—No. Una disciplina que me he impuesto. Una enseñanza que les estoy tomando. Si estos sietecueros estuvieran armados de carapachos duros, sería fácil matarlos, dándoles con el zapato, por ejemplo. Pero ensaye usted hacerlo y verá como fracasa. Los defiende su babosidad, su aparente debilidad, la misma inmundicia de que están hechos.

Viruticas se quedó mirándolo un rato y luego pidió:

—¿Moraleja? Acabe de darle contra el suelo.

—Que no es cierto que la virtud haya de ser siempre, como generalmente se la compara, coraza de acero.

Viruticas continuó mirándolo de hito en hito, mientras sonreía y respiraba a pleno tórax, cual lo aconseja la gimnasia para reponerse de ahogo de cansancio o susto. Luego díjole:

—Gracias, compañero. Muchas gracias.

Anterito sonrió y luego paseó su mirada por las sabandijas innumerables, como sólo lo habría hecho Francisco de Asís.

A distancia sonaba dulcemente la mandolina del alcaide.

PROTESTA OBLIGA

Ya se habían restituído al camino de la obligación estudiantil de donde momentáneamente se apartaron; pero lo adquirido así no podía tardar en reclamarlos y una tarde, a la salida del colegio, se encontraron Martín Campos y Aníbal Pereira con el negro Cabo Pisao que estaba esperándolos por allí, ya sin uniforme de soldado.

—Me dieron de baja —les explicó.— Yo estaba sirviendo hacía dos años y como ya me había acostumbrado al manguareíto, no había querío pedí mi licencia; pero... Además, ya estaba siendo mucho cepo e campaña el quéiban a tené que poneme y ellos mismos facilitaron la cosa,

—¿Y ahora qué va a hacer? —le preguntó Martín.

—Eso me pregunto yo. Aquello de ande va el guey que no are, ya me lo enseñó la negra Secundina, que en paz descanse, desde chiquito; pero es que ahora se ha complicao la cosa y a eso vengo buscándolos a ustedes.

—¿En qué podemos servirte?

—¡Hm! No se trata de eso, bachiller. Que ya sé que toavía no lo es, pero lo será. Se trata de que, según lo que a mí se me alcanza, por lo mucho que trato de empiname, a vé si me emparejo —que ya habrá óido usté que to negro es parejero— pues que... protesta obliga. Vamos a decilo ansina.

Miráronse antre sí Martín Campos y Aníbal Pereira, y el negro sonrió y agregó:

—Me doy cuenta de que lo menos que puén pensá ustedes, es que yo no he venío, sino que me han mandao a poneles un peine, a vé si cáin; pero si es asina, como si no hubiéramos vuelto a tropezanos.

—No —repuso Martín.— Es que usted ha empleado unas palabras que nos han producido impresión.

—Acabe de tumbame ese usté, bachiller Campos. Que tan pronto me pone el tú como me lo quita y ya me tiene ñervoso que no me coja confianza. Y dígame cosa. ¿Cuáles son esas palabras mías que les han producío impresión, a vé si son las mismas que a mí me venían gustando?

—Protesta obliga —respondió Pereira.

—¡Umjú! —hizo Cabo Pisao.— ¡Ya sabía el negro que eran palabras blancas! Diande resulta que haigan pensao ustedes...

—No, no. De ninguna manera. Nos inspiras confianza absoluta. —dijo Martín.

Y Aníbal Pereira vivamente interesado ya:

—Continúa, negro. Saca lo que traes en el agaje, que te lo vamos a comprar todo. Si no me equivoco.

Se lo quedó mirando Cabo Pisao, complacido en el lenguaje figurado con que hábilmente se le allanaba Pereírita y luego dijo, ya con voz de conspirador:

—Esta noche, en la casa marcá con el número siete,

de Cruz Verde a Santo al Revés, hay un bailecito de amigos donde estaré yo esperándolos, pa presentarle otros que quieren conocelos.

Volvieron a mirarse Martín y Pereirita y éste respondió por los dos:

—Convenido. ¿A qué hora?

—De ocho a nueve. Reunión de familia. Ustedes, naturalmente, no irán a bailá.

—A las ocho y media estaremos allí —dijo Martín.

Se despidió Cabo Pisao, reiterándose que en él tenían a un hombre dispuesto a hacerse matar por ellos y éstos se quedaron analizando el sentido que aquello tenía: el pueblo que los buscaba, que les reclamaban ya la obligación adquirida.

Llegaron puntuales. Una casa humilde, de un maestro albañil llamado Marcelino Iriarte, de una de cuyas hijas era el santo que allí se celebraba. Estaban ellas y sus amigas sentadas al hilo de las paredes de la sala, y en un corredor posterior a ésta, que daba a un gran patio de tierra en el centro del cual se alzaba un tamarindo, hallábanse reunidos los hombres en torno a una mesa donde se les obsequiaba con copas de ron.

Cabo Pisao les presentó a Marcelino, hombre ya de alguna edad, y éste a sus amigos, pero de una manera especial a un oficial de albañilería, subalterno suyo en las fábricas que se le confiaban, llamado Juan Salinas y a un sujeto de toda su confianza, también, de nombre Doroteo Arguinzones. Estaban ambos bajo el tamarindo y allí dejó Marcelino a Martín Campos y a Pereira, después de haberlos presentado.

Doroteo Arguinzones era un hombre joven, de ojos enérgicos y piel curtida a soles de mar. Les estrechó las manos reciamente, los miró a los ojos y luego les dijo:

—Un hombre del pueblo con quien ustedes han contraído un compromiso de hombres.

Juan Salinas era más sencillo y apenas se limitó a dar su nombre al serles presentado. Pero ahora decía:

—Yo no estoy de acuerdo con el Capitán Arguinzones. El es hijo de un General que murió en una revolu-

ción y le ha heredado la idea de que las cosas no se arreglan sino echándose al monte, a tiros contra el gobierno. Yo no soy hombre que puede discutir en la presencia de los que han estudiado en los libros. Me he formado sobre un andamio, con el maestro Marcelino, y él tampoco me ha podido enseñar sino a manejar la cuchara, la plomada y el nivel. Pero yo creo que debe de haber otro medio de arreglar las cosas.

Doroteo Arguinzones rebatió:

—Yo me he formado en la mar, contrabandeando y desembarcando revoluciones en las narices del gobierno y sostengo que no hay sino un camino, de mar o de monte: fajarse a tiros con los bandoleros para hacerlos soltar el poder. Así se lo cogieron ellos y así no más se les puede quitar. Fué la enseñanza que me dió mi padre.

Y preguntándoles, a Campos y a Pereira:

—¿Están ustedes armados?

—No, —respondiéronle.

—Hacen mal. Deben armarse. En ustedes están puestos todos los ojos, los buenos y los malos y no deben andar desprevenidos. Me voy a permitir obsequiarles dos revólveres que me quedan por ahí.

Juan Salinas apoyó:

—Ha hablado bien el Capitán Arguinzones. En ustedes están puestos todos los ojos. Pero yo creo que debe de haber otro modo. ¿No les parece, jóvenes? Porque alzamientos detrás de un jefe de machete terciado a la espalda, monte arriba y monte abajo, es lo que ha sobrado en este país, sin que nada havamos salido ganando los hombres de trabajo. La carne de cañón, como se nos mienta. ¿No les parece?

Iba a responder algo Pereira, después de cruzarse una mirada con Martín, pero en esto llegaba el maestro Marcelino con dos de sus de los brazos, ofreciéndoselas para bailar:

—Unas pareiitas humildes, que se van a poner muy orgullosas si ustedes les hacen el favor de bailar con ellas.

—No faltaba más, —dipo Martín Campos.— Seremos nosotros los que nos pondremos orgullosos.

A las hijas de Marcelino, humildes y azoradas, se les veía en los ojos que se sentían felices y el viejo maestro albañil agregó:

—Anden, pues. Los músicos están esperando por ustedes. El valse que van a tocar es composición de uno de ellos y se titula: Los Estudiantes. Pero eso no puede decirse en público, contimenos habiendo por aquí, como parece que hay, orejas escuchonas. Ya les indicaré de quién sospecho.

Bailaron, hicieron felices a las hijas de Marcelino, a pesar de malos bailadores como ambos lo eran todavía y cuando concluyó el vals se les acercó el músico autor, a preguntarles cómo les había parecido la composición que les había dedicado, agregando:

—Pero en voz bajona, como dicen. Porque yo soy de la banda oficial y si lo descubren, lo menos que hacen es quitarme el puesto.

Y pasaron al corredor donde se servía el obsequio.

Allí estaba "Cabo Pisao" desempeñando servicio, peón que había sido del maestro Marcelino cuando lo reclutaron, quedándole amigo. Se esmeró en atenderles y entre tanto les deslizó al oído:

—¡Ojo e garza, muchachos! Los espías están como arena y hasta aquí dentro parece que se ha colao uno. Ná de fiale a la singüeso las cosas del corazón bien puesto. Pidan lo vuelto antes de soltá prenda. Y ya saben que aquí está "Cabo Pisao", con ustedes contra los que salgan.

Volvieron bajo el tamarindo, donde Arguinzones ya parecía haber convencido a Juan Salinas, pues éste decía:

—Eso es otra cosa.

Y Arguinzones, a ellos:

—Aquí, explicándole al compañero. Hay que empezar por un golpe de armas, no monte arriba y monte abajo, como el compañero Salinas dijo en denantes, sino en las propias calles de la ciudad. Soy amigo de un Capitán en servicio activo, en el cuartel de la guarnición de la pla-

za y puedo decirles que no espera sino que ustedes, los estudiantes...

Pero acababa de fijarse en señas que le hacía el maestro Marcelino, por detrás de un individuo al cual se lo indicaba con ademanes como al de las orejas escuchonas a que antes se había referido y a tiempo que "Cabo Pisao" llegaba con un servicio de copas y susurrándoles:

—Espía a la vista. Conversación pa otro día.

Hablaron de cosas banales y cuando dejaron la casa del maestro Marcelino, de regreso a las suyas iban Martín Campos y Aníbal Pereira con sobrados motivos de reflexivo silencio: fe puesta en ellos por unos hombres del pueblo que demostraron orgullo de haberlos tenido consigo, preguntas que uno les hizo sobre cómo entendían ellos que debería actuarse, sin que de momento tuviesen nada de preciso y concreto que responderle y una invitación a entendimientos con un capitán en servicio de la guarnición de la plaza...

—Protesta obliga —murmuró Martín Campos, repitiendo las palabras blancas del negro "Cabo Pisao".

Y en esto pasaban frente a la cárcel de la ciudad. Un caserón antiguo, cuya negra fachada se destacaba en la oscuridad de la noche, contra un cielo de cirros tenuemente iluminados por el orto tardío de la luna menguante, ya en las afueras de la población.

Sin darse cuenta habían tomado aquella dirección que no los llevaba a sus casas. Detuviéronse ante el sombrío edificio y Martín Campos dijo:

—Ahí tienen todavía a Anterito Valdez, que cayó junto con nosotros y nos habíamos olvidado de él.

—Hay que hacer algo, Martín —agregó Aníbal Pereira.— Protesta obliga.

Medianoche comenzaba a tocar el reloj de la torre...

Entre la incertidumbre de lo que les tuviese reservado el porvenir, una cosa no admitía dudas: ya no eran personajes de un ficción animadora de engaños propios, un drama de su tierra los habían arrastrado al escenario para un papel momentáneo; pero no transitorio, porque sus nombres estaban ya en la cuenta de las esperanzas de su pueblo, cifra de obligación insolayable.

Medianoche había traspuesto ya el reloj de la torre.

III

SOCIOLOGIAS DESCONCERTANTES

No se escapa la mentalidad de las aberraciones de la líbido y aun en la región del pensamiento puro aparecen las formas desconcertantes de la virilidad ambigua. Lo sorprendieron engolfado en la lectura de un grueso volumen de "Los sagrados Libros del Antiguo Testamento" y eran muros de Sociología, Historia, Política y Derecho los cuatro costados de su biblioteca, con las últimas palabras de la ciencia positiva.

—¿Sagradas Escrituras, doctor Daza? —interrogó uno de los discípulos de aquel maestro materialista a rajatablas.

—Paseándome por las fuentes, querido, para corroborarme la exactitud de mi afirmación sobre la naturaleza del singular movimiento que acabamos de presenciar. muchachada dicen los que sólo captan lo superficial de las cosas; pero oiga esto, del Evangelio de San Juan: —"El viento de donde quiera sopla y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene ni adonde vaya; así es todo aquél que es nacido del Espíritu".— Y óigame ahora a mí: el espíritu de la revolución social que ya está entre nosotros.

—¿Cree usted que el forastero...? —interrogó reticente el discípulo desconcertado.

Y otro:

—¿Y sobre todo, cree que una golondrina haga verano?

—A eso —respondió Basilio Daza, hojeando el grueso volumen— esto, de la Epístola de San Pablo a los Gálatas; "Un poco de levadura leuda toda la masa",— Y pa-

ra mayor abundamiento, explicativo del fenómeno de que hayan sido jóvenes, niños casi, los elegidos, estotro en lo cual insisten todos los evangelistas: —"No se ponga el vino nuevo en odre viejo; sino en odre nuevo": —¿Qué tal?

—Sin embargo, —objetó un tercero, más por gozarse oirlo que por rebatirlo— fué usted quien le aconsejó a Parmenión la libertad de los muchachos.

—¡Querido amigo! ¿Qué este orden social será sustituído por otro? ¡Ni qué discutirlo! Es como si de los cálculos astronómicos resultase, un mal día, que en tal otro, hora, minutos y segundos, vaya a estrellarse la tierra contra un determinado cometa. ¿De qué vale, entonces, encarcelar al astrónomo y destruir el libro donde lo haya escrito?

—¿Quiere decir que usted?...

—¡Ta, ta ta! Yo no; los hechos, los hechos fatales.

Cerró el volumen de escrituras sagradas, le tumbó la ceniza al cigarrillo oloroso con el meñique gordezuelo, dentro de un cenicero de alabastro que en el centro de la tertulia para ello estaba y prosiguió cultivando la extrañeza de la escuela con la peregrina sociología:

—El rey de Guapilandia, mis queridos amigos, tuvo un acierto genial cometiendo un error gravísimo.

—¿Paradojas ahora?

—No, no. Verdades como un templo. Guapilandia, como ya lo habrán adivinado, era el país de los guapos, así denominados allí los valientes. Eran muchos, formaban legión y estaban armados y envalentonados hasta decir no más, por causa de las guerras intestinas que los habían producido, una tras otra sin respiro de paz que no fuese azarosa. De donde se originó una especie de contrato social, para decirlo con palabras de Juan Jacobo, en virtud del cual todo el país convino en que era necesario y prudente hacer a uno de ellos, a uno cualquiera, más poderoso que todos los demás, a fin de que, dominados por él, como también el resto de la población, guapos y no guapos, se emparejaran un poco y fuesen transitables los caminos, entre otras cosas. Siendo de advertirse que

en ese cuasi-contrato tuvieron ingerencia principalísima los mismos sobredichos guapos, pues así se evitaban andar a la greña unos contra otros y todos juntos continuarían sacando la mejor tajada del festín.

Repartió cigarrillos entre la escuela atenta, volvió a tumbarle la ceniza al suyo, fumó de él golosamente, expulsó el humo en tirabuzoncitos hacia el alto techo de la biblioteca y prosiguió:

—Pero había sucedido que mi rey y señor, para poder serlo de veras, después de haberle quitado todo un río a toda una ciudad —malicioso no sea quien me oiga— se dió a la tarea de desarmar sus guapos, sacándolos de sus feudos chiquitos, para convertirlos en cortesanos, más o menos espalderos todos. Y aquí el genial acierto junto con el deplorable error, porque no habiendo ya guapos —muerto el perro se acaba la rabia— cesaba el cuasi-contrato y ¡ojos que te vieron, mi rey y señor!

Sobrevivno un silencio penoso, despidió humo toda la escuela hacia el techo de la biblioteca, se volvió casi irrespirable el aire y al cabo de un buen rato uno de los discípulos, no pudiendo ya más con su angustia, interrogó:

—¿Pero usted no cree que el General Parmenión dominará definitivamente la situación y restablecerá el orden debido?

—Sí —respondió el maestro, tras una breve pausa.— Ya casi lo ha hecho.

Un poderoso resuello de alivio de toda la escuela lanzó violentamente el humo que flotaba sobre ella hacia el alto techo y Daza prosiguió:

—Sólo que el cuasi-contrato, por los cambios del tiempo, pide ahora forma diferente, si no completamente opuesta. Y en esto hay que reconocerle al doctor Marcos Roger ojo zahorí que le honra mucho. No estando ya el sucesor del rey asistido de efectivas fuerzas —o dicho de otro modo: no rodeado ya del miedo que su antecesor inspiraba— le era necesario conquistarse el amor de su pueblo y para esto, como dijo el otro:— "corrientes

aguas"... —Que me atrevería a aseguarar que lo dijo en versos, pero sin garantizar si fué Garcilaso.

Y al cabo de otra cenicita tumbada:

—Pero de todo lo cual se desprende que Guapilandia ya no es tan Guapilandia, que el tremendo hombre de presa comienza a replegarse hacia el fondo de los tiempos y que es aconsejable que otros hombres —mientras no viene y se asienta aquello otro del principio— vayan preparándose para reemplazarlo por completo.

—¿Alrededor de quién, doctor Daza? —preguntó uno, que resultó ser Clímaco Monegas.

—¡Qué pregunta! —exclamaron varios a un tiempo.

De los cuales uno continuó hablando:

—Si todo lo que ha pasado y lo que continuará sucediendo hasta su natural remate, es, sencillamente, progreso. De lo confuso a lo diferenciado; de lo simple —verbigracia: instinto —a lo complejo— de inteligencia preparada; —de lo inferior a lo superior. En una palabra...

No se atrevió a pronunciar la palabra —que posiblemente eran dos, componentes de un nombre propio;— pero Basilio Daza se volvió hacia él, con visible agradecimiento en la empolvada faz y luego se inclinó hacia el cenicero de alabastro a tumbarle otra vez a su cigarrillo oloroso la ceniza que aún no tenía.

Y Clímaco Monegas, con la humana alegría de entender, pero que en él tenía que ser de explosión a cierto plazo:

—¡Ah caramba! ¡Sí, hombre! Que el país pronto no se llamará Guapilandia, sino Basilandia.

Era demasiado, incluso para el propio Basilio Daza y toda la escuela activa se sintió incómoda y se puso a tumbarles las cenizas a los cigarrillos dentro del cenicero elegante.

Pero como Daza había abandonado allí la colilla del suyo, las dejaron ellos también y luego se pusieron de pie, con lo cual terminó la lección inopinadamente.

Después de todo, la culpa había sido del maestro al consentir heterogénea escuela. ¿Quién ha visto médico que de algún modo no desbarre en sociologías?

Las colillas se quedaron humenado lánguidamente en el cenicero de alabastro.

LA MANO QUE LE NEGARON

No obstante aquel ambiguo emperifollamiento de evangelios, epístola, estampa alegórica y cita de Garcilaso, y aparte lo que era ocurrencia de su tortuoso ingenio, las observaciones de Basilio Daza sobre los cambios del tiempo eran exactas; había terminado una época que en Hermenegildo Guaviare, señor de vidas y haciendas, alcanzó su expresión más característica —violencia pura y absoluta— y ya comenzaba otra, aunque de perspectivas inciertas, que nada realmente bueno prometía de inmediato, puesto que de aquellos males era también hechura el hombre alrededor de cual comenzaba a girar el tiempo nuevo, y hechura a medias, que sería añadidura de mediocridad.

Pero coincidían circunstancias de orden psicológico para que Guaviare consintiese en las novedades ocurridas.

Por una parte, no era a él a quien le quitaban el río para devolvérselo a la ciudad, porque "Sabana del Muerto" pertenecía ya a Efigenia, en cambio de "Rinconada y Floramarilla", para entonces ya de propiedad de él, una sola de las cuales —por cierto— valía más que aquel hato. No se detenía a pensar en que esta ventajosa operación no había sido ocurrencia suya, sino hábil acomodo que de sus apetitos de codicia le había hecho Basilio Daza a los propósitos de Parmenión, ni tampoco a reflexionar tuviese convirtiendo en instrumento de sus designios y al sobre lo que significaba ya que algún otro hombre lo estemible señor de vidas y haciendas de poco antes le daba ahora menguada complacencia de bribonzuelo haciéndolo decirse que era a Efigenia a quien le quitaban el río.

Pero "Rinconada y Floramarilla", ricos fundos de café en corazón de montaña de clima tierno y sano, eran mejores aires que ya comenzaba a pedírselo su salud, siendo además conveniente cambiar de escenario, siquiera por

tiempo breve, pues en la casa del hato —que ya volvería a su dominio, cuando lo juzgase oportuno— su "casa de adentro" ya se le estaba quedando toda desocupada, hasta el extremo de ocurrírsele una noche, —por ruidos que en los tejados sintieron los peones que cerca de allí estaban y para cerciorarse de la causa se pusieron en movimiento, arma en mano,— decirles desde su hamaca:

—Estense quietos. Es el Edecán, que viene a conversar conmigo.

Mas para tener que preguntarle enseguida:

—¿Pero he sido yo quien tal cosa ha dicho?

Finalmente, rinconada de montaña para hombre que ya empieza a sentir que vienen por él, siempre es panorama más tranquilizador que sabana abierta. En realidad, no había logrado recuperar todavía todo el necesario dominio de sí mismo para plantearse y resolverse satisfactoriamente esta pregunta en suspenso: ¿Por qué mató a "Comemuerto"?

Que luego había tenido que responderle a esta otra: ¿Por qué lo hizo, deliberadamente, en presencia de Basilio Daza?

Le prestaron los aires tonificantes de altura y bosques tupidos, le apaciguaron el espíritu las aguas corrientes en los propios manaderos y los suaves murmullos de fronda florida de cantos de pájaros y ya estaba haciéndose estas preguntas:

—¿Qué necesidad tendrá el hombre de afanarse tanto? ¿Por qué empeñarse uno en que no corra el agua por donde la pendiente se la lleve?

Era la primera inclinación a diálogos consigo mismo sin la revestidura temeraria. Fuera de él las cosas habían obedecido a las leyes impersonales y constantes de cuyo mecanismo surgen, se definen y se transforman las épocas de la historia; pero las circunstancias personales habían concurrido también: su abandono de las formalidades del poder en manos de Parmenión se lo dictó su desgano de gobernar y mandar desde un despacho, dentro de horas reglamentarias, firmando oficios; su contención en la hora precisa del cambio a fondo que comen-

zaba a efectuarse, se le originó de la desbordada sobreestimación de sí mismo que se le había desarrollado y complacido en aquellos señeros ejercicios de mando, y, como en todo ofuscamiento, perdió la exacta medida del peligro que estaba corriendo, le pareció todavía pequeño para su capacidad de sofocarlo y a temerarias tarascadas se quitó las fuerzas que aún pudieran acompañarlo, para debérselo toda a sí mismo, otra vez. Pero como nada resulta igual otra vez, se le pasó la mano en las tarascadas y se quitó también a "Comemuerto", ejecutor de sus crímenes, porque era una boca que en un momento dado podía Parmenión hacer hablar; mas sin hacerse esta reflexión, de donde le habría venido dominio de su acto, que por faltarle fué aquel otro exceso de desembarazarse de él en presencia de Basilio Daza, para que éste no creyese que por miedo se lo quitaba de encima. Pero, finalmente, trueque de un testimonio por otro más peligroso, ya estaba cogido entre sus propias hechuras y la canana con revólveres y ringlera de balas no podía ser sino recurso para la desesperada... ¿Qué necesidad tiene un hombre de afanarse tanto?

Pero fueron a reclamárselo otras hechuras.

Cinco recios mocetones, en cada uno de cuyos rostros, entre el aire de distintas madres, había un rasgo suyo dominante, de la siembra de sus apetitos irrefrenables, esparcida y desconocida. A aquellos, especialmente, nunca ni los había visto siquiera. Los contempló despacio, uno a uno y se complació en verse reproducido en aquella juventud vigorosa.

—Somos de los regados a trechos largos —díjole uno, hablando por todos.— Nos hemos puesto de un acuerdo porque todos estamos pendientes de la determinación de usted.

—¿En qué sentido? —preguntó, ya comprendiendo, sin embargo.

—En el de la vuelta al sitio que usted debe ocupar. Nos está faltando ya su sombra, que hasta nosotros llegaba, sin darse usted cuenta y venimos a reclamársela, poniéndonos a su orden desde luego. Somos hombres de tra-

bajo que nunca lo hemos molestado para pedirle favores; pero no podemos correr albures de una mala jugada.

Continuó contemplándolos otro rato y luego, ya con un sentimiento nuevo en su corazón, tierno casi, pero que tendía a ponerlo melancólico, repúsoles:

—Con ustedes no. Esta es una carta vista a la que no se le puede fiar sino suerte echada. Pero no les faltará mi sombra por mengua de diligencia mía. Vuélvanse a su trabajo.

Y allá iba por la fila peñascosa de una galera, —término de la región de los montes, a cuya falda opuesta la tierra fatigada de empinarse se tendía a descansar en llanuras— camino de "Aguada Podrida", donde vivía Natividad Sevillanos, bravo guerrillero de ensangrentados laureles sobre los cuales se había dormido hacía años. A invitarlo, como luego lo haría con otros de pareja condición, allá y más allá, para la parada de los hombres machos que a su carta vista les fiasen sus suertes, echadas también.

Pero iba tendiendo miradas contemplativas, con la complacencia de hombre que en tierras fincaba su riqueza, sobre la primavera de oro que los araguaneyes, los guamachos y los floramarillos habían encendido en la parda uniformidad de las sabanas y por las vertientes de la galera. Y casi estaba oyendo otra vez aquello por donde comenzó el diálogo:

—"¿Qué necesidad tendrá un hombre"...

A la sombra de un araguaney junto a un corozo estaba la casa de bahareque y tejas de Natividad Sevillanos; en el soberado de ella la cosecha, ya lista para la venta, del buen tabaco de mascar que por allí se producía; y cerca de ella, al abrigo de un bosque tupido, en las ramas de cuyos altos árboles retozaban todavía los araguatos que allí pernoctaban, la aguada de emanaciones sulfurosas, de donde le venía el nombre que le daba al sitio, manando y deslizándose en silencio de remansos burbujeantes entre un vasto peñascal esparcido.

Natividad Sevillanos usaba todavía la barba crespera, reliquia de su admiración por el caudillo de la revo-

luición del 92, de quien fué oficial; pero hacía años que se había dejado de andanzas militares.

—¿Una partidita de tiros contra el Gobierno? ¡Ah caramba, General Guaviare! Ya esos tiempos pasaron, como las golondrinas aquellas de la canción de nuestra juventud.

—¿Es que te sientes viejo, Natividad?

—Viejo no dice nunca el hombre que se siente, cuando otro se lo pregunta para que sobrentienda otra cosa de difícil expresión. Pero desacostumbrado, sí puedo responder que estoy. Y pasada de tiempo, compañero, la partidita esa. Convénzase. Porque vías de comunicación —no de aquellas que en nuestra época trazaba el ingeniero Cascoemula, como una vez le oí al General Crespo— telégrafo, hasta sin hilos ya según dicen, y armamento de precisión y largo alcance en manos del Gobierno, ya se nos acabó aquello, sabrocito, de cuatro horas peliando y dos bajas nada más. Y como en esas novedades usted contribuyó en la parte que le correspondía, acuérdese de que un día le dije: —General Guaviare, todo eso va a ser cuchillo para su garganta.

—¡Conque se te enfrió el guarapo, Natividad!

—Todavía no, mi General. Aquí en Aguada Podrida siempre hay alguno calientico, para quienes quieran venir a probarlo. Pero ahora no lo reparto para hacer entrar en calor a los demás, sino que me lo guardo para sudar mis calenturas. Cuando me dén. Y por donde me dén, General Guaviare.

Y esto último lo dijo acariciándose su barba crespera.

Se puso de pie Guaviare, entrevista concluída, exclamando:

—¡Quién me dijera la mano que me iba a negar el "Tigre de Aguada Podrida"!

Y Natividad sonriendo:

—Bastantes becerros y hasta orejanos grandes descuartizó en su hora y punto de tigre cebado. Sin ser de pinta menudita, que según dicen los que saben, es el distintivo del verdadero tigre. Como otro que quiere roncar

otra vuelta y no le arriendo las ganancias.

—Lo veremos. Hasta la vista, Natividad. Que te conserves bien.

—Gracias, compañero. Aquí estoy procurándolo. Y disimule la incomplacencia. De aquellos desguaces me quedaron estas tierritas y algunas vaquitas. Ahora me mientan el "Tigre Agachado de Aguada Podrida" y viviendito de eso estoy.

Dicho lo cual y ya alejándose Guaviare, se quedó el antiguo guerrillero temible a la puerta de su casa, sonriendo y acariciándose la reliquia de su admiración y su bravura.

Regresó Guaviare a "La Rinconada", se quitó del cinto la canana de revólver cargado y ringlera de balas y mientras tanto murmuró:

—¡La mano que me negaron! Que no digan después que no me dejaron solo.

Pero antes de guardar la canana, contemplándola:

—Solo me bastaré. A su hora y punto.

EL RIO

No se lo había hecho observar Basilio Daza, conforme a su estampa de Guapilandia, pero su instinto se lo advirtió. Ya no eran los tiempos de la balandronada guapetona ni del arresto temerario para sojuzgar a los hombres. Arrebatarle el río a la ciudad fué el procedimiento de la época de Guaviare, el alarde de hombrón que ella pedía para sus complacencia, al tono heroico del guerrear continuo; devolvérselo era lo que aconsejaba la suya: la maña paciente que diera dominio irresistible. Natividad Sevillanos, desganado de guerras, "viviendito" del producto de sus travesuras pretéritas, no era un caso aislado ni proveniente de pura determinación personal: los viejos caudillos continuarían usufructuando el botín de la revuelta armada, pero siempre que se limitasen a pacífica explotación del miedo que hubieren logrado inspirar. Ahora las cosas venían por otros caminos y era ne-

cesario reconocer que Parmenión Manuel estaba a la medida de su tiempo: no propiamente evolucionado todavía, pero sí trastocado.

Heredó la fuerza de Hermenegildo Guaviare, pero también la hostilidad unánime de todo el pueblo contra éste y de ahí que bamboleara su poder durante los días de la muchachada rebelde; mas surgió entonces una forma nueva, sopló el Espíritu —como lo interpretó Basilio Daza, con auxilios de los Evangelios a sus sociologías— se le creyeron a éste aquellos comerciantes que abrieron sus puertas al tercer día del peligro y desde entonces quedó rota la unanimidad hostil y contra la agitación popular que bien podría desembocar en reivindicaciones definitivas, se puso al lado de Parmenión "la gente de orden", que no podía aspirar sino a que se le garantizase el tranquilo disfrute de sus privilegios. Parmenión Manuel era, pues, una hechura de su tiempo. Estaba al revés porque trabajaba para el futuro de cara al pasado a que pertenecía; pero estaba, era ya.

Y se lo comía la impaciencia de ver realizada ya su obra: la devolución del río a la ciudad. Porque, ni para él —naturalmente— ni para nadie tampoco, por absurdo que pareciese, sería aquello de ningún modo obra de Marcos Roger. La gente de orden, porque con Parmenión estaba y suyas debían de ser todas las glorias; los que compartían la popular agitación soterrada, porque Marcos Roger les había hecho traición al entenderse con Parmenión Manuel.

Se calculaba que las aguas restituidas a su antiguo cauce pasarían frente a la ciudad hacia las once de la mañana, pero desde muy temprano había gente por allí esperándolas.

Era día de fiesta. Ya en la Iglesia Matriz había cantado el viejo Obispo el "Tedeum", a la hora precisa de la voladura del dique, allá en el Caño de Sabana del Muerto y toda la población discurría por las calles embanderadas y vibraba a las noticias de la marcha de las aguas.

—Que ya pasaron por Cañada Angosta. Que ya están llegando a las Vueltas de Araguaney.

Y todas las calles que desemocaban al río vertían muchedumbre ansiosa que iba apiñándose al borde de la cañada que por allí encajonaba el cauce.

—¿Cuándo empezarán a repicar las campanas? —se preguntaban aquí y allá los impacientes.

—Cuando el campanero de la torre grande divise las aguas por los planes de Tierritas Blancas.

—¡Shss! —hacían algunos, recomendando silencio y cuando este se producía:— ¿No escuchan como un trueno que se viene acercando?

Aguzaban los oídos, paraban el aliento, no escuchaban nada que no fuese rumor de gentío, pero aseguraban:

—Sí. Ya se oyen las aguas. Ya se oyen.

Parmenión Manuel ocupaba una tribuna levantada en sitio de preferencia, desde donde se abarcaba gran trecho del cauce. Lo rodeaban el Obispo viejecito, los párrocos de todos los templos y las personas notables de la población; pero las preferencias de su capacidad emotiva— que no era mucha, a la verdad— se las estaba dedicando, por ejercicios de socarronería, al doctor Marcos Roger, que allí también estaba.

—Fíjese, doctor. Fíjese en la tierra del cauce: resquebrajada de puro seca, como una boca de sediento pidiendo de por Dios una ñinguita de agua. ¡Y pensar que dentro de unos momentos esto va a ser un río grande y navegable!

—Gracias a usted —repuso Roger, fiel a su propósito de estimular en todo y por todo la voluntad de obra buena que pudiese haber en Parmenión.

—Sí, señor. Gracias a mí. No tengo por qué ocultarlo. El río siempre ha sido mi preocupación. Usted lo sabe.

—Así es.

El gentío congregado en torno a la tribuna había hecho silencio para oirle aquellas palabras y luego se oyeron estas otras de Clímaco Monegas:

—¡Ah, General! ¿Por cuánto me vende el gusto que usted se está dando?

—Ni por el título de doctor que lleva usted encima

—le respondió Parmenión, a quien por mucho que fuese hombre trastrocado tenía que causarle disgusto aquella cosa ruin que era su Médico de Ciudad.

Y estalló un aplauso entre la gente del pueblo, por lo cual Parmenión sacó afuera toda su sonrisa de ocasiones públicas, pero de una manera muy especial.

Mientras Basilio Daza se complacía en humillar a Monegas:

—Ni que estuviéramos en pública subasta, mi querido galeno. ¿Cómo se atreve usted a ofrecer en venta, así, su título?

Los estudiantes del colegio formaban grupo a poca distancia de la tribuna, en torno a Mariano Urquiza y Marta Elena, alto y tieso Martín Campos, con los brazos cruzados y la boca apretada; pero Aníbal Pereira se les apartaba de cuando en cuando para recorrer otros grupos de gente del pueblo, entre la cual estaban el albañil Juan Salinas, Doroteo Arguinzones, el negro "Cabo Pisao" y el maestro Marcelino, con quienes se cruzaba rápidas palabras a las que ellos correspondían con movimientos afirmativos de cabeza.

Sonaron de pronto todas las campanas de los templos echadas al vuelo, estallaron petardos y cohetes se apretó más el gentío a los bordes del cauce, transcurrieron unos momentos de silencio unánime y luego reventó el unánime clamor:

—¡El río! ¡El río!

Ya venían las aguas hinchadas, turbias, revueltas, con remolinos de espumas, toda la masa del caudal llenando el cauce sediento. Se alzaban a una y otra orilla los brazos, echando a lo alto la alegría y acompañaba el fragor de la corriente la exclamación multitudinaria:

—¡El río! ¡El río!

Lo seguían las miradas atentas a la recuperación del cauce palmo a palmo, se tendían por la anchura que ya ocupaban las turbias aguas revueltas y eran bosques de brazos alzados en las yermas riberas el saludo de un pueblo.

Ya llegaba frente a la tribuna de Parmenión y su sé-

quito, ante la cual habían venido a colocarse Pereirita y Martín Campos.

Parmenión sonreía, quizás verdaderamente emocionado, Marcos Roger había empalidecido...

Martín Campos se mordía las uñas nerviosamente y cuando las aguas pasaron ante ellos —el preciso momento que esperaba Parmenión para oir su apoteosis— Aníbal Pereira se volvió hacia la tribuna, se empinó y gritó:

—¡Viva el doctor Marcos Roger!

—¡Viva! —coreó la voz del pueblo.

Empalideció Parmenión, acudió Clímaco Monegas, abriéndose paso como un energúmeno por entre sacerdotes y señoras, y ya había apoyado una mano sobre el antepecho de la tribuna y alzaba la otra para levantar el grito de enmienda, cuando Parmenión lo agarró por un brazo, se lo sacudió y le dijo, autoritariamente:

—No abra la boca, doctor Monegas. No abra la boca.

—Es para...

—¡Que se calle le digo!

Y otra vez repitió Clímaco Monegas aquellos lamentables movimientos de las manos, como para sacudirse escozores.

EL PECADO CONTRA EL IDEAL

Viéndolo a fondo, Parmenión tenía ya algo que agradecerle a Pereirita. Porque no era cierto que en ejercicios de bien pudiese complacerse toda la naturaleza de Parmenión y por lo tanto no le convenía a su contentamiento de sí mismo una demostración unánime y sincera de amor de su pueblo por el bien que le hacía, atadura en todo caso, atadura y límite que así le habrían puesto a su naturaleza dentro de los exclusivos términos de aquellos ejercicios. ¿Qué iban a hacerse, entonces, sus apetitos de mando a la manera autoritaria, su codicia de ventajas personales y, sobre todo, su irresistible necesidad de verse rodeado de hombres sumisos, para que nadie pudiese hacerle sombra, ni crearle dificultades? Pereira le había puesto en libertad toda esta porción de su naturaleza y ya era bueno que comenzase amargado, para que pareciese tener justificación lo que de allí le fuese brotando.

Marcos Roger, en cambio, no tenía sino reproches para la conducta del estudiante justiciero. Parmenión se le distanciaría, se le enajenaría, rencoroso contra él y si ya era mucho haber logrado que la ciudad recuperase su río, arteria de riqueza, mucho también, de beneficio colectivo, sería lo que habría de frustrársele por causa de aquel grito irreflexivo.

—Irreflexivo no, doctor Roger —repúsole Pereira, cuando aquellos reproches le hizo. —Bien pensado y bien calculado.

—Pues no se lo agradezco, joven.

—No, doctor. En realidad nada tiene usted que agradecer. Y a mí, particularmente, de ningún modo, porque no fué idea exclusivamente mía, sino compartida y concertada con Martín Campos, aquí presente.

Martín Campos apoyó con movimientos de cabeza, mientras miraba ceñudamente a Roger y éste, adelantándose a lo que no quería oír de boca de ellos:

—Comprendo —dijo. —Me escogieron ustedes como instrumento para el propósito de hacer rabiar a Parmenión.

—Jóvenes, no les diré que ustedes no tienen razón, porque comprendo y acepto; pero tampoco les reclamaré que me concedan alguna, puesto que ya he sido juzgado sin que se me oyera previamente. El tiempo dirá quienes contribuyeron y con cuánto cada cual.

Y se retiró de la presencia de aquellos jóvenes —uno de los cuales, Martín Campos, le había sido especialmente adicto —ya con un comienzo de tristeza, de incomprensión y soledad.

Pero no desmayó en su propósito de adueñarse de la voluntad de Parmenión, para convertírsela toda en obras útiles para su pueblo y como éste ya no quería verlo sino humillado ante él, aceptó la necesidad imperiosa de complacerle la mala apetencia.

—Hijo —díjole un día doña Rosa.— Tenemos que hablar. Por trascorrales me están llegando unas noticias que ya comienzan a preocuparme y tú me las confirmas con tu desgana de comer, tu obstinado silencio y tu humor sombrío.

—¿Que ayer dejé chiquito a Basilio Daza en un torneo de lisonjas a Parmenión? —interrogó él, a manera de confidencia.

—Pues...

—Es el precio, que no estoy dispuesto a regatearme.

—Aguarda, aguarda. Virtud que no pueda ser practicada todos los días, fácilmente, agradablemente, no es muy recomendable, porque el día menos pensado falla y porque no está al alcance de todos tomarle ejemplo. Bien están sacrificios, pero no tantos como para entrar en el santoral, con sobrenombre de mártir, porque, después de todo es formar mundo aparte, dejándonos este de aquí abajo tan malo como se le encontró.

—Yo no hubiera querido llegar a tanto —repuso;— pero ya no puedo regresarme.

Y este fué todo el diálogo que se allanó a mantener con doña Rosa.

Parecía ya un camino temerario que fuera a desembocar en la insensatez. No se aisla el hombre, como él durante varios años, sin riesgo de que cuando vuelva al

mundo no entre por donde derechamente se vaya a comunicación verdadera con los demás y a exacta comprensión de las cosas, sino se meta por donde se continúe solo, en forma peor de la soledad, ajeno hasta de sí mismo. Pero había, realmente, motivos de orden positivo y práctico que lo obligaban a excederse en las complacencias de Parmenión. Basilio Daza le estaba dando la pelea para disputarle la supremacía y no era justificable que se le abandonara el campo a aquel hombrecillo funesto. Parmenión se le inclinaba a ratos, pero a ratos también se escoraba hacia el consejo de Daza y allí podría quedarse varado si no se hacían sobrehumanos esfuerzos por enderezarlo.

—Doctor Roger —díjole una vez Basilio.— ¿Sabe que le estoy aprendiendo cosas? Le confieso que me tiene maravillado.

—Pues aún no le he dado todas mis lecciones, doctor Daza.

—¡Caramba, caramba! Y lo más extraordinario del caso es que no parece cinismo esa réplica de usted.

—Tal vez porque usted lo compara con el suyo.

—¡Doctor Roger, doctor Roger! Acéptele un consejo a su enemigo más cordial. Su camino es otro. A la larga se le descubrirá que venía extraviado.

—¿No será esa una invitación a que lo deje solo, doctor Daza?

—Doctor Roger, su compañía en estas andanzas me complace mucho; pero me da el corazón que me durará poco. Esto, como el poeta, se nace; no se hace.

Y llegó el día de la luna llena.

Parmenión había adquirido la costumbre de ir a "Camposolo" por las tardes, en vez de a "Párate Bueno" como antes, porque desde allí se contemplaba el mejor espectáculo del río en su mayor anchura y él estaba enamorado de su obra. Marcos Roger acostumbraba acompañarlo, no obstante la agria pena que le causaba pisar aquella tierra donde transcurrieron sus días más serenos, más íntimamente suyos, y allí estaba aquella tarde en el séquito de Parmenión, sentado en un semicírculo de sillas frente al ancho río.

—¡Bueno! —dijo de pronto Parmenión.— Ya va a alir la luna llena y esto se pone muy bonito cuando ella parece, allá, sobre el río, precisamente, tras de aquella uelta. Pero eso hay que gozarlo acostado sobre la hierba, oca arriba.

Y en diciendo esto, dejó la silla que ocupaba y se tendió boca arriba sobre la hierba del campo ribereño.

Lo imitaron todos y a Marcos Roger le quedó al lado n General llanero de apellido Quintana, que por primera vez figuraba en aquel séquito y al otro lado del cual onreía pérfidamente Basilio Daza boca arriba.

Parmenión, con los dedos entrelazados sobre el pecho, parecía no atender sino a la aparición inminente de a luna sobre el río; pero en realidad estaba gozándose en a furtiva contemplación, de reojos, de aquel panorama e hombres tumbados, Marcos Roger especialmente entre llos, bajo cuya mejilla, —la que Parmenión podía ver— le temblaban contracciones musculares, mientras que Basilio Daza se le estremecía el pecho a intervalos, por isa contenida e intermitente. De todo lo cual se sacaba armenión estas frases mentales:

—¡Ah doctor Daza y lo que está gozando!

Salió por fin la luna, llena y risueña.

—¡Ahí está! —dijo Parmenión.— Mírenle qué cara an contenta trae. Bonita noche nos promete.

—¡Hermosísima! —susurró el séquito tumbado boca rriba.

Y el general Quintana a Marcos Roger:

—Compañero. ¿En la luna hay habitantes?

—No.

—¿Está seguro, compañero?

—Pues... Por lo menos, seres análogos a nosotros o puede haberlos, porque la luna carece de atmósfera.

—Menos mal —dijo el llanero guasón, con resuello e alivio.— Porque si hubiera gente allí y estuvieran iendo para acá en este momento, bonito papel el que esaríamos haciéndoles.

Se estremeció todo el Basilio Daza supino a causa de risa, mientras a Marcos Roger se le hacían más fre-

cuentes y más fuertes las contracciones de los músculos faciales, mas no por gracia que aquello le hubiere causado; pero como Basilio, tal vez por buscarle la lengua al llanero ocurrente se había puesto a darle codazos, éste, que no transigía con ambigüedades, se le apartó murmurando:

—¡Hum! Eso no es aquí. Déjame arrimarme al otro, más bien.

Pero ya Marcos Roger se incorporaba para marcharse. Como en efecto lo hizo.

—¿Qué le pasa al doctor Marcos Roger? —preguntó Daza, incorporándose.

Y Parmenión le respondió.

—Pasos de luna, doctor Daza. Que con las llenas terminan. Uno que se equivocó de camino. ¿No se lo dije el otro día?

No se lo había dicho nunca, sino que se lo había oído al mismo Daza. Pero Parmenión era así y Daza, ya dueño del campo, elogió:

—¡Pupila que tiene usted, General! Esa tontería que hace al hombre de mando: golpe de vista.

Se incorporó Parmenión:

—Pero no le perdono al doctor Marcos Roger que se haya quitado de mi lado, sin despedírseme siquiera.

Allá iba, atravesando ya el puente tendido sobre el río por donde se entraba a la ciudad, cerca de la ermita del Rosario. Ya estaba anocheciendo y la luna rielaba en las aguas serenas. Acababa de atracar por allí un alijo colmado de plátanos para el mercado del día siguiente y los hombres ocupados en la descarga charlaban cruzándose buen humor con el dueño de la embarcación.

—Aprovéchese, patrón —decíale uno de ellos.— Y tráigase en el alijo tó lo que arrejunte por áhi, que to lo que viene por el río se vende aquí lijero, ná más que por eso.

Iba a pasar de largo Marcos Roger, pero aquellas palabras lo hicieron detenerse. ¿No era una necesidad del pueblo, satisfecha, aquella recuperación del río por donde ya llegaba la abundancia?

Pero otro de los descargadores agregó:

—Y aprovéchese ligero, patrón. Porque ya se dice por áhi que Parmenión se ha mandado a construí qué sé yo cuántos alijos pa monopolizá el negocio.

—¿Será posible?—se preguntó Marcos Roger.

Y una voz bronca resonó a sus espaldas:

—Esaú vendió a Jacob su derecho de primogenitura...

Era el Padre Romero. Se volvió a encarársele, quitándole la palabra:

—¿Dónde me ha visto usted el plato de lentejas, precio de esa venta? Sacrificios sólo me cuesta, amarguras.

Y el sacerdote, sin detenerse:

—El pecado contra el ideal es estéril, como las tierras malditas, donde se siembra pero no se cosecha.

IV

JEFE ES JEFE

PERO no era el hombre de una sola pieza que por un camino único puede lanzarse de un solo impulso y de la deserción de Marcos Roger de sus filas, en vez de rencor le quedó desabrimiento. Punto menos, para mayor exactitud, que resentimiento definido.

Pusiéronle revulsivos los interesados en verlo lanzarse categóricamente por donde a ellos les convenía:

—Es que con esa gente no se puede contar, General— díjole el Secretario, mientras le tomaba las firmas.—Son malagradecidos para empezar y con eso ya está dicho todo.

Parmenión, sin embargo, se limitó a dejarse en la cara aquel gesto desabrido que expresaba su sentimiento. A la verdad, él habría querido que Marcos Roger continuase al lado suyo; sólo que para apetencias que demostrasen buena inclinación él no sabía conjugarse el verbo querer en modo expresamente indicativo, sino en hipotético siempre. Había una porción de su naturaleza que debía de complacerse en las condiciones de rectitud y dignidad personal de Roger; pero la que a él le había formado en el ejercicio de las contrapuestas prácticas no le permitía adoptar una actitud definida. Oyó la invitación a represalias que le hacía el secretario; pero se quedó con su desabrimiento no más.

—¿Y... lo de Anterito, General? —prosiguió el secretario en sus empeños.— ¿Ha resuelto usted algo que pueda saberse?

Pensó un momento, se tropezó con su fórmula y respondió:

—Sí. La ley es para eso: para que se la aplique. Siéntese y tómeme lo que le voy a dictar.

Y al día siguiente aparecía en la prensa una nota dirigida a los jueces de la localidad, en la que se les exhortaba al más estricto cumplimiento del deber en la más rápida evacuación de los asuntos pendientes en los tribunales, "porque no es posible que un ciudadano sufra prisión indebida, ni padezca prolongado menoscabo de su buena reputación por demoras de los funcionarios de la justicia".

Era porque a Anterito Valdez se le había abierto juicio originado de haberse encontrado en el allanamiento de su casa consecutivo a su prisión, aquella extraordinaria cantidad de hierros aguzados y afilados que junto con muchísimas llaves guardaba en su cuarto, motivo de sospecha vehemente —lo primero— de que se dedicase a la fabricación de bombas explosivas; pero como aquello sólo no permitía pasar de la presunción a la prueba fehaciente y en el orden práctico venía siendo costumbre que no metiesen jueces la mano para abrir prisiones que jefes hubiesen ordenado, se recurrió al socorrido procedimiento de dar largas al asunto.

Pero si algunos creyeron que Anterito iba a ser puesto en libertad por obra justiciera de aquella nota, ya Parmenión sabía que sus jueces no se le quedaban cortos en lo de convertir en pruebas irrecusables las más vagas presunciones, cuando a él le descubriesen alguna gana que necesitase apariencia de justicia. Y se dictó sentencia condenatoria.

Lo que, por efecto de perspicacia, le permitió al secretario de Parmenión corroborar que, como la trinitaria al patio, cuando su jefe se montaba encima no se apeaba mente. Y esto era ya de todo punto necesario que alo comprobase y lo atestiguase, sin lo cual no preía Parmenión, por aquello que todos traían en la le dolencia antigua y se expresaba diciendo:

e es jefe.

Y los amigos del orden inalterable, de Anterito también casi todos, poco tiempo atrás, durmieron aquella noche tranquilos y confiados.

¿Podría decirse, acaso, que fuese de Parmenión toda la culpa?

EL IMPERIO DE LA LEY

No la sentencia, que ya se la esperaba, ni el injustificable exceso de injuriarlo, además, cuando ninguna falta hacía, porque sin duda no exigió tanto Parmenión, ni la desproporción de la pena donde el juez demostró que realmente era de los que nunca se quedarían cortos, ni la estrechez de la prisión a que del tribunal regresaba —que en ninguna tendrá nunca la comodidad asiento— sino la dolorosa experiencia de que se había equivocado.

Volvió abatido al calabozo de las sabandijas y a la pregunta de "Viruticas":

—¿Qué hubo? ¿Condena?

Respondió tratando de sonreír:

—¡Claro!

—¿Y el público? —insistió el compañero de prisión. —La gran protesta seguramente.

—No.

Y esto no pudo decirlo sino haciendo esfuerzos por no soltar el llanto.

Dobló la cabeza. Reaccionó, sin embargo, al cabo de un rato y al alzar la mirada hacia su compañero de calabozo lo vió sonreír maliciosamente.

—¿Qué? —le interrogó.

—Los sietecueros —repuso "Viruticas". —Que ya no están aquí.

—¡Ah! —hizo Anterito, comprobando que realmente ya no estaban con él.— ¿Qué se hicieron?

—Como creí que sería puesto en libertad, le pedí al cabo de presos que me los hiciera sacar del calabozo, porque, realmente, no he logrado tener ajuste con ellos, Le suplico que me lo perdone, pero... no está en mí.

Y Anterito sonriendo:

—No importa. Ya nada importa.

—No diga eso. Tiene una mujer y un hijo.

Se llevó la diestra a los ojos para cubrírselos, se los oprimió y restregó luego, se enjugó la palma de la mano pasándosela por la manga izquierda de la camisa y con aparente dominio de sí mismo:

—No será gran cosa —dijo. —El tiempo pasa y pronto estaré otra vez con ellos. No me traerán más a prisión por ningún respecto. La gente se olvidará de que una vez estuve en la cárcel y moriré de viejo, confundido entre los hombres que nunca estuvieron en la cárcel, como uno de tantos. Todo aquello era mentira y tontería. Peor todavía: miedo.

—¡Cómo!— exclamó "Viruticas".— Que lo diga yo, se explica. Porque realmente me hice meter en esta cárcel por miedo a lo que pudiera terminar haciendo conmigo Basilio Daza y por miedo al General Guaviare, también, ¿Pero, el espíritu de la conspiración cojeando del mismo pie?

—Miedo a otra cosa. A no dejar de ser nunca Anterito Valdez. Un hombre insignificante, de quien nadie tiene por qué preocuparse, de quien nadie debe acordarse nunca.

"Viruticas" se quedó mirándolo mientras se cogía y se soltaba el labio inferior entre el pulgar y el índice de la derecha y Anterito, sonriendo, concluyó:

—Por eso conspiraba. Mejor dicho: fingía conspirar. Muriéndome de miedo, por cierto. Cada vez que me metía, a medianoche, en una de las casas sin dueños, me temblaba todo el cuerpo de tal modo que necesitaba apoyarme en las paredes para no caer.

"Viruticas" continuó mirándolo en silencio y luego, en un momento bueno de su espíritu infeliz, díjole:

—Compañero. Dígame que eso no es verdad. No me tumbe la empalizada. De esta compañía con usted estaba sacando yo mucho provecho. No venga ahora a convertírseme también en viruticas. No hay derecho.

Y fué entonces Anterito quien se quedó mirando en silencio, un buen rato, emocionadamente, para luego decir:

—Tiene razón, Maragata. Y le agradezco sus palabras. Puede que de esta mentira resulte a la larga alguna verdad.

LA RIFA DEL ALIENTO

Lo vió parado en el vano de la puerta que daba al corredor, tenebrosa la noche del campo a sus espaldas, y entendió que le decía:

—Nunca le negué mi mano a la determinación de su voluntad, ni jamás pregunté por qué debía yo regresar solo de viajes que emprendiera acompañado. Dormí a su vera mi sueño ligero para que usted descansara bien con el suyo y si todavía me tuviera a su lado ya Parmenión no estaría gozándose de la mano que le tendió usted, que era derecha, y de la zurda con que él le hizo el "quítese de ahí, compadre"...

No supo cuándo había dejado de verlo, ni quién había vuelto a cerrar aquella puerta, como ya lo estaba desde el anochecer. Extrañó que no le hubiese preguntado por qué le hundió una bala de rifle en el cráneo, cuando él se acercaba confiado a "Capitán" para animarlo a que reventase la parada del bando de perdices... Le causó extrañeza, también, que todo aquello le hubiese sido dicho con modo de hablar suyo propio y aun con su propia voz, de cuya íntima resonancia era la impresión que le había quedado.

Volvió a sentarse en la hamaca, se pasó la mano por los cabellos... Se le quedaron algunas hebras entre los dedos crispados. Se las sacudió soplándose el dorso y luego la palma de la mano, "que era derecha" y se quedó contemplándose la eme formada por los pliegues profundos.

Se levantó decidido, fué adonde tenía la canana con ringlera de balas y revólveres cargados y se la fajó al cinto.

Daba las ocho de la mañana el reloj de la torre y acababa de sentarse Parmenión a su escritorio, colocado entre las dos ventanas hacia la plazuela del laurel gigante, cuando se le acercó el secretario, demudado y con palabras que se le resistían a componer la frase del anuncio:

—El policía de la Alcabala acaba de telefonear que el General Guaviare se dirige a la ciudad.

—Ya lo sabía yo —repuso, con una serenidad que

acabó de helarle el corazón al impresionable secretario.— De más lejos me dieron el pitazo hace rato.

—Dice el agente que viene solo —prosiguió el temeroso. —Pero yo temo que lo estén esperando para reunírsele sus amigos, ya de acuerdo.

—No. Usted no conoce al compadre como lo conozco yo. Viene solo y así llegará aquí. Pero tranquilícese y mire para afuera, a ver qué nota.

Miró el Secretario por una de las ventanas hacia la plaza y dijo, con el alma volviéndole al cuerpo:

—Se está reuniendo gente en la plaza. Hay ya bastante y por todas las calles llega más.

—¡Umjú! El pueblo que viene a presenciar la cosa, porque sabe que es su suerte la que se va a echar aquí esta mañana. Pero fíjese a ver si están por ahí los estudiantes... No. No se asome al balcón. Apóstese detrás de las cortinas, para que de afuera no descubran que de aquí estamos mirando para allá.

Hizo el secretario como se le ordenaba y desde allá dijo, al cabo de un rato:

—No están.

—Fíjese bien —insistió Parmenión, desde su escritorio— Porque ese silencio en reunión de pueblo, da a entender que alguno esté llevando la batuta. Fíjese si no está por ahí Pereirita, que ya me la hizo cuando lo del río.

Y el secretario, rectificando:

—Sí, General. Efectivamente. Ahí está. Y los demás también; pero dispersos entre el gentío que se va congregando... Y... tiene usted razón, General. A los que van llegando les hacen señas de guardar silencio.

—¡Jm!— hizo Parmenión, ahora con visible contrariedad.— ¿No lo dije? Pueblo reunido y callado... ¡En fin! Ya la hora es nona para lamentarse de que las cosas, echadas a andar, terminen cogiendo por donde uno no lo pensó.

Y el secretario, comprendiendo y acercándose al escritorio:

—General. ¿No le parece conveniente que mandemos gente nuestra a ponerse en las primeras filas de esa ma-

nifestación? Entre ellos hay buenos tiradores y al General Guaviare le sería difícil...

Pero le quitó la palabra la voz angustiada de un escribiente de la secretaría, que acababa de aparecer, diciendo:

—El General Guaviare. Se metió por el fondo.

El Secretario miró a Parmenión y éste, todo revestido de serenidad, díjole, sonriendo:

—Déjenme solo. Que no le cierren el paso.

A la vez que tiraba suavemente de una de las gavetas, dentro de la cual había puesto el revólver que se quitó del cinto al sentarse al escritorio. Luego se recostó en el asiento, sobre cuyos brazos apoyó los suyos. Nada de aquella actitud revelaba disposición para momento trágico; pero en la mirada fija en la puerta por donde debería aparecer Guaviare, estaba ya toda la voluntad centinela.

Lo anunciaban ya los pasos reposados y largos que hacían resonar las baldosas del pavimento del corredor hacia donde se abría la puerta del despacho y como no había allí nadie que le impidiera el acceso, la traspuso y avanzó amenazante, la mano izquierda apuñada y apoyada contra el pecho henchido de temerario coraje, dos rayas apenas los ojos por entre los párpados encapotados. Era la violencia que venía al arrebato definitivo; pero también una hechura arrogante de la exaltación de la hombría, que no podía faltar a rifarse el aliento para el resuello de la victoria. Hubo quien le advirtiese que el pueblo estaba reunido en la plaza, frente a la Casa de Gobierno y por eso se había metido por el fondo de ésta, sin que nadie fuera osado a cerrarle el paso. Avanzó hacia el escritorio, tras del cual no había alterado Parmenión su compostura serena y temeraria también; pero al pasar ante una de las ventanas se detuvo, miró hacia afuera y murmuró, sonriendo siniestramente:

—¡Populacho! Ya te miro corriendo con las manos en el fundillo.

Y virando rápido hacia Parmenión.

—¡Aquí me tienes!

—Siéntese, compadre —repuso el de la serenidad imperturbable.— Siéntese para que hablemos.

—Dos palabras finales se cruzan de pie.

—Yo se las escucharé sentado.

—Me traicionaste.

—Si así lo considera usted, piense que ese caso era una coyuntura de dos traiciones a escoger. Y si quiere, asómese a esa ventana y pregúntele al pueblo con cual de los dos prefiere quedarse.

Pero la réplica fué la diestra al cinto, por uno de los revólveres.

Sacó de la gaveta el suyo Parmenión, rápidamente y fueron dos disparos simultáneos, certeros ambos. Tambaleó Guaviare, murmurando:

—Me pudis...

Y se derrumbó sobre el suelo, ya muerto, al mismo tiempo que se desplomaba sobre su asiento Parmenión, cogiéndose el pecho con entrambas manos sobre el corazón.

Afuera—la multitud en la plaza, pendiente la suerte de un pueblo de la rifa del aliento— era un silencio imponente, contenidas las iras, frenado el entusiasmo...

SIN EMBARGO, ANGUSTIA...

De la grave herida quedó postrado Parmenión con insegura suerte. Un día, que no daba esperanzas; otro día que:

—¡Caramba! Como que va a levantarse el hombre.

Esperanzas de unos; pero temor de otros, que eran los más.

El interino no lo estaba haciendo mal y la ciudad recuperaba la placidez de sus mejores días, con la añadidura de la reconquista de un bien perdido. Por el río llegaban y partían alijos y canoas colmados de frutos de la tierra y productos de la industria y del relativo bienestar de unos cuantos manaba euforia que por momentos hacía olvidarlo todo.

Pero Marcos Roger andaba solicitando otro pequeño campo solo donde meterse otra vez soñador; el Padre Romero no se trataba con él y en "Mi Refugio" ya no se hacían tertulias, aunque Arístides Velarde insistía en esperar el advenimiento del Hombre... Anterito Valdez, allá en la cárcel, cumpliendo la pena, ya sin la compañía de "Viruticas".

Ya se habían efectuado los exámenes del año escolar y ahora los estudiantes andaban de vacaciones, fuera del pueblo los más de ellos; pero Elio y Martín sólo se las tomaban paseando por los aledaños, a la caída de las tardes.

Allá vienen atravesando aquel campo de afloramientos rocosos, detenidos casi al ras del suelo, por donde otra tarde fué entre un pelotón de soldados, Martín con las manos apuñadas y hundidas en los bolsillos de los pantalones y la boca apretada, Elio haciendo recuerdos de los días de su incorporación a las responsabilidades públicas.

—Pero perdimos nuestras lepras, convéncete —dícele Martín Campos, quitándole la palabra.

Elio sonríe y replica:

—Quizás no, del todo por lo menos. Tal vez alguna grave infección de nuestro país se descargó por ellas, como sucede con los abcesos de fijación. En parte, naturalmente; pero la verdad es que las cosas han cambiado.

—¿Tú también, Elio? —inquiere el otro, volviéndosele rápidamente.

—No te escandalices —repone Elio, sonriendo.— Yo estoy seguro de no haber perdido mi ensayo de hombre y de responsabilidad. Para tí tampoco fué experiencia inútil y mañana, cuando nos toque de veras y a fondo, se podrá comprobar.

—Sí —admite Martín.— En lo personal y nuestro. Pero...

Y sacudiendo negativamente la cabeza:

—Pero no era esto. No es esto lo que ha debido salir de aquello. Que el interino no lo esté haciendo mal, convengo; pero se vive temiendo que se restablezca el General.

Y marchaba, diciendo y rechazando así —antena de la inquietud de un pueblo— hacia la hermosa puesta del sol sobre el melancólico paraje, todo el resplandor del poniente en el rostro transido de angustia.

FIN

INDICE

PRIMERA PARTE

I

Un alma transformada y hermética 7
La hora del bárbaro 10
El mantenedor 19
Unos hombres un poco raros 23
Estacadas y lirios de aguas 30

II

¿Qué estaría haciendo Anterito? 33
Era rubio, tenía los ojos azules 35
Parmenión rectifica su concepto de autoridad 39
Otros pensamientos de Parmenjón 44
Y el tiempo echó a andar 48

III

A manotadas 50
Marta Elena 54
Eran quince y un gonzalito 56
Martín Campos 58
El inconcebible maestro 61
Diálogos después de las clases 65
La casa de papel 67
El hombre de Besarabia 71
Cuando sufre el alma de un gran pueblo . . . 75

SEGUNDA PARTE

I

La peligrosa experiencia 79
Una determinación intempestiva 84
La trinitaria y el laurel 88
El insensato alarde 91

II

tEsaban saliendo espantos 100
Rábanos y lechugas 105
Aquel día fué escogida la víctima 111
En el lindero de los campos 115
El hombre de acción 119
El pacto 125
Jaque a la Reina 130
Cambio de piezas 135
Don Alirio Querrequerre 139

III

Puro y libre 146
El hijo predilecto 150
La protesta 155
Filomena Rompecabezas 159

TERCERA PARTE

I

Afloramientos 163
El gallo enano 168
Cabo Pisao 175
Un encuentro al mediodía 178
Las primeras lepras 182
Cuenta aplazada y remedio heroico 186

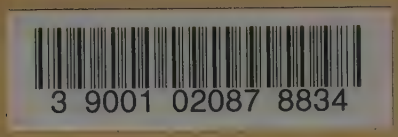
II

El calabozo de las sabandijas 190
Protesta obliga 197

Sociologías desconcertantes 204
La mano que le negaron 208
El río 213
El pecado contra el ideal 218

IV

Jefe es jefe 224
El imperio de la Ley 227
La rifa del aliento 229
Sin embargo, angustia 233



16162·3

BARCODE
INSIDE